

Corsarios o reyes

Capítulo 4 La Berbería cervantina, de Euch Ali a Hasán Veneciano, aproximación final a la figura del converso/renegado y la “leyenda negra” –sexo y violencia– berberisca.

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: E-Libros – Corsarios o reyes
Fecha de Publicación: 15/05/2012 y 11/04/2014
Número de páginas: 118
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Capítulo 4

La Berbería cervantina, de Euch Ali a Hasán Veneciano, aproximación final a la figura del converso/renegado y la “leyenda negra” –sexo y violencia– berberisca.

4.1.- África infame e inquietante, bestial y ponzoñosa.

A la hora de ordenar este libro de maravillas, que tiende demasiado naturalmente al desborde y a la desmesura, he dejado para el final los capítulos más arriesgados, dentro de un todo ya de por sí bastante azaroso, que girarán en torno a tres asuntos troncales; un telón de fondo morisco, que creo que hay que resaltar en especial, y una aproximación a la “leyenda negra” sobre Berbería en la que se abordarán las dos cuestiones más desencajadas de ella: la crueldad y la “libertad” sexual; el tabú de la homosexualidad o bujarronería, mejor, ante todo. En el conjunto, la figura del “renegado/converso”, verdadero “hombre de frontera”, aparecerá con especial nitidez. Espero.

Si hasta aquí la figura de Antonio de Sosa había sido importante, a partir de ahora se convierte en imprescindible y casi única. Un Antonio de Sosa que, como Cervantes con sus múltiples discursos, parece ser al menos dos: el taimado y objetivo del “Epítome de los reyes de Argel” y el enloquecido o enloquecedor del diálogo de la cautividad. Entre ambos, el Antonio de Sosa del diálogo de los mártires, esos treinta relatos cortos de ambiente berberisco sobre los que hemos de volver muchas veces, pequeña obra maestra de la narrativa española del Siglo de Oro (1).

La recreación de acciones sádicas que se da en los textos de Sosa no ha sido igualada en la literatura española –si se prescinde de los martirologios al uso, con los que está emparentado alguno de sus textos–, y la enumeración inacabable de horrores y reiteraciones obsesivas consigue un clímax difícil de superar. El solo, con este libro que alcanzó bastante difusión dentro y fuera de España, hubiera bastado para apuntalar la leyenda de una Berbería enfermizamente cruel y entregada a todos los vicios y demasías. En sus relatos enfebrecidos, en los que cuenta y vuelve a contar un mismo

suplicio repetidas veces, Sosa llega a afirmar que aquella densidad de mal allí concentrada y que él capta y transmite con fruición puede ser debida a la misma esencia profunda africana.

“En todos los tiempos pasados fue muy notada de infame esta tercera parte del mundo llamada África... Y la causa de esto es porque la misma propiedad del cielo de toda esta parte del mundo, y la naturaleza y calidad de ella, fue siempre de tal suerte que parece no tener otra virtud ni ser para más que para producir espantosos monstruos, fieros animales, pestilentes serpientes y mortíferos venenos. Y, por tanto, ser un aire y suelo tan nocivo y tan malo, de la misma naturaleza condenado –como decía Lucano–, y que la misma naturaleza quería que estuviesen los hombres ausentes y muy apartado de tal tierra.

“Aquí se crían los soñolientos áspides, las escamosas emorrois, la inconstante quersidros, que habita unas veces en el agua y otras en la tierra. Los quelydros que corriendo levantan el polvo; la ceneris de muchos y varios colores; la anmodites arenosa; la cerastes desconjuntada y que a todas partes se revuelve; la seytala, que en el invierno se despoja; la seca dipfas, la pesada anfisibena de dos cabezas, la natrix, gran nadadora; los iaculos, grandes bogadores, las foreas de la cola levantada, el goloso prester, la ponzoñosa seps, el basilisco, matador con sola vista, y, finalmente, dos grandes y muy dañosos dragones y otras infinitas ponzoñas y pestilencias, que no son para otra cosa que para daño y ruina de la naturaleza humana...

“Por ser esta parte del mundo tan fértil para criar muertes, fingieron los poetas que volviendo Perseo, hermano de Palas, de la muerte de Medusa –que mató con la espada corva de Mercurio, llamada Harpen, y con el favor del escudo reluciente de metal de la misma Palas–, y trayendo colgada de la mano la cabeza de la dicha Medusa –cuyos cabellos eran muy ponzoñosas culebras y cuya corrupción que de ella goteaba todo lo que tocaba volvía en muy terrible ponzoña–, por ninguna otra parte del mundo quiso pasar sino por África, que era tierra arenosa y adonde menos sería el daño que aquella cabeza haría. Pero que fue tanta la ponzoña que, goteando de aquella sucia cabeza, recibió esta tierra, y el rocío de la sangre cruel de Medusa fue de tanta fuerza, que –recocado después por el calor de la región— produjo infinitas y venenosas serpientes.

“Y, sin duda ninguna, de la constelación, naturaleza y propiedad tan mala del aire y tierra de África todas las regiones y partes della fueron siempre,

y son hoy día, muy abundantes de monstruos y fieros animales. En tal manera que por proverbio muy común se dijo siempre: ‘África produce algún monstruo’. Por tanto, los romanos, cuando querían hacer algún grande y maravilloso espectáculo en las fiestas que celebraban con grandísimo aparato y costa, en las cuales era costumbre, entre otras cosas, mostrar al pueblo en público algunos animales espantosos y nunca vistos –como era en los juegos circenses, locubres (o lúgubres) memorias fúnebres y otros extraordinarios–, de África los procuraban haber –como dice Estrabón– y de allí llevaban las panteras, las onzas, los leopardos, las lyenaes, los camelopardos, los rinocerontes, las cebras y otros animales de extraña naturaleza y figura...

“Hasta los hombres nacidos en esta tierra y debajo (de) sus constelaciones participan de su calidad y propiedades naturales. Porque siempre fueron gente monstruosa, mal proporcionadas, bárbaros, rudos, incultos, agrestes, ferinos, inhumanos. Y siendo las otras dos partes del mundo, Asia y Europa, pobladas casi todas de gentes, ciudades y pueblos que viven en toda buen orden, gobierno y policía, sola África, al contrario, por la mayor parte siempre tuvo habitantes que en su vida no fueron ni son menos que animales, bestiales y sin razón. Buen testigo desto fueron los numedios, los marmaridos, los mazas, los nasamones, los garamantas, los andróginas, los asbestas, los trogloditas, los erembos, los macrobios, los espibos, los bracobios, los antomelos y otras infinitas y muy bárbaras naciones, de las cuales los autores hacen mención como de gentes que no tenían más que el nombre” (2).

La tradición antigua, llena de fabulaciones, de una África misteriosa y llena de peligros, habría atravesado la Edad Media y, con indudables matices medievales, llegaba hasta finales del siglo XVI. Mármol Carvajal, aunque con menor virulencia que Sosa, también se hacía eco de estas tradiciones: “Otros dicen que cuando los romanos conquistaron la África llamaron a esta parte de la tierra Berbería porque hallaron la gente de ella tan bestial que aún en la palabra no formaban más acento que animales” (3). El amplio “bestiario” africano de Mármol, sin duda con innumerables deudas – sobre todo sigue a León el Africano en todo su texto–, habría hecho las delicias de Borges, por ejemplo (4).

Pero es el libro V de Los seis libros de la república de Jean Bodin el que mejor puede acercarnos a la idea que en el momento un europeo podía tener de África, y en concreto su capítulo 1, “Procedimientos para adaptar la forma de república a la diversidad de los hombres y el modo de conocer el natural de los pueblos”. “Uno de los mayores, y quizá el principal, fundamento de las repúblicas consiste en adaptar el estado al natural de los ciudadanos, así como los edictos y ordenanzas a las naturaleza de lugar, tiempo y persona”; con esta base, establece la división “entre los pueblos del norte y del sur” y

los clasifica en tres grupos, el de “las regiones ardientes y... los pueblos meridionales”, el de “los pueblos centrales y regiones templadas” y el de “los pueblos septentrionales y... las regiones frías” (5). Y es con este esquema con el que intenta elaborar una teoría sobre la influencia de los climas en el temperamento de los pueblos que llegará hasta el mismo Montesquieu, con afirmaciones de alguna manera proverbiales. “Los pueblos nórdicos son superiores en fuerza y los del mediodía en astucia, los habitantes de las regiones centrales participan de ambas cualidades”. “Los meridionales... son más ingeniosos que los pueblos centrales” y otras del mismo tenor, en las que los españoles son presentados como pueblo meridional y con frecuencia comparados a los franceses. De Galeno toma las teorías sobre temperamentos –“la flema hace al hombre pesado y torpe; la sangre, alegre y robusto; la cólera, activo y dispuesto; la melancolía, constante y reposado”–, y así los más norteños “son flemáticos y los meridionales melancólicos”, los norteños “son más sanguíneos y los que están más cerca de la región central son sanguíneos y coléricos. Hacia el mediodía son más coléricos y melancólicos, según son más negros o amarillos, que son los colores de la melancolía y la cólera”.

Con ese bagaje teórico determinista, movedizo y globalizador, Bodino intenta dar firmeza a sus reflexiones. “Cada uno de estos tres pueblos usa para el gobierno de los recursos que les son propios. El pueblo de septentrión de la fuerza, el pueblo central de la justicia, el meridional de la religión”. “Los pueblos nórdicos se valen de la fuerza para todo, como los leones. Los pueblos centrales, de las leyes y de la razón. Los pueblos del mediodía se valen de engaños y astucias, como los zorros, o bien de la religión”. “No debe asombrarnos que los pueblos meridionales sean mejor gobernados mediante la religión que mediante la fuerza o la razón... cuanto más se descende hacia el mediodía, los hombres son más devotos, más firmes y constantes en su religión, como en España y aún más en África”.

Su análisis se detiene en las dos cuestiones que habrán de ser de particular importancia en la “leyenda negra” sobre Berbería –y sobre España también para otros europeos–, la crueldad y la lujuria. “Los antiguos atribuyen a los pueblos nórdicos crueldad y barbarie... Por el contrario, el pueblo meridional es cruel y vengativo por su natural melancólico... Se trata, pues, de dos crueldades diferentes; la de los pueblos septentrionales consiste en un ímpetu brutal, propio de animales; los meridionales son como zorros que aplican todo su ingenio a satisfacer su venganza”. Si era “pérfida y cruel” la guerra narrada por Polibio entre “espanianos y cartagineses”, “parece cosa de juego si se compara a las carnicerías descritas por León el Africano”; otros actos de crueldad –en Indias, Persia o Egipto– relata Bodino antes de concluir que “los pueblos de las regiones centrales no podrían ver ni siquiera oír tales crueldades sin horrorizarse”. El temperamento melancólico hace que haya “mayor número de locos furiosos en las regiones meridionales que en las septentrionales” y que “aunque por doquier hay locos de todas clases, sin embargo los de la región meridional suelen tener visiones terribles, predicar, hablan muchas lenguas sin haberlas aprendido y, a veces, son poseídos por espíritus malignos”.

“Otra diferencia notable entre el pueblo meridional y el septentrional es que éste es más casto y púdico y el meridional más lujurioso, lo que se debe a la melancolía espumosa. Por ello, los monstruos proceden ordinariamente de África, a la que Ptolomeo coloca bajo Escorpión y Venus, añadiendo que toda África adoraba a Venus... También sabemos que los reyes de África y Persia tenían siempre harenes de mujeres, hecho que no se puede imputar a costumbres depravadas... A escitas y alemanes les basta y les sobra con una sola mujer y César, en sus Comentarios, dice que los ingleses en su tiempo compartían una mujer entre diez o doce. Muchos septentrionales, conocedores de su impotencia, se castraban cortándose las venas parótidas debajo de las orejas, como dice Hipócrates, quien atribuye la causa de la impotencia a la frialdad del vientre y a montar mucho a caballo... Por eso los pueblos nórdicos son tan poco celosos que, según Altomer de Alemania e Irenicus que escriben elogios de su país, hombres y mujeres se bañan juntos... Por el contrario, los meridionales son tan apasionados que, a veces, mueren de celos... Los romanos condenaron, sin distinción de razas, a pena de infamia a quien tuviese más de una mujer; después, en este reino, la pena de infamia se transformó en pena capital. Esta ley romana no ha perdurado en África por los inconvenientes a que daba lugar... De lo dicho puede deducirse que el pueblo meridional está sujeto, en cuanto al cuerpo, a las mayores enfermedades y, en cuanto al espíritu, a los mayores vicios...” (6).

Aunque Bodino advierte que no hay temperamentos puros sino tantos como “mezclas” de los cuatro humores, y que en cuanto “a las inclinaciones naturales de los pueblos debe advertirse que no tienen carácter necesario”, sus apreciaciones son valiosas para intentar una aproximación a esa manera de juzgar del hombre de la época, del contemporáneo de Sosa y Cervantes. En concreto, en lo referente a África, a Berbería. Si el esfuerzo de ecuanimidad y análisis frío de Bodino permite exposiciones que hoy nos parecerían hasta ingenuas en su desmesura, las de Sosa se nos aparecerán mucho más comprensibles; sus duras circunstancias personales de humillante cautiverio y en un ambiente popular y orientalizado tan provocador para su condición de clérigo post-tridentino debieron conducirle casi a la locura; eso es lo que aparece en tantos fragmentos de su obra literaria, como el citado sobre África con esa enumeración enfermiza de serpientes ponzoñosas, una de las imágenes clásicas del demonio. Eso podía suceder en mentes –como la de Sosa– disciplinadas de alguna manera. Más complejo sería acercarse a lo que pudiera suceder en medios más populares de “vértigos colectivos”, “delirios mentales” y “trances masivos” o “sueños hiperbólicos” de “sociedad visionaria” (7).

NOTAS:

- (1).- Una aproximación al Antonio de Sosa narrador, E. Sola, “Miguel de Cervantes, Antonio de Sosa y África”, en Actas del I encuentro de historiadores del valle del Henares, Guadalajara, 1988, y “Antonio de Sosa, un clásico inédito amigo de Cervantes”, en el I coloquio internacional de la Asociación de Cervantistas, Alcalá de Henares, 1988, así como la introducción de J.M. Parreño y E. Sola a la edición del Diálogo de los mártires de Argel, Madrid, 1989, Hiperión.
- (2).- Haedo, II, pp. 127-130.
- (3).- Mármol, I, III, fol. 2.
- (4).- Ib., I, XXII, fol. 22 vto. y ss.
- (5).- Bodino, V, I, pp. 213 ss. de la edic. citada de Tecnos. “Ya he explicado estas divisiones en mi libro Método de la historia y aquí no me detendré en ellas” (p. 215), dice Bodino al referirse a las clasificaciones climáticas.
- (6).- Todos los textos de Bodino citados son del mismo libro V, capítulo I.
- (7).- Son todas expresiones de P. Camporesi, op. cit., c. 12, p. 8 y c. 13.

4.2.- Sobre andaluces que pasaban “allende”, a Berbería, en los años de la guerra de las Alpujarras, con relación de los bienes secuestrados que dejaban y el episodio de la barca de Pedro Mansilla.

Sin el telón de fondo del problema morisco español es imposible comprender la desmesura de lo que sucedía en Berbería, en particular con los cristianos y con los españoles. La situación de los musulmanes españoles, a pesar de que en teoría fueran cristianos nuevos o por eso mismo, su elevado número –tal vez comparable a los habitantes de toda la Berbería central—y la proximidad geográfica de España y Berbería –unas horas de navegación– magnificaban el problema. El paso al Magreb de muchos de estos moriscos, con parientes y conocidos allí, fue frecuente. A veces, como en la expedición de Cachidiablo de 1529, un elevado número lo hacían a la vez, cargados con sus más o menos pobres bienes muebles. En las negociaciones secretas de Carlos V con Barbarroja se incluía todo un capítulo sobre ello, tal vez aquel en el que el rey español se mostraba más intransigente a toda negociación razonable, sin duda uno de los puntos que Barbarroja debió ver menos viable si de verdad quería ser rey de toda Berbería. El problema se agudizó en los años sesenta, culminando en la guerra de las Alpujarra. Hay abundante documentación de esos momentos. Algunas catas –muy pocas, sólo para despertar la imaginación– pueden servir para aproximarnos a la dimensión real de lo sucedido.

Huebro (Nixar, Almería), 16 de junio de 1559.

“...Testigo Lorenzo Lazraque, alguacil en el dicho lugar...

Si sabe de algunos del lugar de Hynox, de los nuevamente convertidos, se son pasados allende de dos años a esta parte...

Ha más de dos años... que se pasó Diego el Gaitero, vecino del dicho lugar, hombre casado. Faltaron otros dos que son el Malo, hijo del Gaitero, vecino del dicho lugar, y... Alonso Suasera...

Dicen públicamente que están en allende...

“Lorenzo de la Cueva, vecino..., que los dichos se pasaron a Berbería...

“Francisco Herir, vecino...: dijo que muy bien conoció a Pedro el Gaitero y Martín el Gaitero y Alonso Suasera, vecinos que fueron de este dicho lugar; y que Diego el Gaitero los moros lo llevaron y que los otros faltaron y no saben si se fueron o los llevaron los moros...

(Francisco El-Herir): “yo los conocí los tres... y oí decir que se fueron allende de su voluntad, aunque primero decían que los moros los habían llevado...

“Esto dicho, día y año, se hizo el secuestro de la casa y hacienda

de Diego el Gaitero.

“Primeramente: una saona de lino nueva, de dos piernas.
Item, otra de dos piernas. Una camisa de mujer, labrada los pechos y mangas,
de seda de colores. Unos çaraoles de mujer nuevos, de lienzo casero.
Unas mangas de mujer de paño, una colorada y otra morada.
Un festul de seda. Una toca de lino amarillo. Una libra de lino.
Una almohada traída. Una arca de madera blanca. Siete libras de capullos.
Una siera grande sin armar. Y otra chica armada.
Una plana de hierro de albañil. Un hareno grande y otro chico.
Un colón de lana. Dos esteras de junco, el una grande con sus çalefas.
Otra de junco chica con sus çalefas. Una estera de esparto buena.
Una cuna para niños. Otra estera de junca traída. Un telar de tejer lienzo.
Dos orones de esparto. Una sartena y trévedes.
Item, una casa nueva, linderos calle real, con cargo de censo perpetuo
al señor licenciado escribano Jacobo, los cuales dichos bienes
secuestró el dicho señor Hernando de Sierra,
por virtud del poder y comisión del dicho ilustre señor conde de Tendilla”.

Notáez, 1559:

“Martín el Pandi, vecino de Notáez, bienes que dejó
cuando se pasó allende.
Secuestrados por Hernando de Sierra en 29 de junio 1559...

“Una casa en el dicho lugar de Notáez, donde moraba
el dicho Martín el Pandi, linderos con Juan de Blanca y el camino.
Dos colchones pintados, con tascos. Una colcha traída.
Ocho almohadas pintadas traídas. Dos sábanas buenas.
Cinco sarzos de seda para criar. Una camisa de mujer de lienzo, labrada.
Un mandil labrado. Un panzuelo de hombre muy labrado, a colores.
Una marlota morada y colorada con terciopelo, traída.
Dos sábanas viejas y rotas. Un colchón con lana.
Un cabezal de cama con lana. Una caldera. Un poyal pintado, traído.
Un telar de tejer lienzo.

“Parece que el dicho secuestro que el dicho Martín el Pandi tenía,
lo tomó Aladrí cuando se pasó allende”.

En algunas series se apunta toda una historia real de trasfondo dramático, como la que debió ser la aventura de la barca de un armador, Pedro Mansilla, que una noche pasó a Berbería con familias enteras, un 11 de agosto, el del año 1568. A mediados de abril se habían iniciado los sucesos violentos en el Albaicín de Granada que desembocarían en una cruel guerra. El temor provocado por la tensión debió ser grande.

Alquíán, 12 de agosto de 1568.

”Andrés de Ampuero, alguacil mayor... ante mí, Juan de Baena, escribano..., secuestró los bienes... de Diego Hanfat Caguer, vecino del dicho lugar de Alquíán, que se fue a Berbería en la barca de Mansilla, los cuales son los siguientes.

“Vendido. Iten..., 38 ovejas y dos carneros. Vendido. Iten..., 27 hanegas de cevada. Iten, media hanega de linaza. Vendido. Iten, 50 çarcos de carrizo para criar seda. Iten, 10 orones de esparto. Iten, dos esteras de esparto, la una de 16 pleitas en ancho y tres varas en largo, y otra de 15 pleitas en ancho y otras tres varas en largo. Vendido. Iten, 57 paneras de pleita. Iten, un arca de madera de pino mediana. Otro orón de esparto. Iten, dos vancos de cama y un çarzo de cama. Otros cuatro çarzos de carrizo. Otro banco de madera. Una mesilla baja para comer. Una criva. Otra criva vieja. Otras 20 paneras de esparto. Un barril de madera viejo. Tres espuestas. Una capacha de esparto vieja. Una tinaja de agua pequeña. Un alcuzcuçero. Un librillo mediano. Dos albornías y una caçuela. Una tabla mediana para pan. Una orça pequeña. Otra panera. Un çedaço viejo, roto. Una calabaza mediana. Otro librillo mediano, desportillado un poco. Otro orón viejo. Un molinillo de mano. Una pala de ablenar. Un hierro de açadón. Una tinaja vieja de aceite, que cabrá cinco o seis arrobas. Dos vaquillas viejas. Un colchón de tascos, listado, viejo. Otro orón de esparto nuevo. Cuatro cargas de paja. Cien manadas de lino majado”.

Almería, 13 de agosto, 1568.

“Andrés de Ampuero, alguacil mayor..., ante mí, Juan de Baena, escribano..., secuestró los bienes... de Diego el Lauxi, vecino de esta ciudad, a la colación de Santa María, que se fue a Berbería en la barca de Pedro Mansilla... (enumeración de bienes)

“Los cuales dichos bienes el dicho Andrés de Ampuero depositó en poder de Luis de Ordóñez, cristiano nuevo vecino de Almería, en el entretanto que se nombrase depositario abonado. El cual se obligó en forma de acudir con ellos y con frutos y rentas de las dichas casas y beneficiarles, cada y cuando le sea mandado por el... marqués de Mondéjar... y de dar cuenta en pago de ellos... No lo firmó porque dijo que no sabía, siendo presentes por testigos...”

“En 23 del dicho mes de agosto se le secuestró al susodicho Diego de Lauxi por bienes suyos una cuarta parte de una hacienda que tiene en compañía de Pedro Chacón, vecino de esta ciudad... Andrés de Ampuero, alguacil mayor, depositó en poder del dicho Pedro Chacón. El cual se obligó a tenerla en depósito y acudir con los frutos y rentas de lo que con la dicha cuarta parte de la dicha hacienda se pagare y con lo principal della...”

Almería, 13 de agosto, 1568.

“Andrés de Ampuero..., ante mí, Juan de Baena Muñoz..., secuestró los bienes de... Rodrigo Genni y Francisco el Moqueden, vecinos desta dicha ciudad...
Unas casas grandes con otras accesorias,
linde con casas de Rubma y con casas de Lorenzo de Guzmán,
en la colación de Santiago.
Bienes muebles. Una burra ruçia vieja. Una arca pequeña de madera...
(sigue enumeración).

Almería, 15 de agosto, 1568.

“Andrés de Ampuero... dijo que a su noticia es venido que Bartolomé Vázquez, soldado vecino de esta dicha ciudad, tomó cierta cantidad de bienes que dejaron los moriscos vecinos de esta ciudad y de las huertas que se fueron a Berbería en la barca de pedro de Mansilla, armador, en 11 de agosto del dicho año.

“Y para que conste... qué bienes son y se secuestren por bienes de su majestad, fue a la casa del dicho Bartolomé Vázquez y le mandó que... manifieste los dichos bienes...
Fuéle preguntado qué bienes muebles, ropa, seda, dineros u otra cosa... tomó de los dichos moriscos... Dijo que... yendo éste que declara desde Trafalma, donde se embarcaron los dichos moriscos, la vuelta del río, halló un rastro de una mujer y un hombre; yendo adelante por él, halló un almohada de lienço cosida y dentro della lo siguiente:
Dos almohadas de çarçanan, de seda, moriscas.
Cuatro pedaços de paño de muchas colores, para hacer cobertor de colcha morisca.
Tres cojines de guadameçil dorado, pequeños.
Dos almohadas blancas con fajas de red.
Dos camisas moriscas traídas, labradas de sedas de colores.
Una sábana de lienzo con los cabas amarillos.

Una delantera de cama de lienzo con unas fajas coloradas.
Una almohada de lienzo listada. Una capa negra, llana, grande.
Un pedazo de paño pardo, que tiene tres varas...

“Bartolomé Vázquez dijo... no halló ni tomó más bienes...
Andrés Ampuero, alguacil mayor, secuestró los dichos bienes
y los tomó y depositó en Juan de Morales Quadrado...”

Almería, 13 de agosto, 1568.

“Andrés de Ampuero..., ante mí, Juan de Baena... secuestró
los bienes muebles... de García de Toledo Caxoirari, vecino de esta ciudad,
que se fue a Berbería en la barca de Mansilla...
(enumeración de bienes).
Los cuales depositó en poder de Luis Nazari y Francisco Arraquiquí,
tenderos, vecinos de esta ciudad...”

Campo de Almería, 16 de agosto, 1568.

“Andrés de Ampuero..., ante mí, Juan de Baena Muñoz...
secuestró los bienes... de Juan Moxacary y su madre,
vecinos del campo de esta ciudad, que se pasaron...
a Berbería en la barca de Pedro Mansilla,
que son los siguientes:

“Primeramente, unas casas en el campo de Almería,
linde con casas de Melchior Pérez y de Diego Ramírez y de Francisco el Bacho.
Una arca de madera con su çerraja mediana. 10 çarços de heneas y carrizo.
66 paneras para criar seda. Unos vancos de cama.
Un telar de madera nuevo. Cuatro orças pequeñas, la una quebrada.
Dos tablas de madera viejas. Una tinaja para agua, pequeña. Una sartén.
Una estera pequeña de junco. Ocho fanegas de cal, poco más o menos.

“Los cuales dichos bienes... depositó en poder
de Diego de Rojas, el Zadi, y Francisco López Coraisa
y Luis de la Torre, el Hudri, vecinos del dicho campo de Almería”.

Almería, 16 de agosto, 1568.

El alguacil de Ampuero, ante el escribano de Baena,
“secuestró los bienes... de Juan Navarro y de su mujer Beatriz,
vecino de Almería, a la colación de Santiago,
que se fue a Berbería en la dicha barca del dicho Pedro Mansilla,
armador, los cuales son los siguientes:

“Primeramente, una casa que tiene en esta ciudad,
en la colación de Santiago, linde con la sierra,
enfrente de unas casas de Alvaro de Barrán, armador.
Iten, una tienda que tiene en esta dicha ciudad, en la colación de Santiago,
linde de tiendas de Diego de Poi y tienda de García Alcaide.
Otras tres tiendas que tiene en la dicha calle, todas tres juntas.
Bienes muebles:
26 pares de suelas de alpargates de cáñamo.
Un ovillo de guita en que habrá libra y media...
(enumeración larga).

“Dichos bienes... por depositarios Pedro de Alcorquí y Line Rodríguez,
vecino del río, cuñado de... Julián Joly y juntamente de mancomún.
No lo firmaron porque no sabían, siendo testigos
Rodrigo de Andrada y Pedro Rodríguez, estantes en Almería.

“En Almería 14... septiembre... se alquilaron tres tiendas
que el dicho Juan Navarro tenía... a Luis Alhachen del Pino
y a García Alhachen de Flores y a Martín Arévalo, vecinos...
por precio cada una de ellas de tres reales cada mes
a pagar en fin de cada mes a Diego Pérez Rubina, vecino...,
depositario en nombre de su majestad...”

Pechina, 1568.

“Juan de Vaena, escribano... secuestró los bienes... de Lorenzo Caxali,
vecino del dicho lugar de Pechina,
que se pasó a Berbería en la barca de Pedro Mansilla...

“Raices: ...una haça que tiene en este dicho lugar,
con nueve pies de olivos y diez higueras,
que tendrá cinco tahúllas poco más o menos,
linde con un bancal de Sebastián de Carcaga y con Pedro de Belbia,
vecino de Almería, y con Martín Moxarca, vecino del dicho lugar,
y con la rambla.
Iten..., una burra con un pollino, que está en Almería
en poder de Serrano, soldado.
Bienes muebles:
(breve enumeración)”. (8).

NOTAS:

(8).- J. Martínez Ruíz, Inventarios de bienes moriscos de Granada (siglo XVI), Madrid, 1971, CSIC, pp. 249 a 266; los textos corresponden a los documentos número 24, 26 y 30 a 37.

4.3.- Compra-venta de esclavos andaluces en la propia Andalucía en los años dramáticos de la guerra de las Alpujarras, con la historia entrevista del clérigo Diego Marín, tratante de esclavos.

Bienes abandonados, casas y rebaños, a veces no desdeñable el conjunto, era algo muy significativo para la época. Cuando la situación llegó a la violencia total, otros documentos impresionan no menos. Únicamente como muestra se puede reseñar el caso de Almería, bien estudiado por Nicolás Cabrilla, extrapolable al resto de Andalucía y hasta a todo el Levante valenciano. “A lo largo del siglo XVI el número de esclavos en Almería aumenta lenta pero continuamente gracias a las relaciones comerciales con el norte de África, sobre todo Orán y Argel, así como por los llegados a través de la trata portuguesa; estos esclavos recién llegados irán engrosando el contingente de los que llevaban ya varias generaciones en España” (9). La guerra de las Alpujarras, después de 1568, hará aumentar de manera considerable el número de estos esclavos andaluces.

Como aproximación a aquella realidad, he aquí otra brevísima cata de reseñas de documentos notariales de Almería, Vélez Blanco y Vera de los años 1569 a 1571:

Almería, 21 de febrero 1569.

“Luis Gallego vende a Antolín de Montemayor, vecino de la ciudad de Murcia, una esclava suya que se llama Luisa, de edad de seis años, que él compró a Hernando de Truxillo..., el cual la tomó de buena guerra; la vende por 15 ducados; también le vende una mula parda en 13 ducados; de los 28 ducados se da por entregado y contento”.

Almería, 14 de marzo 1569.

“Antón Pérez y Pedro García, vecinos de Almazarrón, venden a Tomás López, vecino de la ciudad de Almería, una esclava que se llama Beatriz, mujer de Andrés Pérez..., con dos muchachas hijas suyas; una se llama María, de 12 años de edad, y otra llamada Leonor, de 13 años; las cuales le cupieron de repartimiento `en lo de Félix`; las venden por 32 ducados en reales”.

Almería, 23 de marzo 1569.

“Luis Gómez, vecino de la ciudad de Almería, vende a Cristóbal Velázquez, vecino de Guadix, una esclava llamada Isabel, de 12 o 13 años de edad, habida de buena guerra en el lugar de Dalías en una cabalgada que él y otros compañeros suyos hicieron; la vende por 20 ducados en reales, `atento que Pedro Coxayan, su padre, pretende... la dicha su hija y que no ha de ser esclava por ciertas causas que se alega, porque con esta condición traté con vos la venta de la dicha esclava”.

Almería, 24 de marzo 1569.

“Alonso de Olivencia, vecino de la ciudad de Almería, otorga carta de libertad a una esclava, que le fue adjudicada en la cabalgada de Inox, que se llama Leonor, mujer de Alonso Coyx, vecina de Tabernas, hija de Diego Gonzalo Morales, vecino de Olula; su esclava tiene una hija llamada María, de 7 años..., poco más o menos, y teniéndolas en su poder en su casa la dicha Leonor parió un hijo que ha de haber doce días, poco más o menos, el cual se le puso por nombre Alonso’; el rescate de los tres ha sido concertado en 100 ducados con Diego González Morales, padre y abuelo de los esclavos; `al dicho Alonso Coyx, niño, de causa que de haber nacido en su casa le da libertad sin intereses ninguno’. Ahora recibe 50 ducados y los otros 50 se los pagará en plazos convenidos Diego González Morales, obligándose a ello ante escribano público”.

Almería, 31 de marzo 1569.

“El doctor Molina, médico, vecino de la ciudad de Almería, le otorga carta de libertad a un esclavo suyo, que le cupo en el repartimiento de Ynox, llamado Luis, hijo de Pedro el Redicaní, vecino de Alquian; le concede la libertad a instancia de Diego Verlave (?) Redicaní, tío de Luis, el cual le ha pagado 40 ducados por el rescate”.

Almería, 15 de abril 1569.

“Leonor, de color moreno, viuda de Esteban López, vecina de Tabernas, se obliga a pagar a Martín Gutiérrez de Santa Cruz, vecino de la ciudad de Almería, 19 ducados de la moneda que se usa, que reconoce que le prestó para ayudarla a pagar el rescate de María, su nieta, hija de Diego Mahene, vecina de Tabernas, que tendrá 9 años poco más o menos. Los 19 ducados se los pagará el día de San Juan de junio de 1569; hasta ese día María quedará depositada en casa de Martín Gutiérrez de Santa Cruz”.

Almería, 17 de abril 1569.

“Gaspar de Belmonte, `de color moreno’, vecino de Almería, otorga poder a Gerónimo de Morata, procurador del número de la misma, especialmente para que comparezca ante la Justicia de la ciudad, y denuncie que le han raptado a su mujer, y pueda llevar a cabo todas las diligencias hasta conseguir su libertad”

Almería, 30 de abril 1569.

“Jorge de Castillejo..., vecino de Almería,
vende para ahora y para siempre jamás a Pantaleón de Castelao, genovés,
para él y para sus herederos, un esclavo llamado Andrés,
de 6 años de edad, poco más o menos,
que su padre consiguió de buena guerra en la cabalgada de Ohanes;
se lo vende por 20 ducados en reales”.

Almería, 30 de abril 1569.

“Alonso de Gas, clérigo presbítero, capellán de Galera,
vecino de... Villalbilla, jurisdicción de Alcalá de Henares,
se obliga a pagar a Gaspar Franco, vecino de... Valencia,
o a quien su poder hubiere, 18 ducados en reales,
que reconoce deberle porque se los prestó para comprar
un esclavo llamado Bernardino; se los pagará en plazos convenidos”.

Almería, 17 de junio 1569.

“Del testamento de doña Leonor de Abiz, mujer de Gabriel de Gibaje,
regidor de Almería
-Item mando y es mi voluntad y digo que, por cuanto yo tengo
en mi servicio y por mi esclava a Juana, `de color negro`,
que me la dio mi padre Luis Abiz, por los buenos servicios que me ha hecho,
mando y es mi voluntad que para después de mis días la dicha Juana,
mi esclava, sea persona libre y no sujeta a ninguna servidumbre...
Item..., tengo por mi esclava a Catalina, `de color membrillo cocho`,
que tendrá 15 años, que por buenos servicios que me ha hecho,
en agradecimiento dellos..., después de yo fallecida
sirva a mis hijos doce años; cumplidos, quede libre
y no sujeta a ninguna servidumbre,
según la propia forma y manera que la dicha Juana”.

Almería, 6 de septiembre 1569.

“Francisco de Paredes, racionero de la santa iglesia catedral de Almería,
vende a Juan de Pastrana, vecino de Orán,
una esclava llamada Elena, de 24 años de edad, poco más o menos,
comprada a un portugués; la vende por 40 ducados en reales,
pagando el quinto a su majestad”.

En algunas series documentales se vislumbran verdaderos tratantes de esclavos,
como un tal Francisco de las Parras:

Almería, 29 de julio 1569.

“Martín del Castillo, vecino de Almería,
vende a Francisco de las Parras, vecino de la misma ciudad,
una esclava que se llama María Navarrete, de 15 años de edad,
poco más o menos, y les cupo a él y a sus hijos de repartimiento

de la cabalgada de Ynox;
la vende por 55 ducados, pagado el quinto a su majestad”.

Almería, 1 de agosto 1569.

“Pedro Ortiz de Careaga, vecino de Almería, de 9 o 10 años de edad, apreciado en 30 ducados; además le entrega 15 ducados en dineros, en lugar de los 45 ducados en que concertaron la cesión de derechos a cuatro esclavos, por los que andaban en pleitos contra Francisco de las Parras”.

Almería, 6 de agosto 1569.

“Francisco de las Parras... vende a Jorge de Castillejo... un esclavo llamado Ginés, de 15 años de edad, poco más o menos, con todas sus tachas buenas o malas’, habido de buena guerra, por precio de 60 ducados en reales”.

Almería, 23 de agosto 1569.

“Francisco de las Parras... `pone en soldada’ con Andrés Valdivieso, clérigo beneficiado de Santiago, de la ciudad de Almería, a dos esclavos suyos, llamados Francisco de Bascunes y Luis..., por el tiempo y espacio de un año, que empezará a contar el 22 de agosto; los esclavos han de servir al dicho Valdivieso en todo lo que les mandara, fuera y dentro de su casa, según su voluntad. Por ello pagará a Francisco de las Parras 8 ducados; la mitad de aquí a seis meses y la otra mitad a fin de año, o sea el 22 de agosto de 1570; ha de darles comida y cama. Francisco de las Parras se obliga a no quitárselos durante el año convenido por más ni menos, bajo pena de proporcionarle otros dos esclavos tan buenos como éstos”.

O el caso del canónigo Luis de Zamora, a través de dos muestras documentales, buen hermano pero tal vez no tan buen amo:

Almería, 21 de febrero 1569.

“Del codicilo del canónigo Luis de Zamora, -mando que Juan, mi esclavo, se dé a la dicha Ana de Zamora, mi hermana, para que ella disponga de él y haga a su voluntad como de cosa suya propia, por el mucho servicio que me ha hecho y por descargo de mi conciencia”.

Almería, 3 de octubre 1569.

“Del testamento del canónigo Luis de Zamora, `Item, digo que un esclavo que tengo, que se dice Juan, mozo de 18 años poco más o menos, que por haberlo criado y bautizado en mi casa, que dando 80 ducados sea libre,

los cuales pague dentro de tres años, dando seguridad a contentamiento de los dichos señores deán y cabildo. Iten digo que una esclava que tengo, que se dice María, mando a la dicha mi hermana para que la sirva todos los días de su vida y que ella pueda hacer de ella a su voluntad, o venderla o ahorrarla o darle libertad, como a la dicha mi hermana le parezca”.

Es difícil seleccionar, pero destaca la frecuencia de eclesiásticos, hasta trinitarios, como el siguiente caso:

Almería, 18 de enero, 1571.

“Fray Antonio de Segura, fraile del convento de la Santísima Trinidad, extramuros de la ciudad de Almería, otorga poder a Francisco de Aguilar... para que en su nombre pueda vender un esclavo `mío o del dicho convento`, que se llama Ginés, barbero, de 40 años de edad, `que hube por compra en cierta almoneda`... Podrá venderlo o cambiarlo por otra cosa”.

También puede darse el caso de genoveses de compra de galeotes para sus galeras:

Vera, 7 de octubre 1569.

“Juan de la Rueda, vecino de... Orán, vende a Lorenzo Petito, genovés, un morisco de los levantados en el reino de Granada, llamado Alonso Benzayre, vecino de la villa de Portilla, de color blanco, que será de edad de 30 años... para las galeras del señor George Grimaldo, genovés; lo vende por 32 ducados de oro”.

Vera, 5 de abril 1570.

“Francisco de Navarrete, vecino de Vera, vende a Lorenzo Petito, genovés, habitante de la misma ciudad, un moro que se llama Alonso de Málaga, de edad de 30 años, `el cual os vendo para el servicio de las galeras` por 30 ducados, cada ducado de once reales”.

En ocasiones, en concreto en Vélez Blanco, se alaba la salud moral o física de los esclavos contratados o se adivina alguna historia de inquietud maternal:

Vélez Blanco, 24 de marzo 1569.

“Luisa Hernández, viuda de Domingo de Leiva, vecina de la villa de Vélez Rubio, vende a Luis de los Cobos, vecino de la villa de Caniles, jurisdicción de la ciudad de Baza,

una esclava llamada María de Cazala, de edad de 14 años, que ganó un hijo suyo llamado Luis Hernández del despojo... de la Alpujarra y Taha de Marchena; la esclava la tenía en su casa y servicio y puede venderla porque su hijo es mozo por casar y está bajo su `mandato`. La vende por 80 ducados en oro”.

Vélez Blanco, 23 de noviembre 2569.

“Antón Cano... vende a Melchor de Regebel, vecino de la villa de Carpio, una esclava blanca `parida`, llamada Leonor de Avila, con una niña de poco más de dos meses que se llama Isabel... `por sanas de endemoniadas y gota coral y buvas y otro ningún mal contagioso`; por precio de 45 ducados”.

Vélez Blanco, 27 de enero 1571.

“Alonso Palomar, regidor y vecino de... Vélez Blanco, entrega a Alonso Gutiel de Tudela, vecino de... Lorca, un esclavo de color negro, de 18 años de edad, llamado Francisco; y recibe, a cambio, una esclava morisca de 13 años de edad, llamada Cecilia, natural de Felix, habida de buena guerra, más 35 ducados. Ambos están de acuerdo en el trueque de esclavos y dinero, pues los esclavos están sanos de gota coral, de mal de fuera, de mal contagioso, y no son borrachos, ni fugitivos ni ladrones”.

Para terminar –y cuesta apartarse de tan dramáticas biografías intuidas a través de esta sobria documentación–, unas palabras sobre Diego Marín, “clérigo beneficiado de Bedar y Serena, morador en la villa de Vélez Blanco”, con una abundante presencia en esta documentación notarial en un breve pero continuado periodo de tiempo:

“Vera, 12 marzo 1569.

Pedro de Morales, vecino de la ciudad de Vera, vende a Diego Marín, beneficiado y cura de los lugares de Bedar y Serena, una esclava blanca llamada Leonor, de 20 años de edad, poco más o menos, natural del lugar del Bentaric (sic), `lugar alzado en deservicio de su majestad`, habida de buena guerra; por precio de 50 ducados”.

El mismo día, “Diego Marín..., como principal deudor, y Luis Maldonado, vecino de Bedar como su fiador, se comprometen de mancomún a pagar a Pedro de Morales... 52 ducados y un cahiz de trigo que le deben por razón de una esclava blanca llamada Leonor, que será de edad de 20 años, que le compró el clérigo Marín”. Cinco días después, “Diego Marín... da poder a Nicolás Pérez, clérigo, y Juan Sánchez, para que solicite del... señor obispo de Almería, don Antonio Carroinero (sic), administrador general de las iglesias del obispado, que les autorice el traspaso del arrendamiento de las haciendas y bienes habices de los lugares de Bedar y Serena, que tuvo Alonso Ximénez,

sacristán de dichas iglesias”. Algo después, en abril de 1569, en Vera, “Francisco Ximénez, hijo de Alonso Ximénez... se retracta de lo que dijo contra Diego Marín... y contra su sobrina Mari Pérez, acusándolos de haber tenido trato carnal, del que Mari Pérez había parido; por el contrario, tiene a los dos `por hijosdalgo y buenos cristianos”. El 8 de abril, en Vera, “Diego Marín... traspasa y vende a Cristóbal Gutiérrez, mercader de seda, vecino de la ciudad de Jaén, una esclava de color blanco llamada Isabel, vecina de Gérgal, de edad de 20 años poco más o menos, que es de los levantados en este reino de Granada, por precio de 50 ducados, de once reales cada ducado”. Una semana después, “Cristóbal Gutiérrez... otorga poder a Martín García, mercader, y a Rofrigo Llerena, procurador, vecinos de Vera, especialmente para que requieran a Diego Marín... y Mari Gómez, vecina de Vera, que le habían puesto pleito y embargo en la villa de las Cuevas a dos esclavas que le vendieron”. Este mercader de seda había comprado, en total, tres esclavas de 20 años, María de Dalías, Isabel de Gérgal y María de Marchena, en 50 ducados, salvo la última en 60; y esta última, el 6 de mayo en Vera, la vendió en 100 ducados a Pedro Tiruel, el Daí, y Alonso Albejarí, vecinos de la villa de Portilla, sin duda parientes de la muchacha; era la que le había comprado a la viuda Mari Gómez y por la que había pleiteado. Todavía a mediados de abril de 1569, Diego Marín concedía carta de libertad a cuatro esclavas. A saber, “Beatriz García, mujer de Luis Villaquinta..., de Camarín, en la Taha de Andarax, de las Alpujarras; esclava que él compró a Codes, maestro de esgrima, vecino de... Murcia. Por su rescate ella ha pagado 18.700 maravedís”; “Luisa, mujer de Fernando Hezi, vecino de... Abla, jurisdicción de Fiñana, de edad de 50 años poco más o menos, que él compró a unos vecinos de Lubrin; por su rescate le ha pagado la dicha cautiva 13.375 maravedís”; “María, mujer de García Alfaraz, vecina de la villa de Ragol, en la Taha de Marchena, de 50 años de edad. Esta cautiva fue comprada a Diego Algariz y Alonso Aldaray, vecinos de la villa de Lubrin. Por su libertad ella le ha pagado 7.500 maravedís”. Finalmente, “Catalina, hija de García Alfaraz, vecina del lugar de Ragol..., que compró a Diego Algariz y Alonso Aldaray... Por su rescate le ha pagado 14.000 maravedís”.

En julio del año siguiente, 1570, en Vera, “Diego Marín... se obliga a pagar a Juan Ortiz, procurador vecino de (Vera), 664 reales de la moneda usual en Castilla que reconoce deberle como resto de 990 reales que se obligó de pagar por Diego el Caziz, vecino de la villa de Lubrin”. Y a finales de octubre de dicho año sigue en negocio de esclavos: “Hernando de Guzmán, vecino de... Vera, otorga poder a Diego Marín... para que en su nombre pueda pedir, haber y recibir una esclava llamada María Zinoelquizi, mujer de Bernardino Mo..., vecina de Abla, de 33 o 34 años, que se fue de la ciudad de Vera, estando ya en su casa y poder, hará unos cuatro meses; y un esclavo que también se fue y ausentó, hará diez meses, que se llama Alvaro Torres, natural del lugar de Zurgena, mozo de edad de 20 años”. Menos de cuatromeses después compra un niño y otra esclava; el 13 de enero de 1571 “Antón Sánchez, vecino de... Vera, vende a Diego Marín... un esclavo muchacho, llamado Luis, natural de... Bedar, de 6 años de edad, hijo de Hernando Azus; por precio de 10 ducados en reales”; tres días después, “Pedro de Ayora, el viejo, vecino de... Vera, vende y traspasa a Diego Marín... una esclava morisca llamada María, mujer de Bartolomé Ataniz, vecina de... Lubrin, de 40 años de

edad poco más o menos, por el precio de 30 ducados de once reales cada ducado”. El mismo día, él y otro cura pedían unir sus beneficios: “Diego de Salcedo, clérigo, beneficiado de la iglesia de Vera, y Diego Marín, clérigo, beneficiado de los lugares de Bedar y Serena, acuerdan solicitar a su magestad conceda al señor obispo de Almería licencia para poder unir ambos beneficios, pues así conviene por causas justas y honestas”.

Finalmente, parece que Diego Marín quiso vender sus esclavos, o una parte importante de ellos:

Vélez Blanco, 8 de septiembre de 1571.

“Diego Marín..., morador de la villa de Vélez Blanco, otorga poder a Alonso Palomar, regidor y vecino de la misma, especialmente para que por él y en su nombre pueda vender, trocar y cambiar todos los esclavos y esclavas blancos que él tiene..., habidos de buena guerra, `en la que su majestad mandó hacer contra los moros rebelados del reino de Granada”.

Vélez Blanco, 4 de octubre de 1571.

”Alonso Palomar... vende a Gerónimo Rodríguez, vecino de la ciudad de Toledo, habitante de Valencia, dos esclavos blancos, uno llamado Juan Garnatexí, de 22 años de edad, poco más o menos, y otro llamado Bordun, de edad de 24 años; mas una esclava que se llama Catalina, de 30 años de edad, con un niño hijo suyo de 4 años; todos habidos de buena guerra; vendidos por sujetos y cautivos, adjudicados por la justicia a Diego Marín, clérigo..., `el cual Diego Marín me lo dio para que yo dispusiera de ellos como cosa mía propia’; los vende por 1.250 reales.

Interesante figura la de este clérigo Diego Marín, poco después activo agente de Felipe II en Marruecos, intérprete y persona importante en acciones entre diplomáticas y de espionaje en los años en torno a la dramática batalla de los tres reyes en el verano de 1578, y así lo recoge un historiador de ese tiempo como Cabrera de Córdoba (10).

NOTAS:

(9).- N. Cabrillana, “La esclavitud en Almería según los protocolos notariales (1519-1575). Tipología documental”, en Actas de las I jornadas de metodología aplicada de las

ciencias históricas, Vigo 1975, Fundación Universitaria y Universidad de Santiago, V, p. 306.

(10).- N. Cabrillana, Documentos notariales referentes a los moriscos (1569-1571), Granada, 1978, Universidad de Granada, pp. 26 ss. Los textos son los documentos número 9, 26, 45, 46, 62, 100, 107, 116, 117, 143, 175, 154, 157, 164, 170, 192, 261, 383, 636, 660, 422, 438, 445 del repertorio de Cabrillana; los referentes a Diego Marín, del mismo repertorio, son los número 532, 533, 482, 484, 565, 571, 564 a 567, 490 a 493, 730, 759, 914, 918, 920, 915, 462 y 464.

4.4.- Moriscos españoles en Argel, su odio a los “papaces” o eclesiásticos católicos y a la Inquisición, como culpables de su desdicha; con la trágica historia del corsario morisco Alicax y la venganza de su hermano Caxetta, valencianos de Oliva, en la persona del fraile Miguel de Aranda, también valenciano, narrado por el “papaz” Sosa en el tiempo de cautiverio de Cervantes y del reinado de Ramón Bajá.

Son 1.017 los documentos reseñados por Cabrillana, para un corto periodo de tiempo y un área geográfica restringida, de los que hemos extraído, casi al azar, unos pocos. En Argel el número de cautivos, “ordinariamente cerca de 25.000 cristianos” (11), era elevado. En la España del momento no lo era menos. La propia palabra ahorro, sentido recogido por Corominas, procede de aquella lamentable realidad; “con la `carta de horro o de libertad’ finaliza el largo proceso del rescate”, en ocasiones después de que el esclavo haya pasado años reuniendo el dinero para el pago de su rescate, ahorrando (12). De la palabra árabe que significa libertad, es palabra de importancia cotidiana y popular fuera de toda duda.

Las fuentes –y Antonio de Sosa es fuente privilegiada– resaltan la estrecha unión entre el problema morisco y la realidad de Berbería (13). Aunque Sosa opine que “hace mal el que aquella esclavitud de tierra de cristianos llama y la nombra esclavitud; esta nuestra (la de Argel), sí; éste es cautiverio, y cautiverio muy de veras y no de burlas” (14), es afirmación inserta en discurso polémico y apasionado, propagandístico en fin. Cuando pone algún ejemplo ilustrativo de esta afirmación –muy pocos en texto tan prolijo–, se capta también el otro gran telón de fondo: el hambre o la necesidad. “Viéndose los moros y turcos tan bien tratados allá y con tanto regalo, cuando para acá se huyen –de no poder conseguir aquel vicio–, y se ven aquí hambrientos, desnudos, descalzos y sin bien o remedio alguno, suspiran tanto y se quejan, y aún maldicen el día en que determinaron huirse, como yo mismo oí decir a muchos que de Nápoles, Sicilia y de España han huido” (15). No dejarían de ser anecdóticos aquellos casos al lado de la migración morisca hacia Berbería, aunque luego muchos volvieron a España como el morisco cervantino Ricote, personaje literario, o el renegado navarro que cita Torres, personaje real, todos ellos sin duda múltiples veces renegados con toda la carga de desarraigo físico y psíquico que ello podía significar.

Para los moriscos instalados en Berbería los verdaderos culpables de las desdichas de su pueblo –de su “nación”, que diría Cervantes– eran los religiosos o eclesiásticos en general y la Inquisición; el odio a los “papaces”, como llamaban en Argel a curas y frailes, es una constante con automáticas manifestaciones agresivas. En Argel se podía decir misa y atender a los cristianos espiritualmente con relativa facilidad, de manera que se podía hablar de un ambiente de “libertad religiosa” impensable en la España de la época. Era algo que había sucedido en España hasta 1500 –la posibilidad de un estatuto de mudéjar, imposible ya tras el viaje a Granada de Cisneros de ese año– y que Jean Bodin recoge como una característica del mundo otomano frente a la intransigente política religiosa europea de su época:

“El rey de los turcos, cuyo dominio se extiende a gran parte de Europa, observa tan bien como cualquiera otro su religión, pero no ejerce violencia sobre nadie; al contrario, permite que todos vivan de acuerdo con su conciencia y hasta mantiene cerca de su palacio, en Pera, cuatro religiones diversas: la judía, la romana, la griega y la mahometana; y envía limosna a los calógeros, es decir, a los buenos padres o monjes cristianos del monte Athos, para que rueguen por él” (16).

Entre los rescatadores de cautivos que iban a Argel había muchos “papaces” y a su llegada a la ciudad eran bien recibidos por lo que su misión suponía de movimiento económico favorable o “entrada de divisas”, que se diría hoy. Pero en la menor oportunidad que se ofreciese, la violencia popular estallaba incontrolable contra ellos, a los que culpaban de las desdichas de sus correligionarios españoles, los moriscos. Para comprender mejor a Antonio de Sosa hay que tener en cuenta que era un “papaz” cautivo, en Argel, con toda la agresividad hacia su persona que ello traía consigo. Precisamente eran los moriscos de origen español los que manifestaban mayor odio. En Argel, con turcos, árabes, cabiles y suawa (azuagos), los moriscos españoles constituían una minoría apreciable:

“La cuarta manera de moros son los que de los reinos de Granada, Aragón, Valencia y Cataluña se pasaron a aquellas partes y de continuo se pasan con sus hijos y mujeres por la vía de Marsella y de otros lugares de Francia, do se embarcan a placer, a los cuales llevan los franceses de muy buena gana en sus bajeles. Todos ellos se dividen, pues, entre sí de dos castas o maneras, en diferentes partes, porque unos se llaman mudéjares (“Modexares”) –y éstos son solamente los de Granada y Andalucía–, otros tagarinos, en los cuales se comprenden los de Aragón, Valencia y Cataluña. Son todos éstos blancos y bien proporcionados, como aquellos que nacieron en España o proceden de allá. Ejercitan éstos muchos y diversos oficios, porque todos saben alguna arte. Unos hacen arcabuces, otros pólvora, otros salitre, otros son herreros, otros carpinteros, otros albañiles, otros sastres y otros zapateros, otros olleros y de otros semejantes oficios y artes. Y muchos crían seda, y otros tienen boticas en que venden toda suerte de mercería. Y todos en general son los mayores y más crueles enemigos que los cristianos en Berbería tenemos, porque nunca jamás se hartan o se les quita el hambre grande y sed que tienen entrañable de la sangre cristiana. Visten todos éstos al modo y manera que comúnmente visten los turcos... Habrá de todos éstos en Argel hasta mil casas” (17).

Uno de los relatos de martirios de Sosa puede servir para ilustrar aquella realidad. Es el más largo, casi una “novela” corta, de los que evoca en su diálogo de los mártires; en él se barajan todos los elementos necesarios para comprender aquella situación: moriscos valencianos de Oliva instalados en Cherchell (Sargel), con parientes en Valencia y uno de los suyos, corsario, en poder de la Inquisición; “papaz” cautivo comprado por los familiares del reo con intención de cangearlo por su pariente preso, “papaz” redentor que intenta interceder y final terrible. Todo ello pocos años después de la guerra de las Alpujarras y de la batalla de Lepanto, en 1576, recién llegado Antonio de Sosa a Argel y algunos meses después de la llegada del cautivo Miguel de Cervantes.

“En tiempo de... RamadánBajá, renegado sardo, en el año de 1576, un lunes, dos del mes de junio (sic, por julio), hasta veinte turcos y moros de una fragata –que así llaman a los bergantines–, que era de once bancos”, desembarcaron en la costa catalana e hicieron cautivos a “nueve cristianos que iban hacia Tarragona y otras partes”, entre ellos a un religioso valenciano de la orden de Montesa llamado fray Miguel de Aranda; al día siguiente cautivaron

“cuatro cristianos que pescaban en una barca más adelante..., en un lugar que se dice el Torno; y satisfechos de esta presa de trece cristianos, se volvieron a Berbería en dos días. Y a los cinco del mismo mes llegaron con su presa a Sargel, un lugar de razonable puerto que está, para poniente, distante de Argel sesenta millas, que será de hasta mil casas y todas de moriscos que de Granada, Aragón y Valencia han huido y pasado a Berbería para vivir en la ley de Mahoma libres a su placer”. Uno de aquellos moriscos, Caxetta, originario de Oliva en Valencia, acudió al puerto a ver la nave corsaria y al enterarse que todos los cautivos eran valencianos y catalanes, “entró luego al bajel y llegándose a los cristianos de Valencia que le fueron mostrados comenzó a rogarles que le diesen nuevas de un hermano suyo que le dijeron estar en Valencia preso”.

“Y fue el caso desta manera:

“Al tiempo que este moro se vino del reino de Valencia huido a Berbería, vino con él otro su hermano mayor, el cual se llamaba Alicax. Y ambos trujeron sus hijos y mujeres y algunos parientes. Después que ya estaban de asiento en aquel lugar de Sargel, como el Alicax, hermano mayor, era hombre animoso y muy plático en la mar, y particularmente en la costa del reino de Valencia en que naciera y se criara, haciendo muchos años él oficio de pescador, armó, en compañía de otros moros de Sargel –y también pláticos en España y que de allá habían huido–,

un bergantín de doce bancos; con el cual robaba por toda aquella costa muy gran número de cristianos que vendía en Argel. Y también traía otros muchos de los moriscos de aquel reino, pasándolos a Berbería.

“Con el próspero suceso de estas cosas andaba el Alicax tan ufano que, para mostrar a todos cuánto era venturoso, pintaba todo de verde su bergantín y le traía con muchas banderas y gallardetes, que era cosa de ver.

“Pero al cabo de algunos tiempos sucedióle lo contrario; porque encontrando con él en la costa del reino de Valencia ciertas galeras de España, le cautivaron con el bergantín. Tomado de esta manera y puesto luego al remo, como suelen a tales hacer, el señor conde de Oliva, cuyo vasallo fuera, que eso supo, procuró de traerle a sus manos para castigarle porque en sus tierras más que en otras, como en ellas era nacido y plático, había hecho notables daños; y particularmente llevado a Berbería gran número de moriscos sus vasallos. Mas los inquisidores de aquel reino de Valencia, informados de lo mismo y siendo los delitos de este moro tan enormes y el castigo de ellos tocante al Santo Oficio, le hicieron llevar a Valencia a las cárceles de la Inquisición; donde estaba este tiempo que el hermano preguntaba a los cristianos cautivos si habían nuevas de él”.

Fue uno de los cautivos, “Antonio Esteban, casado en Valencia en la parroquia de San Andrés a la Morera –de quien yo supe todo este cuento– y que conocía muy bien a ambos los hermanos moros porque cuando ellos estaban en España pescara algunas veces juntamente con ellos”, quien dijo a Caxetta “que muy bien conocía a su hermano Alicax, que vivo era y que estaba en Valencia preso, y que placiendo a Dios presto habría libertad, no osando decir que estaba en las cárceles del Santo Oficio”. La razón era sencilla: la prisión en la Inquisición hacía improbable el rescate de Alicax, mientras que si estaba cautivo de un particular bien podía ser que el rescate fuera posible. Fue grande la “cólera y furia” del hermano del corsario y poco después, tras consultar con la mujer e hijos de su hermano y con otros parientes, decidieron “comprar alguno de aquellos cristianos que fuese de Valencia natural para que éste se obligase y les prometiese de dar en trueque y cambio de su persona a su pariente” preso en Valencia. Y se decidieron por el fraile Miguel de Aranda, “el más principal” de los cautivos como “persona honrada y religioso sacerdote”. El domingo 15 de julio, en Argel, y después de los tres días preceptivos –“que por costumbre y usanza de la tierra tantos ha de andar en pregón el cautivo antes que su precio y compra se remate”–, Caxetta recibió al esclavo Aranda después de pagar “650 doblas, que hacen 260 escudos de oro de España”. Y comenzó el calvario del fraile valenciano; dos días de camino hasta Cherchell, las

cadena, el trabajo “noches y días cavando la tierra” y otros trabajos domésticos para forzarle “a darles lo que pedían”, seguridades en el canje con el pariente preso.

“Y como estos moros tornadizos y huídos de España sean los mayores y crueles enemigos que los cristianos tenemos, y principalmente siendo como son una viva llama de odio entrañable contra todo español, no se hartaban sus amos, como los demás moros de aquel lugar, de maltratarle y decirle infinitas desvergüenzas, vituperios e injurias”.

Pocos meses después la familia de Alicax tuvo noticias de su muerte por boca de “algunos moros que de Valencia huyeron –como hacen cada día–” y cómo

“Alicax, después de estar preso en el Santo Oficio algún tiempo, al último fuera condenado por sus grandes culpas y delitos, por haber estado siempre pertinaz en todas las audiencias que le dieron, sin jamás reconocer sus culpas, antes muy obstinadamente diciendo que era moro y que moro quería morir; y, finalmente, que relajado a la justicia seglar fuera, en principio de noviembre del año de 1576, públicamente quemado en la ciudad de Valencia. No se puede declarar el dolor, llanto y pesar que esta nueva causó en aquellos moros, y la rabia y furia con que al momento se embravecieron contra el inocente padre fray Miguel”.

El desenlace se anunciaba dramático, aunque no llegaría hasta seis meses después. Miguel de Aranda había escrito a Valencia relatando su situación y la llegada a Argel del mercedario fray Jorge Olivar (George Oliver, escribe Sosa), comendador de la Merced de Valencia, como redentor de los cautivos de la corona de Aragón, hizo albergar esperanzas de la posibilidad de rescate del fraile cautivo ya que sus amos eran “más pobres que ricos”. La reacción de Caxetta y sus parientes fue muy otra a la que pensarán, sin embargo, y deseosos de que su venganza fuera más ostentosa decidieron quemar al fraile Aranda en Argel, “donde tanto número de cristianos había de todas las tierras de la cristiandad, para que en todas partes fuese el caso más sabido y sonado”. Una vez en Argel, Caxetta se puso en contacto con la colonia morisca de aquella ciudad y comenzaron la negociación oficial para llevar a cabo su intento. “Y primero de todo, señalaron allí cuatro de los más graves y de más reputación para que acompañasen al moro Caxetta cuando fuese a hablar al rey (RamadánBajá) y pedir aquella licencia” para quemar al fraile cautivo. Las razones de los moriscos eran de peso en aquellas circunstancias:

“que era servicio de Dios poner freno y miedo a los inquisidores de España para que no maltratasen a los moriscos que a Berbería se fuesen y volviesen al servicio y ley de Mahoma; importaría, y aún era necesario, quemar dos o tres, o más, y aún cuantos pudiesen

de los más principales cristianos que hallasen; y que si fuesen sacerdotes –a los cuales llaman ellos papaces– sería tan mejor y más agradable a Dios. Porque éstos, decían ellos, son los que aconsejan en España y predicán que los nuestros sean perseguidos y maltratados”.

La colonia morisca en Argel estaba tan decidida a llevar a cabo aquel proyecto que entró en tratos con Morat Ruez Maltrapillo, un renegado español natural de Murcia, para que le vendiese un cautivo suyo, también sacerdote y valenciano, con el fin de quemarle a la vez que al fraile Aranda; este eclesiástico había sido capturado hacía poco en la galera San Pablo, de la orden de Malta, precisamente en la que había llegado cautivo a Argel Antonio de Sosa, a principios de 1576. “Pero como el renegado tenía ya tallado y casi que rescatado al cristiano, no se movió a hacer lo que le pedían, y principalmente porque el padre fray George Olivar, redentor, le rogó no permitiese cosa de tanta crueldad”. Finalmente, el 17 de mayo, después de una entrevista con el rey de Argel en la que volvieron a insistir en la conveniencia de “dar alguna muestra de cuánto sentían el mal tratamiento y persecución que a los moros de España se hacía”, Ramadán Bajá permitió a los moriscos argelinos que hiciesen “como mejor les pareciese... Ya tenían licencia para quemar vivo a un papaz cristiano”.

“Tras esto se desmandaron luego de tal modo contra los cautivos cristianos que, no contentos con decirles mil afrentas de perros, canes, cornudos, traidores y otras, como suelen, los amenazaban que presto los habían de quemar todos como al papaz que luego verían tostar; y, tras esto, les daban mil bofetones y puños, y trataban de tal suerte que ningún cristiano osaba pasar por donde vía estar moro, tagarino o mudéjar (“modexar”), porque así llaman a los moros que de España se huyeron”.

En aquel ambiente de “la ciudad muy revuelta”, el redentor Olivar –que acababa de rescatar al hermano de Miguel de Cervantes, Rodrigo, por trescientos ducados (18)–, hizo un nuevo intento de intercesión ante el rey RamadánBajá, aunque sin éxito, y obtuvo de él una contundente respuesta:

“que él no se podía oponer a la furia popular y peticiones de tantos moros que aquello demandaban y querían”.

En algún sector de los medios corsarios de la ciudad debió manifestarse también cierto malestar frente a la pretensión de los moriscos de origen español. Un corsario,

“Yza Ruez, que era venido de Nápoles no había muchos meses –donde con salvoconducto había ido a tratar un pleito sobre una fragata y ciertos cautivos cristianos que pretendía habérselos tomado injustamente en la isla de Cerdeña, por estar haciendo rescate con la bandera alzada, y acuérdome yo haberle visto en Nápoles el enero de 1579

(sic, por 1576, sin duda)–, cómo allá el señor don Juan de Austria le hizo muchas mercedes y, generalmente, en todos había hallado mucha cortesía y justicia, oyendo decir que los moros querían quemar vivo a un papaz cristiano..., escandalizóse extrañamente”

y manifestó en público muchas veces ese rechazo. Los moriscos, enterados de ello, quisieron castigarle igualmente y Ramón Bajá hubo de prometerles, para calmar su enojo, “que él mandaría castigar” al dicho arráez Iza.

Y, así, el 18 de mayo comenzó la gran catarsis, el suplicio del desventurado fraile cautivo. Durante todo el día prepararon en el muelle el lugar donde había de ser apedreado y quemado, atado al asta de un ánora de galera.

“Concurrió allí un gran número de turcos y moros de toda suerte, alarbe, cabayles, azuagos y, principalmente, muchachos, que de grande contento y alegría de aquella fiesta daban voces y alaridos tan grandes que rompían el aire... Andaban muchos de ellos, quien con platos y quien con pañizuelos en las manos, demandando entre los turcos, renegados y moros limosna para ayuda de pagar al moro que comprara al siervo de Dios lo que costara”.

A las cinco de la tarde fue llevado el fraile Aranda al suplicio y, maltratado por todos a su paso, en especial por el morisco Caxetta, “porque todos mirasen y vieses cómo vengaba a su hermano”, fue apedreado y luego quemado. Antonio de Sosa narra con todo pormenor de detalles el suplicio, a la manera de los martirologios clásicos, y termina con un breve retrato –”de cincuenta años, poco más o menos, tenía en la barba y cabeza muchas canas; era más que de mediana estatura, un poquito grande, carilargo, ojos grandes y nariz longa”–, como en todos los relatos restantes de su Diálogo de los mártires (19).

NOTAS:

(11).- Haedo, II, p. 176.

(12).- Cabrillana, art. cit. en nota (9), p. 312.

(13).- Saben a poco los estudios sobre la cuestión, como el de S. García Martínez Bandolerismo, piratería y control de moriscos en Valencia durante el reinado de Felipe II, Valencia 1977, Universidad de Valencia.

(14).- Haedo, II, p. 29.

(15).- Ib., p. 27.

(16).- Bodin, IV, VII, pp. 208-209.

(17).- Haedo, I, pp. 50-51.

(18).- Ver Canavaggio, op. cit., c. 2, pp. 76 ss.

(19).- Haedo, III, pp. 137 a 155. Este es el relato 23 de la edición de este diálogo de la ed. Hiperión, preparada por E. Sola y J.M. Parreño.

4.5.- Los treinta relatos de Antonio de Sosa. Primera aproximación a la crueldad berberisca, con desarraigo de moriscos españoles incircuncisos.

Es un crimen literario el que estoy cometiendo con los textos de Antonio de Sosa, tratándolos a cuchilladas, descuartizándolos a tijeretazos. Se merece mucho más, siendo, como sin duda es, uno de nuestros mejores narradores del Siglo de oro, de los más sugestivos e inquietantes (20). El Diálogo de los mártires de Argel, uno de los textos más asequibles de Sosa, se puede considerar una colección de treinta relatos más o menos cortos de ambiente mariner berberisco y algunos de ellos de gran belleza y de un verismo escalofriante. De gran fecundidad literaria también. El "troceado" en el capítulo anterior haría el número 23 y es uno de los más extensos; el martirio de fray Miguel de Aranda coincide con el de fray Miguel que Cervantes --también testigo de lo narrado incluye en Los tratos de Argel, como bien señalara Camamis (21). También Camamis estudia las muchas influencias --el mismo Lope de Vega, lector de la Topografía, o Céspedes-- de esta obra excepcional de Sosa.

En esos treinta relatos de Antonio de Sosa se pueden apreciar tres grupos bien definidos. Un primer grupo formado por los cuatro primeros relatos, que se desarrollan entre 1529 y 1535 y que Sosa recogió de la tradición oral berberisca, seguro que muy populares pues ilustraban periodos muy determinantes de la historia de la región y de la obra político-militar de Jeredín Barbarroja. La conquista del Peñón de Argel y la cruel muerte del madrileño Martín de Vargas, el intento de levantamiento de Juan de Portundo y 17 cabecillas más en Argel, la historia de Sotomayor y los cautivos cristianos de Cherchell y la historia del embajador-espía genovés "Luis de Pazencia", estando Barbarroja en Túnez. Ya nos hemos referido a ello en otro lugar.

El segundo bloque de relatos --del número 5 al 20—arrancan del año 1558 --el desastre de Alcaudete en Mostaganem que llevó a Argel a miles de cautivos españoles, la mayor parte de los informadores de Sosa-- y llegan hasta el periodo de Araba Amat, sucesor de Euch Alí y antecesor de Ramón Bajá --hasta mayo de 1574, por lo tanto--, poco antes de la llegada de Cervantes a Argel y del propio Antonio de Sosa. Son sucesos que están aún en la memoria de muchos compañeros de cautiverio o de "renegados" que los relataron al narrador Sosa. Los diez últimos relatos se desarrollan ya en el tiempo de Ramón Bajá y Hasán Veneciano, en el tiempo de cautiverio de Cervantes y de Sosa; mucho más conocidos por nuestros dos autores, por ello.

La galería de personajes populares es deslumbrante, tanto desde el punto de vista histórico como del estrictamente literario. Así, los corsarios españoles Juan Cañete, castellano, Jaime Pujol, mallorquín, y Juan Gasco, valenciano (relatos 6, 12 y 14); el notable tlemsení cristiano Martín Forniel (r. 5), el ermitaño moro, tal vez loco, del relato 10, el moro cristiano Jerónimo o el jovenmorisco Alonso, granadino de Andarax, cautivado en Cartagena y muerto en La Caliba, cerca de La Goleta, cuya violencia contra su amo no puede comprenderse sin hacer referencia a la posible psicología atormentada del renegado/converso (r. 30). El mozo renegado genovés Nicolín, en Trípoli (r. 8), el también genovés, joven renegado arrepentido, Morato (r. 13), el bellissimo episodio del joven renegado italiano huido a Orán, en tiempo de Euch Alí, del relato 16 o los dos renegados italianos Gallo y Morat (r. 26). Los varias veces renegados Sebastián Paulo (r. 11) y el griego Acanico (r. 21); los cautivos Fernando de Soto (r.

11), el marino de Ragusa (r. 18), los dos muchachos andaluces aterrados ante la circuncisión (r. 9), o los dos jóvenes españoles huidos a Orán (r. 19), el zapatero italiano Trinquete (r. 29), el comerciante griego Nicolo (r. 21), el castellano Cuéllar (r. 27) o el francés Juan Gasco, el calabrés Pedro Cosentino y el siciliano Felipe (r. 28), así como el patético caso del cautivo almeriense Juan de Molina, de las partidas de vigilancia de la costa andaluza, cuya muerte se relaciona directamente con la represión inquisitorial a los moriscos granadinos (r. 15), muy en la línea de lo sucedido con la muerte del fraile Miguel de Aranda (r. 23). Finalmente, todo el abanico de personajes de las rebeliones de galeotes en Tetuán (r. 22) o de la rebelión contra Hasán Veneciano (r. 24), así como el episodio memorable de la cueva de Cervantes del relato 25.

Tan rico material compone uno de los conjuntos más abigarrados y hermosos de la narrativa española del momento. Pudiera emparentarse con la literatura católica post-tridentina hagiográfica o de los martirologios --Enmanuel Acosta, Pedro de Ribadeneira, Giampetro Maffei, Onofrio Panvinio, Girolamo Muzio o, sobre todo, Cesare Baronio--, surgía como reacción a la historia eclesiástica reformada de los "centuriadores" --de las Centurias dirigidas por Matiya Vlacic o Flacius Ilyricus, a partir de 1559-- y de la aparición de martirologios protestantes --Jean Crispin o John Fox, por ejemplo-- (22). También pudiera relacionarse con los martirologios que, sobre todo por obra de los jesuitas y después de los mártires de Nagasaki en Japón (1597), dan a la historia eclesiástica o católica "un ámbito geográfico mucho más amplio, un ámbito mundial o universal. El martirologio berberisco de Sosa participa también de aquello que estaba en el ambiente: exotismo y actualidad" (23).

Pero el martirologio de Sosa va mucho más allá. "El realismo de Sosa, su obsesión por la precisión y la exactitud, se impone al discurso propagandístico contra-reformista, a la 'historiografía triunfante'" del mundo católico. "Sosa redacta un texto clásico de la época pero, sin duda, más realista y convincente que la mayoría de sus contemporáneos, menos retórico y, por lo tanto, más valioso. Sólo en el relato 12, y manifestando su reticencia, entreabre una ventana a la concretización de lo sobrenatural, almilagro en forma de paloma (en el episodio de la muerte del fraile Garao); sólo alguna concesión --es obligado, por otra parte, en un martirologio-- al 'discursico cristiano, que es un contento oírle y leerle', que recordara socarrón el prólogo cervantino a la primera parte del Quijote" (24). El mismo Sosa advierte, en el inicio del texto, que es aquel un martirologio muy singular: "Por ahora, no disputemos si a todos los que aquí tengo escritos los debemos tener por mártires". "Hoy, con la distancia, los mártires de Sosa nos parecen, con demasiada frecuencia, infractores de una ley --delincuentes-- castigados con la pena capital" (25). Asesinato, levantamiento, conspiración o motín armados, ya en la ciudad o en una galera, prisionero de guerra con cargos graves de sangre, huida de cautiverio --un esclavo huido, un cimarrón-- con algún agravante o motivaciones religioso-políticas muy matizadas son la causa que pudiera justificar las ejecuciones narradas por Sosa en los treinta relatos.

Toda la serie de relatos tiene el mismo esquema: una situación real estrictamente fechada y localizada, un nudo de acción --fuga o motines, lo más frecuente--, un desenlace en el que narra con detalle morboso un suplicio --en la línea de los martirologios al uso-- y un retrato somero del muerto que acrecienta el dramatismo de lo narrado. Pero, ante todo, estos relatos giran en torno a un mensaje obsesivo de Antonio de Sosa: la crueldad berberisca. La plasmación de ese mensaje, todavía con cierta

mesura en los treinta relatos del diálogo de los mártires, alcanza singular desmesura en el "Diálogo de la cautividad". Aquí llega a afirmar que la inhumana crueldad berberisca es tal que

"no parece una galeota menos de un infierno,
por el cual discurren por todas partes los demonios
atormentando a gran furia a los infelices cristianos cruelmente,
y no se oyendo allí otra cosa sino golpes de todo género de tormentos
y voces infernales que les dan, llamándoles canes, perros, cornudos, canalla,
enemigos de Dios, maldito tu Cristo, maldita tu fe y tu ley,
maldito el dios que adoras y que crees" (26).

Este infierno de la galeota, que por extensión sería Argel toda, no era otra cosa que la suma de todos los trabajos que el hombre debía hacer o padecer sobre la tierra, a los cuales se les añadía el estado de esclavitud --trabajo forzado, por lo tanto, y no premiado con una remuneración o un beneficio directo-- y el hambre, una vez más.

Pero antes de adentrarnos en el análisis de esa crueldad, quiero recordar en este libro de maravillas otro texto --con telón de fondo de hambre también en el fragmento recogido-- que puede contribuir a echar más luz sobre la relación de los moriscos y Berbería. En el momento final de la cuestión morisca en España, la expulsión de 1609, se podría hablar de un nuevo extrañamiento añadido a aquella desdichada, casi maldita minoría. La circuncisión era un lugar común clave de su identidad, una obsesión también para los cristianos; ceremonia fálica y sangrienta, verdaderamente "imprimía carácter" como decían que el sacerdocio imprimía o el bautismo. A los nuevos musulmanes de origen cristiano, en concreto, debió afectarles psíquicamente en profundidad --normalmente adultos-- manipulación tan íntima y brutal. Pues bien: a principios del siglo XVII un gran número de moriscos españoles estaban sin circuncidar. El episodio tiene un gran sabor de época, y no tan alejada.

"La primavera de 1612 permitió Dios que faltase el agua en Argel y en toda su tierra, y llegó a término que estaba el campo sequísimo, los panes se perdían y no se hallaba en Argel un bocado. Perecían los pobres; los ricos, por no socorrer la necesidad, se escondían; gritaban los muchachos; los judíos balaban (sic) por las calles. No se oían sino lástimas, no se veían sino miserias, el Duan afligido y todos lastimados. Consultóse en el Duan el remedio, y como tienen entendido los moros que el origen de todos sus males son los cristianos, y el hacerlos mal y perseguirlos el principio de todos sus bienes, parecióles que el medio más seguro para tener grato a Dios y de su parte a Mahoma, y conseguir el que lloviese, era afligir a los cristianos. Determinaron en el Duan, con aplauso universal, el perseguirlos. Y, así, a fines de abril echaron bando o pregón por toda la ciudad, en el cual mandaron que a todos los cristianos los pusiesen grillos y los quitasen a navaja la barba y el pelo. Ejecutóse luego, porque en hacer mal a los cristianos son puntuales.

"No era acepto el sacrificio a Dios de parte de los moros que le ofrecían.

Pero sí de parte de los cristianos, que con paciencia lo llevaban, y, así, no llovió. Parecióles que la falta de agua consistía en que muchos de los moriscos que habían pasado de España no se habían circuncidado; y así, echaron otro pregón en que todos los que no lo estuviesen, dentro de tres días lo ejecutasen. Observóse con tanto rigor el orden, que los Chauzes andaban por las calles registrando los moriscos, y al que hallaban no haber obedecido, tan sin piedad le circuncidaban que murieron muchos a causa del sacrificio.

"Tampoco llovió, ni este sacrificio fue agradable a Dios porque, aunque en tiempo del Testamento Viejo le fue acepta la circuncisión, en la Ley de Gracia le desagrada. Viendo que ni lo uno ni lo otro había aprovechado, determinaron turcos y moros salir en rogativa..."

Como seguía sin llover, salieron también los judíos en rogativa el jueves 3 de mayo, pero al igual que los musulmanes, sin resultado positivo. "Empezaron a gritar por las calles que los papaces estorbaban lloviere, que nos quitasen las iglesias y ornamentos. duró este alboroto dos días, pidiendo todos al Duan que el sábado siguiente fuesen quitadas a los cristianos las iglesias". El padre Monroy, con el cónsul francés "monsieur Blas" y el "Triximal" convencieron al Duan y al rey para que dejaran a los cristianos hacer rogativas también, y estos comenzaron un novenario.

"Empezóse la rogativa domingo 6... Al tercer día, que fue martes 8, comenzó Dios... a mostrar su infinita misericordia y llover de tal suerte que el viernes a 11 estaba la tierra tan llena y harta de agua que a los moros les pareció sobra. El lunes, último día del novenario, volvió a llover y duró todo el día y noche" (27).

Procede este texto de un libro singular de 1690, del padre Silvestre. Aunque es muy tardío, se basa en testimonios originales de los trinitarios Bernardo de Monroy, Juan de Palacios y Juan del Aguila, de esa época, que morirían en Argel, "martirizados" en momentos dramáticos y muy conflictivos, en 1613, 1617 y 1622, este año último también de gran peste.

Si la violencia se asocia en el texto anterior con la sequía/hambre y con el drama morisco en su fase final –la expulsión--, la asociación hambre/violencia en Argel en 1579 se relacionó directamente con los rumores de preparativos navales en España contra Berbería; eran los preparativos ordenados por Felipe II para asegurar sus derechos de sucesión a la corona portuguesa después de la muerte del rey Sebastián y que en Berbería hizo temer una nueva invasión española por mar. Esa confluencia de hambre y terror en Argel, enjendradora de psicosis colectiva de consecuencias incalculables, es evocada por Sosa en el penúltimo de sus relatos citados. Tal vez no se justifique la "crueldad" pero sí se explica, sin duda, "el sorprendente deterioro de una higiene mental de por sí precaria y tambaleante" (28), en expresión de Camporesi, para quien "la cultura de la pobreza" produciría daños fisiológicos irreparables" (29). En el sugestivo análisis de Camporesi, sólo tras 1793 --aunque sea de manera simbólica sólo, si se quiere--, con el regicidio de la Revolución Francesa con lo que de "muerte del padre" simbolizaba, comenzaría a declinar el componente histórico del comportamiento

popular (30). "Intuyo que trabajos como el del antropólogo francés René Girard --el polémico La violencia y lo sagrado, en el que explica, al parecer, cómo el sacrificio catárquico puede evitar la violencia en una comunidad--, en estos tiempos de interdisciplinaridad forzosa, deben ser considerados con toda seriedad por un historiador" (31). Pero volvamos a ese "drama cotidiano" que escapa a la historia cuantitativa, que "entra más en el ámbito de la invención literaria que de la perspectiva de la historia social" (32), con palabras, una vez más de Camporesi, volvamos a entrar a saco cruelmente en los textos de Antonio de Sosa, en ese penúltimo relato de la serie de treinta aquí evocados:

"El año de 1579 fue tan grande la falta de pan y de todos bastimentos en Argel y su distrito que se moría la gente... por las calles de pura hambre a treinta o cuarenta cada día, y más. Pero -sea Cristo, Dios y señor nuestro, bendito- nunca se vio ni se supo que entre tantos millares de cristianos cautivos, que de ordinario en Argel pasan de veinticinco mil y más, algunos muriesen de hambre... A esta grande y general hambre se juntó que el rey de Argel y los turcos estaban con grandísimo temor de la armada cristiana; porque se sabía de cierto cómo en los puertos de España, Gibraltar, Sevilla, Puerto de Santa María y Cádiz, se juntaban muchos bajeles, y de todas partes se hacían provisiones y bajaban de Italia mucha copia de galeras y soldados. Por lo cual, el rey de Argel, que entonces era un veneciano renegado de Aluch Ali que se llamaba Hasán Bajá, procuró de recoger en Argel todo el trigo que se pudo hallar por la comarca y otras tierras. Y, entre las demás diligencias, envió también a los 2 de junio de aquel año de 1579 una galera de veinticinco bancos, que era de un renegado genovés que se decía Borrascuilla, a la ciudad de Bona por bastimentos".

El párrafo introduce una rebelión de cautivos en Bona, capitaneada por un murciano de Lorca, Navarro, y por un joven tuerto, Juan Genovés; aunque consiguieron llegar a Mallorca muchos de los cautivos, más tarde fueron apresados de nuevo algunos de ellos, entre ellos el joven Genovés; el cual, finalmente, fue asaeteado en Argel como castigo por aquella rebelión. El ambiente de exacerbada violencia de todo el relato es sintomático y muy acorde con el ambiente general de los treinta relatos de Sosa.

En el relato 14 se narra el muy cruel suplicio del corsario valenciano Juan Gasco, otro de los más notables relatos de Sosa. Como Cañete --del relato 6--, Juan Gasco intentó quemar las naves corsarias argelinas en el puerto mismo de Argel en 1567, poco antes de la rebelión de los moriscos de las Alpujarras y de Lepanto, en tiempo del rey Mahamet, hijo de Salah Bajá. Llegó a clavar, incluso, el puñal en la puerta de la ciudad. Fue condenado a que "le enganchasen por el talón del pie izquierdo... hasta acabar y morir en aquel tormento". Pero lo que nos interesa ahora es el conflicto de fondo entre los medios corsarios de la ciudad y los medios moriscos, como se había apuntado en el relato 23 ya recogido, el del corsario Alicax y su hermano Caxetta:

"Sabido por algunos arráeces y corsarios de la manera que el rey (Mahamet Bajá) le mataba (a Gasco), parecióles mal;

y consultando entre sí, acordaron de ir al rey y hacer con él que revocase aquella sentencia".

Todavía no había estallado la rebelión de las Alpujarras y la cuestión morisca, aunque latente, no revestía la extrema gravedad de meses después.

"Entre las razones que le dieron, la principal fue que decían ser uso de hombres de guerra procurar todo daño que pudiesen a sus enemigos y quemarles sus bajeles, sin que por ello mereciesen otro particular castigo y pena más que de las que por otras cosas merecen; y que también ellos cada día hacen lo mismo, quemando y destruyendo los bajeles cristianos, y que convenía no hacer cosa por la cual los cristianos tuviesen razón de hacer lo mismo a ellos si acaso los tomaban. Y el que más instó a esto y tomó el negocio más a pechos fue Dalí, cojo, renegado griego que había cautivado a Juan Gasco".

El rey, convencido por los corsarios, mandó perdonar y curar al corsario Juan Gasco; yes en ese momento cuando interviene la colonia morisca, en particular los de origen valenciano, enfrentándose a los corsarios y exigiendo la ejecución de la sentencia:

"Ciertos moriscos, huidos de Valencia y Aragón, Andalucía y otras partes -de los cuales hay un número infinito en Argel y otros lugares de Berbería, que se pasan allá a vivir en la ley de Mahoma-, pesándoles del bien de Juan Gasco por el odio entrañable que tienen a todos los cristianos, particularmente a los de España, se fueron al rey y le afirmaron que los cristianos públicamente decían que él, por temor del rey de España, había mandado quitar a Juan Gasco del gancho en que estaba; y que no era cosa para comportar y sufrir, pues en ella iba la reputación de un rey y señor tal como él".

Los moriscos, pues, aún antes del estallido dramático de la guerra de las Alpujarras, exigían una política más agresiva contra los españoles, si cabe, que el colectivo de los corsarios, tan vital para la supervivencia de aquella sociedad berberisca y con argumentos de prestigio político incluso. Tras la intervención de la colonia morisca,

"hubo de mandar el rey de nuevo que le volviesen a enganchar (a Gasco). Por instigación de los mismos tagarines..., plantaron al momento otra vez la horca para engancharle en el mismo lugar en que ahora (en torno a 1580) está edificada la torre de la Linterna, en la isleta y entrada del puerto... Sabido por los arráeces lo que pasaba, y cómo de esta manera habían enganchado y muerto al buen Juan Gasco, no hay duda sino que les pesó, porque claramente entendían ser injusta y sin razón" (33).

El relato 15, la muerte del cuadrillero almeriense Juan de Molina, con el telón de fondo del drama morisco también, de gran dramatismo, narra una situación similar a las ya examinadas (34). Finalmente, el comportamiento de otro de los corsarios más destacados de Berbería, en la época de Sosa y Cervantes allí, es bien significativa. El

"renegado" Arnaut Mamí, "capitán de la mar" o jefe del colectivo de corsarios en tiempo de RamadánBajá (1574-1577) --después de la guerra de las Alpujarras y de Lepanto, por lo tanto--,

"odia a los cristianos y, en particular, a los eclesiásticos o `papaces'...; al redentor Antic llega a decirle, en el relato 23: `Tú y tu compañero (Olivar) sería bueno que os quemasen en esta marina vivos', enojado por la muerte en España de un compañero corsario (Alicax). Pero, sin embargo, protege a otro redentor, el jesuita Torres, que estaban en Argel en una misión puntual y excepcional: gestionar el rescate de cautivos con el dinero de un legado testamentario del ayo de Juan de Austria, Luis Quijada -otro nombre bien cervantino en una historia de cautiverio que Cervantes, allí, debió conocer bien-; en un momento de furor de los corsarios contra Torres ante el rey RamadánBajá, en el que insisten en quemar al jesuita, Arnaut Mamí le protege cubriéndole con su `ferja' o manto pues, dice, `como redentor de los cautivos de España, representaba al rey de España' (relato 21)" (35).

En este caso, el enfado de los corsarios contra Torres era por la muerte en España del corsario Acanico, narrada en ese relato 21, sucedido en el inicio del reinado de RamadánBajá, en los meses inmediatamente anteriores a la llegada de Cervantes cautivo a Argel.

El drama morisco, por lo tanto, aparece como inseparable del drama de los cautivos cristianos en Berbería, en conexión directa con la propaganda de la "crueldad berberisca" de la que Sosa es principal vocero; puede llegar a ser ese drama, incluso, justificación --hasta "jurídica"-- del endurecimiento del comportamiento de otros colectivos berberiscos influyentes, como el de los corsarios.

NOTAS:

(20).- Del Sosa narrador "inédito" o semi-inédito, mejor, he tratado en las comunicaciones citadas en el I coloquio de historiadores del valle del Henares y en el I encuentro de la Asociación de Cervantistas, celebradas en Guadalajara y en Alcalá en 1988.

(21).- Op. cit., pp. 117-118.

(22).- El estudio global reciente más sugestivo sobre la cuestión es el de Sergio Bertelli, Rebeldes, libertinos y ortodoxos en el Barroco, Barcelona, 1984, Península.

(23).- Introducción de E. Sola a la edición de este texto de Sosa en Ed. Hiperión citada, Madrid, 1989.

(24).- Ibidem.

(25).- Ibid., ver todo el punto "Delincuentes o mártires".

(26).- Haedo, II, p. 92.

(27).- Francisco Antonio Silvestre, Fundación histórica de los hospitales que la religión de la Santísima Trinidad, redención de cautivos Calçados, tiene en la ciudad de Argel, Madrid, 1690, Julián Paredes, capt. 17, paragr. 4, pp. 67-68.

(28).- Camporesi, op. cit., p. 135.

(29).- Ib., p. 82.

(30).- Ibid., ver capítulo 13 sobre "Sueños hiperbólicos".

(31).- Ver E. Sola, introduc. a la edic. de Sosa en ed. Hiperión.

(32).- Camporesi, op. cit., p. 63.

4.6.- La cautividad como la suma de trabajos y sufrimientos del-hombre sobre la tierra, con el añadido de la pérdida de la libertad. Un paseo por la vida cotidiana berberisca, distorsionado por el horror del ser cautivo.

Al final de los treinta relatos de Sosa que constituyen el Diálogo de los mártires de Argel, el interlocutor del propio Sosa en el diálogo, Ramírez, dice: "¡Oh, cuánto me he holgado de leer esos papeles! ¡Qué casos tan extraños! ¡Qué sucesos tan diversos! ¡Qué muertes tan espantosas! ¡Qué tormentos tan exquisitos! ¡Y qué crueldades tan horribles, tan fieras y tan inhumanas!". Antonio de Sosa, por boca de su lector Ramírez, valora su propia obra, expresa cómo él deseaba que fuera leída. Muy cervantina tan esquizoide escisión como recurso literario.

Los relatos del diálogo sobre los mártires son valiosos en particular para el mundo de los corsarios berberiscos después de Lepanto (1571), sobre todo los muy notables relatos 23 y 25. Pero el gran texto sobre el "sadismo", la maldad y la crueldad es el otro diálogo escrito por aquel atormentado cautivo, compañero de Cervantes, que era el doctor Antonio de Sosa, el Diálogo de la cautividad, anterior en el tiempo al de los mártires en su planteamiento general y redacción misma, muy posiblemente. Allí la cautividad como la suma de los trabajos y penalidades del hombre sobre la tierra alcanza intensidad épica o de gran tragedia, con su estilo obsesivo y enumeraciones interminables. Merece la pena recoger una muestra amplia de este texto de Sosa.

Continuación del discurso sobre África es lo que sigue:

"Multitud de bárbaros... hoy día la habitan y dominan (a Africa), de moros, alarbes, cabailes y algunos turcos, todos gente puerca, sucia, torpe, indómita, inhábil, inhumana, bestial; y, por tanto, tuvo por cierto razón el que de pocos años acá acostumbró llamar a esta tierra Barbaría, pues su naturaleza es tal que aún hasta los hombres que nacen y viven en ella son de tan extraña naturaleza y monstruosas condiciones que, siendo animales racionales en la sustancia, en lo demás y en las obras son leones, tigres, bestias salvajes y como brutos animales. De manera que la naturaleza humana, cuyo propio es que todo lo que en ella hubiere sea humano, en ellos, como vemos, anda todo al revés y como transfigurada en otra forma y vestida de propiedades bestiales. Pues no sé yo qué menos monstruosidad sea ésta que aquella de la quimera que fingen los poetas, parte hombre, parte león y otra parte dragón" (36).

En el trato a los cautivos es donde más se muestra aquella ferocidad de los berberiscos:

"Se señalan y quieren los conozcan por legítimos discípulos de Mahoma sin en ellos se hallar cosa que sea de hombres, persiguiendo cruelmente, robando, tiranizando y atormentando a los míseros cristianos que por mala suerte caen en sus manos; cuyas invenciones -y no más que ordinarias- de diversos martirios, tormentos, cadenas, grillos, traviesas, molinos, masmorras, aflicciones, vejaciones, afrentas, engaños, miserias, necesidades, maltratamientos y otros trabajos, con la perpetua hambre y sed, sin faltar un momento que les dan. Si yo y vos como testigos de vista, y aún de experiencia, comenzásemos ahora a decir y a contar por sus números particulares especies y propiedades, sería tejer una muy larga y liada de males, a que ni hallaríamos principio ni podríamos dar cabo y fin" (37).

Sobre los trabajos de los cautivos en los bajeles:

"Pues mándeles hacer algún servicio del bajel, calar remo, levar remo, fornillar, hacer tienda, levarla, arbolar, desarbolar, zarpar ferro, izar la vela, ligar y atezarla, hacer caro, barrer, lavar los remiches, hacer ropa a la banda, sacudir capotes, jalecuos, bonetes, forrar gamberras, siéntate aquí, múdate allí, hacer agua, alijar el bajel, despaltar, meter la ropa, hacer estiba, y aún gobernar con la cabeza cuando van a la vela; finalmente, comer, beber, dormir y todos los muy menudos servicios del bajel o cosas tocantes a los bogadores, no la saben decir o mandar estos bárbaros crueles sino descargando palos y más palos, puntapiés, coces, puños, moliendo y atormentando continuamente a los pobres y desdichados cautivos" (38).

Esa "oferina crueldad y peor que de unas bestias" alcanza altas cotas de "sadismo", diríamos hoy, en las descripciones exaltadas de Sosa:

"Haciendo zofra o comida, o cuando muy contentos de alguna presa que hicieron se emborrachan de vino y arrequín, en un súbito mandan luego desnudar toda la chusma y que todos se echen sobre crujía de pechos; y saltando los más de ellos en pies y arremetiendo a los palos, corbachos y duros estropos, no se hartan hasta que los muelen todos a golpes y se tiñen de la sangre cristiana que mana de las espaldas como fuentes, tanto las manos como las ropas y calzones. Y de esta manera quedan contentos y triunfantes, y otros dando grandes risas oyendo los gritos, los gemidos y las voces dolorosas de los pobres cristianos" (39).

En estas condiciones, el cautivo puede llegar a desear su muerte:

"Mire qué cuerpos y qué figuras traen, cómo vienen secos, mirrados, disformes, que no se conocen, y tan aniquilados de todo que no les quedó más que los huesos y la piel; de manera

que están vivos y pueden hacer en ellos -a los ojos- una natural anatomía ("anotomía") de todos los huesos, nervios, venas, arterias y cartiláginas... No es posible declarar la lástima que sea ver, además de esto, a los desdichados cristianos reventando del trabajo y tormentos, unos caer sobre el remo muertos, otros sobre las bancadas, otros sobre las pedañas o ramiches; y aún otros que, de desesperados ("desperados") ellos mismos, se ahorcan con alguna sogas que atan al banco, de la cual, echándose a la mar, quedan colgados, como hicieron ahora dos, uno en la galeota de mami Ruez, cuando vino de Poniente, que era de nación napolitano, y otro español en la de Jaffer arráez, renegado genovés" (40).

Todos los trabajos de la ciudad berberisca correrían a cargo de los desdichados cautivos, en un ambiente de dantescos suplicios:

"El odio y aborrecimiento que generalmente todos nos tienen es tan vivo y tan encendido que todo nuestro tormento es para ellos alegría y contento... Y así, bien veis cómo a todos los dejan cargados de tantas cadenas y hierros con que no se pueden mover; unos con muy gruesos grillos, otros con pesadas traviesas, otros con grandes calzas de hierro, otros con espantosas cadenas, de las cuales unos traen a los hombros, con otras ciñen los cuerpos, y aún, con otras, los cuellos y las espaldas; y aún otros con muy graves collares de hierro con sus ganchos y campanillas.

Y también no pocos veréis que todo esto traen junto, con que no se pueden mover ni dar un paso. Y, con esto, hallareis que a los más encierran dentro, en las casas y en los baños, y en aposentos oscuros, húmedos, hediondos y, aún, a muchos debajo de la tierra, en cuevas angostas y oscuras mazmorras; y allí los mandan y hacen moler de continuo a la luz de la candela, si la tienen, en molinos de mano que apostan para esto hacen y tienen todos en sus casas. En el cual trabajo hacen también de ordinario ocupar todo el día y la noche a los otros que dejan estar en los patios fríos y húmedos; y, al cabo, sin les dar más que agua y dos panecillos de cebada o salvados; y esto, con tantos guardianes a las puertas como si guardasen bestias bravas que teme no salgan fuera a matar y degollar la gente. Pues si, por acaso, dejan salir algunos fuera de casa, bien sabéis que ha de ser o para trabajar en las obras o para labrar los edificios, o para ayudar en las murallas.

Y con los traer tan cargados de cadenas, de traviesas y de grillos, los hacen arrancar en las pedreras las piedras, traerlas a cuestas a casa, amasar el barro, garbillar la cal, juntar la arena, carrear el ladrillo, la madera y los mármoles. El servicio todo de casa, ¿quién lo hace sino estos mezquinos y con las mismas cadenas a cuestas? Ellos proveen la casa de leña, traen el agua a cuestas, llevan a los hornos el pan, van a los molinos, barren las casas, lavan los corredores, patios

y zaguanes, curan los caballos, gobiernan todas las bestias.
Los campos ellos los labran, las vacas y ganados ellos los apacientan,
las viñas ellos las cavan, los jardines ellos los plantan, las huertas
ellos las siembran, las riegan, las cultivan y las guardan.

Y en todos estos trabajos, casi siempre, los más traen a las espaldas
un moro o vil negro por guardián, el cual con un muy duro palo
o bastón en la mano por do van les va de continuo moliendo
y pisando las entrañas a palos, sin los dejar reposar ni aún limpiar el sudor.
Y, si acaso, fatigados del inmenso trabajo como del cruel peso
de los hierros y cadenas, aflojan algún tanto o dejan de los hombros
caer en tierra las cadenas que sustentan -por tomar algún alivio
los cansados y atribulados miembros-, por ningún caso
se lo permiten o consienten, sino que el triste y mezquino cristiano
-como si fuese de mármol o acero- ha de tener los pesados hierros a cuestras
y la azada en las manos. Y de esta manera tan inhumana y cruel,
y sin parar siquiera en punto, ha de trabajar y sudar, echando el alma
y la vida. Júntase a esto que, como veis, de continuo
los traen a todos -sin alguna excepción- descalzos, desnudos, hambrientos,
al sol, a la luna, al agua, al viento, por el frío y calor. Y si acaso
les dan un pan de salvados, con que hartan la grande y cruel hambre,
con una mano se lo dan y con otra descargan el palo,
llamándolos siempre perros, canes, judíos, canalla,
cornudos y malditos" (41).

Toda la belleza de la ciudad y su entorno se oscurece ante el sufrimiento de los
cautivos cuyos trabajos la construyen y mantienen:

"Pregunte a las puertas de los baños o de las casas de estos bárbaros
por algún cristiano que conoce para poder hablar con él
y, después de tantas dificultades que le ponen, tantas excusaciones
que ellos fingen y tantas mentiras que os dicen, déjenle entrar allá dentro.
Las lindas estancias, las hermosas pinturas, los excelentes cuadros
bien labrados o los nobles y ricos aderezos y alhajas de la casa
que convidan a los ojos a mirar, no son otros ni ellos los tienen
sino manadas y rebaños de pobres cristianos cargados de cadenas,
de grillos y traviesas con que no pueden dar un paso ni moverse
si no fuera a gran trabajo; y casi todos revolcando por el suelo,
y todos envueltos en unos rotos, sucios y muy viejos capotes
de vil sayal y grueso herbaje; y muchos de estos caballeros, doctores,
sacerdotes y hombres muy principales, gimiendo todos y suspirando,
y tan desfigurados de la hambre, frío y mal tratamiento
que no les quedó más que la figura y semejanza de hombres...

"Fuera de las puertas de la ciudad, a la campaña, la verdura,
la alegre vista, el gracioso aspecto que os puede recrear,
es la de un número inmenso de infinitos cautivos cristianos
de toda suerte, nación y edad, viejos, varones y mancebos,
más espesos que hormigas que hinchen estos caminos y no hacen

sino ir y venir. De los cuales, la consolación que recibiréis es que no podréis en manera alguna tener las lágrimas viéndolos tan fatigados, tan oprimidos, tan trabajados y cargados todos a cuestras de azadas, azadones, hocinos y otros varios instrumentos rústicos del campo; con los cuales deshacen los montes, rompen las matas, tallan los árboles, arrancan palmas, cavan las viñas, cultivan los jardines y labran los campos día y noche. Y éstos, descalzos, con los pies abiertos y hendidos, desnudos y, cuando mucho, echado a cuestras un pedazo de sucio sayal viejo que apenas les cubre las carnes negras del sol, mirrados de la hambre y quebrantados del continuo trabajo que parecen lemures esqueletos ("esquiletos") o ánimas y cuerpos desenterrados.

"Pues si mira a la mar o ve por él venir las galeotas cargadas de infinitos robos y presas, metidas en el hondo con el peso de grandísimas riquezas y de tantas ánimas cristianas que cautivaron y traen a este matadero de Satanás; o le veis cuajado, y los puertos todos llenos de gran número de galeras, galeotas, bergantines y fragatas, pobladas de infinitos cristianos cautivos y atados a la cadena, que en todo tiempo del invierno y verano, de noche y de día, sin cesar ni algún reposo bogan de continuo al remo, muertos todos de una perpetua hambre y sed y con las espaldas todas abiertas con azotes y porrazos, cuya sangre tan liberalmente tiñen los bancos y riega abundantemente las crujías, como dijimos" (42).

En otro lugar de la marina, al margen del muelle mismo, el espectáculo es similar:

"Allí hallará un gran número de cautivos que a fuerza de sus hombros y brazos descargan mucha y gruesa madera o tablazón que con sus manos fueron a cortar a las montañas de Sargel o de Gegari (sic, por Cherchell y Yiyel). Allí hallará otro número de serradores que la sierran sin reposar, de mañana hasta la noche. Allí hallará, a otra parte, muchos y muy diversos oficiales y muy buenos carpinteros que la labran y la ponen en perfección. Allí, a otra parte, verá no pocos que son singulares maestros y muy ingeniosos en hacer todo género de bajeles... Allí verá un gran número de calafates que no cesan de calafatear y empegar los navíos. Allí hallará otro número de herreros que hacen infinita clavazón y muy muchos remolares que labran de continuo los remos. Item más, hallará allí muchos que hacen barriles y otros muchos que hacen velas, otros que entallan las popas de las galeras y galeotas, otros que sacan los bajeles en tierra, otros que los echan a la mar, otros que los empalman y otros que la pez y brea hacen cocer. Verá muchos que llevan carga a los bajeles, otros que embarcan municiones, otros que limpian los navíos, que los barren y los friegan; otros que con las grumeras gruesas los ponen a recaudo y bien amarrados. Verá muchos que meten las jarcias, componen las sogas, meten las entenas y ponen todos los navíos en orden. Porque todo esto cristianos cautivos, y no otros, lo hacen. Y, finalmente,

si pasa más adelante hallará muchos que de continuo hacen espadas, otros escopetas, otros pelotas, otros las flechas y arcos, otros que pistan y hacen pólvora, y otros tuercen el algodón para cuerda. Y, aún, también verá a muchos que funden toda suerte de artillería de recio bronce y metal, otros que hacen infinitas balas de hierro colado, de plomo y de recias piedras para matar cristianos. Y esto a todas las horas y momentos, que no cesan ni descansan" (43).

En el muelle del puerto, el espectáculo de la llegada de los cautivos,

"cada día infinitos cristianos que las galeotas y bergantines han cautivado y tomados de sus casas como huevos de los nidos, según dice Isaías; y éstos de toda suerte: hombres, mujeres, viejos, mancebos, mozos y, aún, muchas y muy tiernas doncellas, vírgenes y niñas de teta. Allí veréis cómo se abrazan unos a otros, porque como venían debajo cubierta y repartidos por diversos navíos y bajeles no se habían visto ni hablado después que fueron tomados. Y veréis cómo allí se apartan los padres de los hijos y los hijos de los padres; cómo llora la pobre mujer que la apartan del marido y la desconsolada madre que le llevan los hijos y no sabe para dónde. Verlos a todos atónitos con mirar a tantos turcos y a tantos moros que concurren allí a mirar qué cautivos han venido, y como pasmados y abobados con la vista de Argel y de sus casas, torres y puerto que tienen delante los ojos y como aturdidos y sin sentido. Porque se ven en Babilonia y en aquella ladronera de que en tierra de cristianos oyeran tantas veces decir que era carnicería de los míseros cristianos" (44).

El espectáculo de la venta de los desventurados cautivos también aparece a los ojos de Sosa como espectáculo atroz:

"Pues si a las plazas públicas llega, do a grandes voces y con público pregón se venden cada hora infinitos cristianos, tanto número de vírgenes y doncellas de toda edad y nación, tantos mancebos, mozos y niños, y rodeados todos de un gran número de lobos y leones que con tan grande gusto y contento hartan en ellos sus ojos carniceros, y que venden y compran con tan admirable codicia, así para instrumentos de sus vicios bestiales como para hacer renegar y para seminario de esta cruel ladronera... ¿Ves ahí la razón porque en tres años que ha que estoy en Argel, y casi libre, tres veces solas he pasado por el Zoco ("Soco"), y sólo porque no miren mis ojos cosa tan digna de compasión y de lágrimas?" (45).

Parece que es en la primavera de 1580 cuando el cautivo Antonio de Sosa escribe estos terribles párrafos. Y aunque "casi libre" de movimientos, el horror que le causa el espectáculo de la vida cotidiana de la ciudad hace que no disfrute de esa relativa "libertad" en el cautiverio.

"Pero aún os diré más: que suelen muchos de ellos decir,

y así como lo dicen lo creen y persuaden -a lo menos mi patrón lo afirma por gran verdad-, que el año en que más cristianos se les mueren -y de la manera que dije-, entonces con más abundancia les entra la ventura por casa".

El interlocutor de Sosa en este diálogo sobre la cautividad, Antonio, manifiesta su asombro ante esa creencia: "¡Oh, voz, no de hombre, mas de tigre!, ¡On, palabra verdaderamente de bestia que eso dice y afirma!" (46). Todos los recursos retóricos de la oratoria sagrada, destinados a la exaltación de la verdad católica y provocar horror al pecado desde el púlpito o el altar, están manejados por el teólogo y sacerdote Antonio de Sosa hasta conseguir ese efecto de propaganda truculenta sin duda buscado. El mismo Cervantes llegará a ser propagandista de la dureza del cautiverio, pero nunca con tan exaltado estilo, siempre mucho más contenido de tono; con esa lucidez ante el efectismo que hace que, en una anotación para la puesta en escena de su obra de teatro Los baños de Argel, en el momento del suplicio y muerte del niño Francisquito, indique: "Córrese una cortina: descúbrese Francisquito atado a una columna, en la forma que pueda mover a más piedad" (47).

Ese sería el sentido último de esta literatura propagandística de la que Antonio de Sosa es máximo exponente: "mover a piedad", conmover a los cristianos para que se tomen más en serio la necesidad de redimir a sus correligionarios cautivos en Berbería. Pero Sosa llegará mucho más allá a la hora de plasmar ese horror que le causa el espectáculo de la vida cotidiana berberisca y alcanzará esas cotas de perturbado que hacen de sus textos piezas literarias de excepción.

NOTAS:

(36).- Haedo, II, p. 130.

(37).- Haedo, II, p. 84.

(38).- Ib., p. 92.

(39).- Ib., p. 93.

(40).- Ib., p. 95.

(41).- Ib., pp. 101-102.

(42).- Ib., pp pp. 179 ss.

(43).- Ibidem.

(44).- Ibidem.

(45).- Ib., pp. 178-179.

(46).- Ib., p. 107.

(47).- Jornada III, p. 173 de la edic. de F. Ynduráin, Madrid, 1962, Atlas. T. CLVI de la B.A.E.

4.7.- Textos de Sosa sobre "sadismo" o el cautiverio como infierno, narrado con obsesivas enumeraciones de desorejamientos, desnarigamientos y otras mutilaciones, empalamientos, apaleamientos, muertes en la hoguera y algunas barbaridades más por el estilo.

Al penoso panorama de la vida cotidiana en Argel narrado por Sosa en el capítulo anterior, hay que añadir los suplicios, también cotidianos, como el desorejar, desnarigar, azotar, descuartizar, quemar, empalar... En cada caso, la lista de ejemplos parece interminable, con lugar y fecha muy precisos casi siempre, casi en su totalidad de los años de cautiverio de Sosa y Cervantes en Argel, hasta lograr un conjunto denso y obsesivo.

"Para desollar a los míseros cristianos bogadores y deshacerlos a palos con azotes y tormentos, basta sólo que uno hable pasito con otro, o se ría para él, o le mire de hito, y aún si es de noche y en el angosto lugar del ramiche de una pequeña galeota -do están encogidos con pies y manos- alguno mueve tantito un brazo o un pie, o muda un barril, gaveta, o zapato, o estropajo a una parte, al punto son los guardas sobre él con el palo y azotes a dos manos; y, achacándole alguna maldad, luego le muelen a palos...

"Por eso no nos maravillamos de que se muera tanto número de cristianos cada da en el corso y que otros, de aborrecidos y aún desesperados, ellos mismos se den la muerte con sus manos, mas antes cómo sea posible que vuelvan algunos vivos a Argel y no queden todos allá sepultados en la mar. En conclusión, muy llanamente se puede decir y afirmar que... hasta allí puede llegar, y no más, la miseria, el trabajo y el tormento de esta vida" (48).

A la enumeración de suplicios, sigue una puntualísima relación de ejemplos fechados y precisos. Así, en cuanto a apaleamientos se refiere:

"Basta un súbito y arrebatado antojo que les viene a la fantasía, sin causa ni razón, pues el modo es sin modo o tasa y moderación alguna, porque no se hartan ni se cansan hasta que los dejan por tierra tendidos, molidos como la sal y casi muertos... No les abren las espaldas solamente, pero les muelen los huesos y, como cuando majan el esparto, los revuelven de otra parte y les dan otros tantos en la barriga y estómago, que son lugares tan dolorosos. De esta manera les pisan los hígados y las entrañas, y los paran como cueros y atambores, todos hinchados, y a la postre les hacen lo mismo en las corvas y pantorrillas.

Y porque no quede parte de todo el cuerpo sin este dolor y tormento, danles otros tantos en las plantas de los pies; que les atan con una soga en un palo y con ella los alzan hacia arriba, colgando el cristiano boca abajo; y, finalmente, al cabo de todo esto, usan otros atar una tabla sobre las palmas y manos juntas del cristiano, y sobre ella descargan con el corbache unos golpes tan terribles que, lastimando los nervios, causan un dolor admirable y espantoso. De manera que, cuando de cansados los dejan, quedan tan lastimados, tan hinchados, tan inútiles de sus miembros y todo el cuerpo, que ni moverse pueden o mudarse del lugar. Y, así, muchos son los que, si allí luego no mueren, vivan muchas horas y días.

"De esta manera los días pasados mató aquel moro mi vecino al buen padre don Ludovico Grasso, siciliano, nuestro amigo, a puros palos (al margen: a 7 de julio 1578), y el guardián de los esclavos del rey al virtuoso padre fray Latancio de Police, religioso de San Francisco, siciliano (a.m.: a 16 de septiembre 1578). Desta manera mató este rey Hasán Veneciano, con su mano, al buen mozo napolitano Juan Francisco (a.m.: a 15 de octubre 1578).

Desta manera Cadí Ruez -ese turco y gran borracho, capitán que fue de Biserta- mató con sus manos y a puros palos al viejo Juan, siciliano (a.m.: a 12 de diciembre 1578).

Desta manera mató el rey, en su casa, al mallorquín Pedro Soler porque tentó de huir de su patrón para Orán (a.m.: a 13 de enero 1579).

Desta manera mató también a otro hombre, catalán, que trajera de Cataluña cautivo en una fragata, y se decía Peroto, porque no le decía a su gusto lo que pasaba del armada española (a.m.: a 20 de febrero 1579).

Desta manera, y en su presencia, mandó el mismo Hasán, rey que ahora es, matar con infinitos palos al animoso Cuéllar, español, porque tentó con grande ánimo alzar aquella galeota del puerto a media noche y acogerse con otros treinta cristianos (a.m.: el primero de mayo 1579. Ver relato 27 de la serie citada).

Desta manera ese capitán de la mar, Mamí Arnaut, renegado albanés, mató con sus manos y de sus renegados, en un día, a Juan Gasco, francés, y a Felipe y a Pedro, italianos, esclavos suyos, porque no se habían embarcado y temían ir en viaje con él; y fue tanta la sangre que, después de molidos e hinchados los cuerpos con los palos salía de ellos -sin aquella cruel bestia se hartar-, que me juró quien a todo se halló presente que corría por el patio de la casa a do los mató un arroyo muy copioso, y que jamás se pudo, hasta ahora, lavar con ninguna agua (a.m.: a 10 de agosto 1579. Ver relato 28).

Desta manera mató Borrascuilla, aquel tan cruel renegado genovés,

capitán de galera, a dos cristianos suyos porque, con temor de que no los embarcase para Constantinopla, se habían ausentado.

Desta manera Hasán -corso renegado que fue de Hasán Bajá, hijo de Barbarroja- mató con su mano a Georgio, el griego, su esclavo, porque no durmiera en casa dos noches (a.m.: a 20 de octubre 1579).

Desta manera el guardián del baño del rey mató al pobre Simón, el calabrés, porque no fue a trabajar al Burgío con los otros (a.m.: a 30 de noviembre 1579).

Desta manera mandó ese mismo rey Hasán matar en su presencia y aposento a Juan, vizcaíno, porque le tomaron huido camino de Orán (a.m.: a 24 de diciembre 1579).

Desta manera también mandó matar el mismo rey otro mozo español, natural de las Montañas, que se decía Lorenzo, porque le trajeron unos alarbes del camino de Orán, para do iba huido, y dentro de dos días murió (a.m.: a 29 de marzo 1580).

Desta manera los jenízaros, a 29 de marzo, molieron a palos al pobre Luis, veneciano, y murió a los 16 de abril (a.m.: a 29 de marzo 1580). Y, finalmente, desta manera mató, pocos días ha, el rey en su presencia al honrado Vicencio Lachitea, gentil hombre siciliano y escribano de su trigo (a.m.: a 22 de abril 1580)" (49).

Después de los apaleamientos, los desorejamientos y desnarigamientos:

"Ultra los crueles palos que le dan, le cuelgan piernas arriba y bocabajo, y con una afilada navaja le retajan todas las plantas de los pies y sobre las heridas y llagas profundas le echan sal molida; la cual, penetrando por la carne y por los nervios heridos y lastimados, causa un tan vehemente dolor que ninguno se le puede comparar ni igualar... Les cortan o cercenan las orejas y, aún, las narices también... Siempre topo y hallo cristianos sin narices y orejas y, aún, estropeados, sin brazo, sin piernas, sin ojos... Tengo aquí para memoria los nombres de algunos que, después que aquí estamos cautivos, les cortaron las orejas o narices estos bárbaros crueles...

Los primeros que yo supe... fueron dos cristianos napolitanos, los cuales se llaman uno M. Angelo y otro M. Juan Angelo, que aún están aquí en Argel, a los cuales este Hasán Veneciano, rey de Argel, en su presencia mandó cortar las orejas sólo porque le dijeron que trataban de irse (a.m.: a 15 de septiembre 1577); y no se pasaron muchos días que lo mismo mandó hacer, y en su cámara, a un honrado español de Málaga natural, que se dice Diego de Rojas, porque se quiso huir, y que le pegasen a la frente las orejas e hiciesen pasear –como hicieron- por Argel a la vergüenza

(a.m.: a 26 octubre 1577) (50).

Y de allí a tres meses las hizo cortar a un sardo, que se dice Martín, porque también se huyó (a.m.: a 8 de enero 1578).

Y luego después a Constantino, calabrés (a.m.: a 10 de febrero 1578), y después a Juan, el milanés (a.m.: a 13 del mismo), y a Francisco, siciliano, de allí a dos meses. Y después, a tres meses, a Jerónimo, piamontés (a.m.: a 13 de marzo 1578); y de allí a cuatro meses a Iusepe, el calabrés (a.m.: a 16 de junio 1578), y todos estos por una misma causa, que fue huirse por tierra a Orán (a.m.: a 2 de octubre 1578); y a un pobre mozo mallorquín, que se dice Miguel, le mandó también cortar las narices y orejas porque halló que hacía una barca en el jardín de su amo (a.m.: a 3 de enero 1579). Y por la misma razón, por se hallar principio de otra barca en un jardín, mandó hacer lo mismo a Hernando, un cristiano español natural de la Mancha (a.m.: a 11 de marzo 1579).

Y de allí a cinco meses, en su presencia y cámara, mandó hacer lo mismo y cortar las orejas a dos muy buenos cristianos, uno de los cuales se decía Sebastián, vizcaíno, y otro Cola de Mazara, siciliano, y el otro Juan, genovés, y colgar a todos tres de la entena de su galera por los pies y bocabajo; perdonando después al vizcaíno y siciliano, mandó cruelmente asaetear y matar con arcabuzazos al buen del genovés, que es largo de contar (51), y todo porque estos tres fueron de los principales que a los 23 del mes de junio alzaron la galera que el mismo rey enviara a Bona a cargar allí trigo y manteca.

Y a los 11 de febrero de este año en que estamos mandó el mismo rey cortar las orejas y narices a dos mozos mallorquines, uno de los cuales se dice Juan y otro Paulo, porque fueron acusados que dentro de un jardín escondieron otros cristianos que determinaban huirse por tierra a Orán (a.m.: 11 de febrero 1580).

Y luego, de allí a tres días, trayéndole seis cristianos que habían huido por tierra, mandó a los dos que no eran suyos dar muchos e infinitos palos, y a los cuatro que eran esclavos suyos, y todos cuatro mallorquines, cortarles las orejas en su presencia, cuyos nombres hasta ahora no he podido saber (a.m.: a 14 de febrero 1580)" (52).

Los arráeces o capitanes de barco berberiscos también maltrataban a sus esclavos de la misma manera:

"Ese renegado albanés, Mamí Arnaut..., tiene su casa y bajeles llenos de cristianos sin orejas y narices, y no hablando de aquellos tantos que en los años pasados desmembró de esta manera, como a fulano,

el esclavón, y Francisco Darga y Juan Sánchez, ambos españoles, y otros muchos de que él mucho se precia y dice que los tiene por trofeos en su casa... A los 30 del mes de mayo del año 1578 (a.m.: idem), ¿no cortó las orejas y narices a dos pobres sicilianos porque no podían bogar? Y en el mes de octubre, cuando don Juan de Córdoba (sic, por Cardona) le dio caza en Cerdeña, ¿no cortó a otros dos, uno Pedro, español, y otro Juan, maltés, las orejas y narices porque no bogaban a su gusto (a.m.: octubre 1578), y ahora a un renegado, también albanés y Arnaut como él, ¿no cortó las orejas? (a.m.: a 7 de mayo 1586, sic por 1580). A un pobre mozo de Ibiza, esclavo de su patrón, por no más que cortó un ramo de un árbol de un jardín de un moro que se le vino a quejar, cortó las orejas. ¿Pues qué menos hace que este esotro borracho el Cadí Raez, de nación turco y capitán que fue de Bizerta? (a.m.: junio 1577).

Luego que aquí llegamos, a dos meses, las cortó a un buen hombre de nación griego porque se había huido. Y el agosto siguiente también las cortó a Francisco, aragonés, porque había huido (a.m.: agosto 1577); y luego, el año siguiente, a los 18 de marzo, hizo lo mismo a Pedro, valenciano, por haber huido (a.m.: idem). Y poco ha hizo un año, de la misma manera cortó las orejas a tres de sus cristianos porque huyeron (a. m.: a 20 de febrero 1579), uno de los cuales es griego y se dice Alejo, y otro francés y se llama Perón, y otro napolitano que se dice Miguel (a.m.: julio 1578).

Y esotro -otro tal- Agibali Raez, de nación turco, ¿no le cortó también a Federico, napolitano, porque no bogaba a su contento? (a.m.: agosto 1578).

Y Hasán Raez, el genovés del morabuto, ¿no las arrancó con sus propios dientes a Cristóbal, español, porque cansó de bogar? (a.m.: mayo 1579).

Y el otro Hasán Raez, también renegado genovés ¿no cortó las narices a Dominico, francés, porque riñó en la bancada con otro cristiano forzado y le dio algunos puños? (a.m.: agosto 1579 y julio 1578). Y luego, de allí a tres meses, hizo lo mismo a Federico, napolitano, porque se le rompió un remo.

Y Morat Raez, el griego renegado, ¿no las cortó a Cristóbal, siciliano, porque no pudo elevar el cerro con tiempo? (a.m.: junio 1578). Y su compañero Iza Raez, de nación turco, ¿no hizo lo mismo a Antonio, el romano, porque se embarazó con la boga y tocó con su remo en el de otro? (a.m.: 8 de febrero 1580).

Y ahora, poco ha, ese renegado genovés, el Borrassquilla, tan cruel, ¿no cortó las orejas al pobre Estéfano, italiano, su esclavo, porque estando de camino para Constantinopla se escondió?

"... ¿Están ellos jamás en tierra que no se emborrachen del vino y, borrachos, que no arremetan a los cristianos y les corten narices y orejas?... Cortado que les han las orejas y narices, se las hacen comer por fuerza, corriendo de ellas la sangre fresca, como hacen cada día, y tras esto, so pena de muerte, les hacen beber una taza de vino, que celebran con gran gusto y contento..." (53).

La enumeración terrible de Sosa sigue con otros casos de mutilaciones variadas:

"Si los pobres cristianos, fatigados y desmayados del bogar en una caza -la que ellos hacen con la mayor furia del mundo y, a las veces, todo un día sin comer, ni beber, ni aflojar— caen sobre el ramiche faltándole las fuerzas y el vigor natural, a la hora arremeten a ellos y con las escarcinas y alfanjes a unos cortan los brazos, a otros los abren por medio y a otros de un golpe les apartan las cabezas. Desta manera este capitán Mamí Arnaut, renegado albanés, cortó la cabeza a Benito, esclavón, porque cayó de cansado cuando don Juan de Cardona le dio caza en Cerdeña (a.m.: octubre 1578); y lo mismo hizo también a Pedro, mallorquín, Cadí Ruez cuando el año pasado le dieron caza las galeras de Florencia (a.m.: junio 1578).

Y Argibali (sic, por Agibali) también, cuando don Juan de Cardona con las galeras de Nápoles le dio caza junto a Córcega y Cerdeña, que fue el año pasado, porque un cristiano maltés que se decía Guillermo, su esclavo, de la boga muy cansado y casi muerto cayó sobre el remo, a la hora aquel bestial turco le cortó con el alfanje la cabeza y la enclavó en el estanterol, diciendo a grandes voces que mirasen los demás cristianos aquello porque, si alguno dejaba el remo, lo mismo le había de hacer (a.m.: a 28 de mayor 1578).

Desta misma suerte el Hasán del morabuto, renegado genovés, dándole caza las galeras de Sicilia, cortó un brazo a Rodulfo, calabrés y bogavante, porque amortecido del continuo bogar, y a boga arrancada y de veinticuatro horas continuas, cayó sin acuerdo ninguno, y con aquel brazo cortado azotaba a los otros cristianos que bogaban, hasta tanto que él escapó.

Así, de la misma manera, Mahamet Bey, nieto de aquel cruel Barbarroja, cortó un brazo a un espalder de su galera y azotaba con él a todos los demás cristianos de ella cuando en la jornada de Navarino -que fue el año que se perdió la armada turquesca-, dándole caza el marqués de Santa Cruz, se vio muy apretado; pero aprovechóle muy poco porque, siendo la galera del marqués, que era la patrona de Nápoles, muy ligera, le alcanzó; y, entrando al punto, los mismos cristianos sus esclavos que bogaban arremetieron a él y allí en la popa le hicieron pedazos (a.m.: octubre 1572)" (54).

Un adorno más al mito sobre los Barbarroja, al hacer a Mahamet, nieto de Jeredín e hijo de Hasán Bajá, casado con una hija de Dragut, otro modelo de crueldad; si Cervantes dice en el Quijote que le mataron los galeotes a mordiscos, aquí Sosa le hace cortar un brazo a uno de los remeros para castigar a los demás. Debió de ser una historia muy popular y de no pocas variantes narrativas.

La enumeración de muertes es también prolija:

"Y hablando ahora solamente de lo que ha sucedido en Argel estos tres años que estamos aquí cautivos, ¿qué muertes y tan crueles han dado estos moros y turcos bárbaros a no pocos cristianos? Acuérdome que la semana que aquí llegamos (a.m.: 19 de abril 1577) esa fiera Mamí Arnaut, capitán de la mar, porque faltó en casa un jarro de barro -a que ellos llaman bardaca-, que cuando mucho valdría dos reales, por ser de los que de Constantinopla traen para su servicio, mandó ahorcar a un pobre cristiano español que, según los de su casa me dijeron, no le tomó ni le miró.

Y el primer día que el patrón mandó me llevasen a ver la tierra con un cristiano mallorquín plático, que fue luego a los tres días que llegamos -y en que pensó él me hacía un gran regalo por me ver muy melancólico- (a.m.: a 22 de abril 1577), me mostraron las piedras del zoco y otras partes todas manchadas de sangre; y preguntando yo la causa, me dijeron que no había muchos días que Ramadán Bajá, renegado sardo que entonces era rey deste Argel, mandara arrastrar a la cola de un caballo a Andrés de Iaca, siciliano, que fue una crueldad muy extraña; y enganchar vivo a otro su compañero, calabrés de nación, que se llamaba Antonio de la Mantia, y ahorcar a otro tercer compañero de los dos, y esto por los pies y de una entena de galera, y allí apedrearle todos los hombres y muchachos de la tierra, porque se quisieron alzar con la galeota de su patrón, como en aquellos papeles tengo más largo escrito (55).

Y el mes de mayo siguiente vimos aquel admirable espectáculo digno de eterna memoria, cuando con terrible crueldad estos bárbaros apedrearon y quemaron vivo aquel mártir muy constante de Cristo, fray Miguel de Aranda, de nación valenciano y de la orden de Montesa (a.m.: 18 de mayo 1577. Ver relato 23 tantas veces citado).

Y a los primeros de agosto siguiente (a.m.: a 4 agosto 1577) aquel borracho y renegado Mahamet, el Tudesco -el cual siendo atambor de una compañía de españoles cuando el conde de Alcaudete don Martín en los campos de Mostagán fue roto, desbaratado y muerto de Hasán Bajá, rey de Argel hijo de Barbarroja, a pocos días, viéndose cautivo, renegó (en 1558)-, mandó sin ninguna piedad quemar vivo a Vicencio, napolitano, estando muy enfermo, porque se desherró y huyó de su galera.

Y no pasaron muchos días que ese mismo gran borracho renegado (a.m.: a 7 de agosto 1577), porque le dijeron que N. Morales, un español de Málaga natural, se quería huir, le mandó quemar vivo a la hora; y estando ya casi muerto y ahogado del fuego, unos turcos le desataron del patíbulo contra la voluntad del patrón y de entre las llamas le sacaron, ya sin acuerdo alguno; una muy gran maravilla cómo escapó de la muerte y vivió; lo que, visto por el renegado tudesco, arremetió a él como una bestia y sin ninguno lo poder estorbar le cortó una oreja y, echando mano a las narices para hacer otro que tanto, con fuerza y violencia, se lo arrebataron de entre las manos.

Y en octubre siguiente (a.m.: a 3 de octubre 1577), el alcaide Hasán, renegado griego, mandó, como viste, ahorcar -antes, él con sus manos ahorcó- al buen Juan, su esclavo, de nación navarro, porque en su jardín encubriera en una cueva hasta quince cristianos que esperaban una barca de Mallorca para huir (56).

"Y si todos aquellos diez meses siguientes no estuvieran los arráeces todos y bajeles fuera de Argel, sin duda cada semana viéramos de estas crueldades no pocas. También el año siguiente, en el mes de septiembre (a.m.: a 15 de septiembre 1578), mandó este rey Hasán, renegado veneciano, quemar vivos y atados a un solo patíbulo a aquellos dos buenos cristianos, y de nación napolitanos, Maestre Angelo y Juan Angelo, porque le dijeron que se querían huir; y estando ya como muertos, dos arráeces -que aquella noche partían en corso, con temor que si en tierra de cristianos se supiese esto no les hiciesen lo mismo a ellos, si cautivaban- contra la voluntad del rey los sacaron del fuego chamuscados, casi muertos; y llevados delante del rey -que de esto estaba muy indignado- los mandó luego en su presencia cortar a ambos las orejas.

Y a los tantos de diciembre del mismo año (a.m.: 16 diciembre 1578) porque un pobre mallorquín -que se decía Alfonso- encubrió en un jardín a tres cristianos del mismo rey que se querían huir, le mandó dar ochocientos palos y después ahorcar por los pies, do al cabo de seis horas expiró.

También a los 29 de marzo siguiente (a.m.: idem) este capitán de la mar -de que tantas veces hemos hablado- Mamí Arnaut, renegado albanés, estando en Argel con ocho bajeles o galeotas -con que salía en corso para poniente-, porque un su esclavo, esclavón de nación, que se decía Francisco de Lustrigán, no bogaba a su gusto, con una maza de hierro -de que usaba por azote o estrobo, al cual él por risa llama bozayan- le dio un gran golpe en la cabeza, con que ensangrentado todo y rota la cabeza quedó tendido y, no acabado de espirar, le mandó echar a la mar.

Y también Danardi, renegado griego y de casa del mismo capitán -que entonces iba por arráez de una galeota-, llegados que fueron todos a la Cabrera, isla junto a Mallorca despoblada, porque un cristiano no bogaba a su gusto, el cual era napolitano y se decía Santoro, le hizo desembarcar y, encendiendo una gran hoguera, le hizo echar en ella vivo, atado de pies y manos (a.m.: a 10 mayo 1579 y a 12 mayo 1579).

Y a los mismos días que esto acaeció en aquella isla, aquí en Argel pidieron los tagarinos -moriscos que son de España- a este rey les dejase quemar vivo a un solo soldado de Almería, que se decía Antonio Albornoz -que poco antes cautivara en aquella costa y es natural de la ciudad de Buxacara, junto a Vera- por decir que en España habían ahorcado a un morisco pariente de ellos; y hecha ya la hoguera y que le querían llevar al martirio, inspiró Dios en su patrón, que era un moro que le cautivara, y no quiso que le quemasen.

También a los 30 de agosto (a.m.: idem, 1579) mandó este rey colgar por los pies de una entena de su galera al buen Juan, de nación genovés, mancebo de 23 años, y allí a flechazos y arcabuzazos matar porque fuera -como dijimos- en el levantamiento de la galera que dos meses antes alzaron los cristianos en Bugía (57).

Y a los 16 de diciembre de 1579 (a.m.: idem, pero 1580) el capitán Mamí Arnaut mató en el río de Bona, do invernaba, al buen Pedro de Cardona, mi amigo, dándole con una maza en la cabeza porque no bogó dos paladas a compás y juntamente con los demás.

Y a los 20 de octubre de 1580 (a.m.: idem) el dicho Mamí Arnaut, junto a Calabria, cortó con su mano la cabeza a un mancebo cristiano, su esclavo, porque dando él caza a un navío cayó desmayado en el ramiche; llamábase este mancebo comunmente Mapoli porque era napolitano. Y también a los 12 de enero de 1580 (a.m.: idem) mandó el mismo rey Hasán ahorcar a un buen mancebo francés que se decía Simón porque escondiera dos cristianos suyos en un jardín do se aparejaban para huir.

"Estas muertes sucedieron después que estamos en Argel, pero en Tetuán, y en Buxia, Biserta, Túnez, Susa y Tripol, lugares todos de esta Berbería, han sucedido otras muy muchas" (58).

Antonio de Sosa parece deleitarse en especial al describir con minucia los suplicios:

"cómo empalan un hombre vivo, metiéndole todo aquel agudo palo por bajo hasta el colodrillo, y le espetan como un tordo, invención, sin duda, de demonios infernales. De esta suerte es también lo de la maza de hierro con que rompen a un hombre las piernas, los brazos, las espaldas y huesos todos, y despedazado le echan

a un muladar que le coman las bestias y aves del cielo.
Desta suerte es la crueldad de entapiar los hombres vivos,
echando copia de tierra y pisándola sobre él a grande fuerza con los pistones.

Desta suerte es el tormento tan terrible de enganchar un hombre vivo,
de que usan muy a menudo; porque, como sabéis, plantan una horca
en el campo, de tres palos, y del de arriba cuelgan una polea o garrucha
con su sogá, y debajo de este palo atraviesan otro de los dos postes
diez o doce palmos distante del primero; en éste clavan
un gran garabato o gancho de hierro muy agudo y muy firme,
y alzando el pobre y mezquino cristiano con la sogá de la polea,
con que atan por medio del cuerpo a lo más alto de la horca,
le dejan caer de golpe sobre el garabato; y como es muy agudo de punta,
por cualquier parte o miembro del cuerpo que toque en él
queda traspasado y colgando, o de una pierna, o de un brazo,
o de una espalda, o de un lado, o de otra parte, y algunas veces de la barba.
Y de esta manera, dando voces y lastimables gemidos, le dejan
hasta que al cabo de dos o tres días acaba, con terribles dolores,
miseramente sus días" (59).

El discurso alucinado de Sosa retrata, en ocasiones, un colectivo igualmente alucinado, un grupo humano histérico de los que intuyera Camporesi:

"Siendo cualquiera de estos tormentos de que usan tan terribles
y el espectáculo de tan grandes crueldades tan horrendas
que solamente oírlo decir, y la representación imaginaria de ello
hace temblar las carnes y erizar los cabellos con espanto, ellos,
al contrario, aunque tengan todo esto delante de sus ojos
y laven las manos en la sangre inocente, fresca y reciente,
no por eso muestran alguna suerte o manera de compasión natural
de un hombre para otro de la misma carne y sangre; mas antes,
no hay contento que se compare al que ellos entonces sienten,
ni puede haber día de más alegría, fiesta y regocijo de lo que suele ser
para ellos aquel en el cual cometen alguna de estas grandes
e inhumanas crueldades. En aquella hora dejan todo el trabajo
-lo que no hacen en sus viernes, pascuas y fiestas-, corren por las calles
como locos, jún­tan­se en las plazas y corrillos, hartándose de risa
por todas las partes, casas y terrados. Hasta las mujeres dan voces,
alaridos y rompen el cielo con gritos. Y, finalmente, el rumor,
alboroto y confusión de la gente es tan grande que se hunde la ciudad" (60).

La comparación con el infierno, como en el caso de la galera, es casi obvia:

"Todo Argel y todas sus plazas, las casas, las calles, los campos,
la marina y sus bajeles no son menos que unas herrerías
propias y naturales del demonio, a do perpetua y continuamente
otra cosa no se oye sino golpes, tormentos y dolores
tan abundantes y copiosos de todas las invenciones de inhumanos
y crueles instrumentos para matar cristianos, y aún más

de lo que eran llenas las herrerías de Vulcano,
de aquellos que fabricaron los ingenios infernales" (61).

NOTAS:

(48).- Haedo, II, p. 100.

(49).- Ib., pp. 108-110.

(50).- Rodríguez Marín recoge estos dos casos en notas al texto del Quijote, I, XL, pero del libro de Gabriel Gómez de Losada Escuela de trabajos..., en su mayor parte mera reelaboración de datos de Sosa; las citas del Haedo siempre fueron muy fragmentarias, fruto de una lectura apresurada.

(51).- Ver el relato 29 de la serie de los mártires de Argel citada.

(52).- Haedo, II, pp. 110 ss.

(53).- Ibidem.

(54).- Ibidem. Este último episodio de la muerte del nieto de Jeredín Barbarroja, hijo de Hasán Bajá por lo tanto, casado con la hija única de Dragut, lo narra Cervantes en Quijote, I, 39.

(55).- Esos papeles a los que se refiere Sosa es el Diálogo de la cautividad de Argel; en efecto, el relato 22 narra esa rebelión de cautivos en Tetuán, en la que murió el corsario Caur Ali; la única variante es que en dicho relato llama Marcelo de la Mancia al Antonio de la Mantia aquí citado.

(56).- Ver el relato 25, el del episodio de la cueva de Cervantes; el nombre del jardinero navarro no aparece en el relato, aunque sí aquí, Juan.

(57).- En el relato 29 se narra este suceso, aunque se dice que la rebelión fue en Bona, la actual Annaba, en lugar de Bugía, la actual Beyaia.

(58).- Haedo, II, pp. 110-123.

(59).- Haedo, II, p. 123.

(60).- Ib., p. 124.

(61).- Ib., p. 125.

4.8.- El hambre y otros terrores y el mundo de los renegados o conversos, con el ritual iniciático de la circuncisión y la búsqueda de "libertad" como una de las posibles motivaciones.

Un intento de explicación de algo que Sosa nos describe con tan cargadas tintas sería posible, tal vez. Al telón de fondo del problema morisco, al que ya nos hemos referido, se unía la amenaza del hambre, general para todo el Mediterráneo pero en especial dramática amenaza permanente en Argel. Ya hemos hecho alguna referencia a ello. Sin curso, hay hambre. La ciudad no resistiría dos meses. Y el curso depende demasiado de la Fortuna, es demasiado azaroso. La inseguridad en este campo -esencial- es clara causa de desequilibrios.

"Dos meses que reposan y no salen en curso por esos mares, y no hacen -como ellos dicen- galima y robos, ellos y sus hijos, y los moradores de esta ladronera, a la hora se mueren de hambre y miseria...

"El año pasado, quedando toda esta canalla tan rica por causa de la grande presa que hicieron cuando tomaron la mal afortunada galera *San Pablo*, de vuestra religión de Malta –en la cual cautivados fuimos- (a.m.: el primero de abril 1577), que, ultra la grandísima copia de toda ropa, sólo en moneda tomaron más de 160.000 ducados y 290 ánimas, de que hicieron una grosísima ganancia.

Y saliendo luego en término de mes y medio en curso otra vez (a.m.: a 22 de mayo) -llevando doce gruesas galeotas y otros bajeles, con los cuales este capitán de la mar Arnaut Mamí, renegado esclavón, salió amenazando todo poniente, islas y marinas de España- y siendo vueltos -después de tres meses que anduvieron en curso por todos esos mares sin traer más que un pobre hombre pastor que tomaron en la isla de Ibiza-, muy corridos y afrentados por les suceder lo que jamás otra vez acaeció, se morían generalmente todos en Argel de hambre, principalmente los arráeces, leventes y soldados.

Y cuando luego, otra vez, quisieron salir en viaje y a la rapiña con que pudiesen vivir, decid ¿no fue necesario a todos los arráeces empeñarse y tomar dineros a cambio, viéndose desesperados?"

El interlocutor de Sosa en este diálogo, Antonio, lo certifica: "Muy buen testigo soy yo, que mi patrón Morat raez, español, Maltrapillo, y otros amigos suyos lo hicieron". Así, a pesar de que "en veinte días o treinta, o poco más, que salen de sus casas vacíos, pobres y hambrientos, vuelven hartos, ricos y abundantes, y sus bajeles cargados todos y metidos en el hondo de riquezas", en contraste dramático, "en faltando galima –como ellos dicen-- y no robando, no se pueden sustentar dos meses ni vivir" (62).

El problema de la escasez y del hambre era dramático en el caso de los esclavos. En junio de 1579, cuenta Sosa, "en el bajel de Mamí Corso... se murieron de sed treinta y

dos cristianos bogadores...; y me juraron estos esclavos de mi patrón, que fueron con él, que más de ocho días no bebieron ellos otra agua que la salada de la mar" (63). En esas circunstancias, muchas veces el cautivo "es forzado que, como camaleón, viva de los aires y vientos" (64). Medio siglo después de la estancia de Sosa en Berbería, otro cautivo, madrileño, comenta también el mal tratamiento y poco comer que dan a los cautivos y hasta "los que mejor los tratan, que son los turcos, los suelen dejar pasear sin darles de comer". Pero la escasez, y la sobriedad obligada, alcanza a todos los colectivos:

"ellos y ellas se tratan miserablemente, porque su comida es arroz y trigo cocido con un pedazo de carne salada, de manera que en la casa más rica no se gasta (aunque sea de treinta personas) dos reales. Amasan todos en su casa el pan cada día, y de esto comen mucho, que es barato".

La escasez de comida es resaltada, incluso en los viajes de corso: "Sale un navío dos, tres y cuatro veces al año; llevan pan y agua, aceite, queso y aceitunas para comer; el gasto es poco y, así, enriquecen mucho" (65). Pero no insistiremos en este asunto que tratara tan bien Camporesi.

Otra causa de excitación colectiva y casi permanente era el miedo a invasiones y levantamientos y motines. Es continua la presencia de esta causa de inseguridad y muy frecuente la reacción violenta inmediata. En los levantamientos de galeotes estaba claro, así como esas escenas de crueldad en los momentos de "caza" o de persecución en el mar que ya han sido evocadas. El temor a la invasión de una armada española creaba similares efectos también y es frecuente la alusión a ello en los textos de la época.

Pero cabría hablar también de la particular psicología del "renegado", tan importante personaje en la vida económica y cotidiana de la ciudad. "Un informe español fechado en 1568, estima que de los diez mil renegados que había en Argel, seis mil eran corsos", afirma Braudel (66). Antonio de Sosa insiste en que algunos renegados, aunque tienen buenos propósitos de un día volver a su antigua fe -como el personaje Pedro de *Trato de Argel* de Cervantes (67), reconvenido por su compañero de cautiverio Saavedra-,

"no les dura más que en cuanto no llegan a ser ricos y a tener cargos y mandos; y, principalmente, a casarse porque, tanto que a esto vienen, luego se resuelven y escogen antes lo presente que poseen y el gusto y contento de la vida larga que viven, y el estarse a placer con sus mujeres e hijos -que son las más amadas y dulces prendas del mundo-, que no acordarse de sus patrias y del nombre cristiano. Antes, se vuelven entonces muy más fieros y más crueles enemigos de la fe de Jesucristo que los propios moros y turcos. Y lo mismo es también de las más de las renegadas" (68).

La mayoría,

"parece que, dejando la fe y nombre de cristiano,

dejan al momento de ser hombres y se visten de entrañas de tigres y bestias fieras..., de manera que aquel se tiene por más hombre y más principal de los renegados quien más fiero es, más inhumano y cruel para con todos, moros y cristianos" (69).

Y esto lo relaciona directamente con la crueldad:

"Ver hacer mal, ahorcar, quemar vivos, enganchar y empalar vivos los hombres, y no habrá uno -si no es de maravilla- que en tal caso interceda por otro o que, viéndole en el tormento, muestre que le pesa y le duela; mas -como si los que así padecen no fuesen de carne y sangre como ellos- los están mirando riyéndose, aunque sean moros como ellos, y burlando unos con otros, y mucho más los renegados" (70).

Mucho recuerda a lugares comunes del pasado español también, de esos personajes que fascinaran incluso a los creadores literarios, y cuyo arquetipo sería el inquisidor cristiano nuevo como el mismo Torquemada. En otro lugar abordé "una penúltima aproximación a la figura del renegado", en particular algunas consideraciones sobre el "hombre pobre que reniega de su fe religiosa" y sobre "el `linaje' del pícaro y el `linaje' del renegado, linajes parejos", con textos de la novela picaresca, de Gabriel Gómez de Losada, algo de Sosa, del dieciochesco García Navarro y, sobre todo, de Cervantes, de sus dos piezas de teatro clásicas sobre el cautiverio berberisco, *Trato de Argel* y *Los baños de Argel* (71). Otros textos nuevos permiten una nueva aproximación a esa figura destacada e inquietante, aunque siempre será penúltima aproximación. Después de evocar el "infierno" de la galera, en los textos de Sosa, viene bien recordar una cita de Gómez de Losada bien explícita: "el que reniega, si es esclavo queda tan sujeto, y lo es de su patrón como antes; pero tiene un privilegio, que si es de galera, no vuelve a bogar en ella" (72).

Ese sólo motivo haría razonable, en muchos casos, una conversión, no pocas veces provisional o simulada. Muchos musulmanes de religión opinaban incluso

"que no aprovecha a un renegado hacerse moro cuando grande, sino a los que siendo niños se hacen, porque éstos, por ignorancia, dejaban de ser (sic) moros y los otros por malicia... Pocos son los renegados que de veras sean moros o turcos, porque no se hacen tales sino por pura bellaquería y por vivir a su placer y encenagados en todo género de lujuria, sodomía y gula; y, en efecto, no son moros ni cristianos" (73).

Volveremos sobre ello. La ceremonia por la cual un cristiano deja su religión y se hace musulmán la describe Sosa con precisión; las cuestiones doctrinales y de fe desaparecen –no son para nada un obstáculo-- ante lo más material de la fiesta, el rito, y sobre todo la circuncisión misma. Como tatuaje o cicatriz, dejará marcado para siempre al nuevo converso/renegado.

"La ceremonia y manera que usan cuando los hacen turcos o renegados

es ésta: en un día, cual les parece, aparejan un lecho muy adornado en una cámara; y siendo noche -porque nunca fiesta de estas hacen de día- dan una comida, a que llaman `sosfía', a los parientes y amigos y convidados para la fiesta, y estos son cuantos les parece a ellos. Acabada la comida, en la cual el que se hace renegado también se halla, le ponen en un asiento o está en pies, y dos hombres le tienen de los brazos; y si es muchacho o niño, puesto un hombre en algún asiento, le sientan sobre las rodillas del hombre, el cual le tiene asidos los brazos por detrás y por debajo la horquilla.

Y poniéndole a los pies o un pellejo ("pelejo") o un vaso lleno de tierra en que caiga la sangre, llega a él el maestro -el cual ordinariamente es algún judío maestre deste oficio- y con unos hierros a manera de mordaza hechos aposta para este efecto, le retaja y circuncida cortándole en redondo toda la capilla del miembro sin quedar nada.

Y porque no se puede hacer esto sin sentir muy gran dolor, los circunstantes, que son todos los convidados, al tiempo que el maestro va a cortar la carne, dan voces muy grandes llamando por Mahoma y diciéndole `Ila, Ila Ala Mahamet hera curra Ala' (sic), etc., que quiere decir `Dios es y Dios será, y Mahamet es su mensajero'. Y juntamente con esto, otros echando de los corredores y barandas abajo muchas ollas y vasos de agua, puestos allí antes aposta para este efecto, porque con tantas voces y ruido divierta el pensamiento del retajado y no sienta tanto el dolor de la circuncisión.

Hecho esto y entrado el turco o moro nuevo, le echan en su cama preparada allí o le llevan a su aposento, como hacen a los que no son tan favorecidos y sus circuncisiones no tan solemnizadas. Y luego, los que allí se hallan a la fiesta, le presentan cada uno alguna cosa, como barretas, borceguines, zapatos, cuchillos, tocas, cintas a que llaman `cuzacas', camisas, pañuelos o como más quieren, y algunos candelas verdes; y muchos no dan nada. Y después cada uno se va a su casa.

"Y cuando algún cristiano, huyendo de España, Francia o Italia u otra parte, de su voluntad se va a hacer moro o turco, o es persona algo señalada, como algún soldado de Orán o maestro y oficial de algún navío, a estos tales, puestos a caballo y vestidos en el hábito de turco y una flecha en la mano, los pasean los jenízaros públicamente por la ciudad la mañana antes de la noche que se han de circuncidar; y van hasta cincuenta o sesenta o más jenízaros a pie, con sus alfanjes desnudos en las manos y con la bandera de la cola de caballo delante, sonando unas gaitas que usan y dando a ratos alaridos y voces por fiesta y placer. Y a éstos el rey los viste y hace la costa de la comida;

y luego los jenízaros, si él quiere, lo reciben por jenízaro y dan su paga de soldado, que son cuatro doblas cada mes.

"La manera o ceremonia con que hacen a las mujeres cristianas renegadas es diferente, porque no consiste en más que hacerlas lavar, y después hacer la Sala (oración) en una cámara o aposento y cortarle un poco de los cabellos de la cabeza por delante, y raparle todo el colodrillo, que no queda por aquella parte cabello, y luego le ponen su nombre morisco o turquesco, y no más.

"Estos tales renegados son después todos los principales enemigos que el nombre cristiano tiene, y en los cuales está casi todo el poder, dominio, gobierno y riqueza de Argel y de todo su reino. Habrá de estos y de sus hijos en Argel como seis mil casas y más" (74).

Y volviendo a la compleja cuestión de las motivaciones para aquel paso decisivo y con ceremonial tan sangriento en el caso de los varones --y tan peligroso, incluso--, otro texto de Sosa es muy clarificador:

"La Ocasión que a estos tales mueve para con tan grande perdición de sus almas dejar el verdadero camino de Dios, no es otro sino que unos de pusilánimes ("pusilánimos") rehúsan el trabajo de la esclavitud; a otros place la vida libre y de todo vicio de carne en que viven los turcos; y a otros, desde muchachos, les imponen sus amos en la bellaquería de la sodomía, a que se aficionan luego, y juntamente el regalo que los turcos les hacen más que a las hembras sus mujeres. Y de esta manera, sin saber ni hacer cuenta de lo que dejan ni de lo que toman, se hacen turcos.

Y los turcos también de buena gana los hacen renegados; lo uno porque se persuaden los que presumen de finos turcos que en esto hacen servicio a Dios y a su Mahoma; y lo otro porque, ya que ellos tomaron aquella manera de vida o profesión, huelgan de que haya otros que sigan y aprueben su engaño.

"Y, en general, a todos ellos resulta de esto provecho. Porque es uso y costumbre entre los turcos que muriendo algún renegado sin hijos sus herederos, sus bienes vienen a su amo, de quien fue antes esclavo, aunque le diese libertad. Y si el amo es muerto, de la misma manera sucede el hijo o el nieto en los bienes del renegado de su padre o agüelo, como, y ni más ni menos, entre los cristianos el derecho común ordena que el señor o sus hijos hereden al liberto intestato. Y hay turcos y renegados que de estos tienen diez, doce, quince, veinte y más renegados, a los cuales muchos llaman y tienen por hijos. Y ultra que, por la mayor parte, luego que los hacen turcos les hacen también carta de francos, y les dan esclavos y dineros; después, también, los sustentan si es necesario y, muriendo

sin herederos, reparten con ellos sus bienes y hacienda como con los hijos.

Y, generalmente, a todos los que aún no eran libres, los dejan libres antes que mueran" (75).

Gómez de Losada, años más tarde, era también claro al respecto al hablar de "buscar la libertad que concede aquella depravada y falsa ley, y a vivir más licenciosamente" (76). Añadía que, ante esto, no veía solución. Es la misma razón que da Cervantes: "alcanzar libertad en esta vida" (77) y las razones que Vicente Espinel pone en boca del renegado español en su *Marcos de Obregón* (78).

Pero hay otros testimonios importantes sobre tan compleja cuestión.

NOTAS:

(62).- Ib., pp. 85-87.

(63).- Ib., p. 87

(64).- Ib., p. 103.

(65).- Trabajo de grupo bajo la dirección de E. Sola, "Una descripción de Argel de 1639", en Revues des Langues, 2, 1979, Universidad de Orán, pp. 123-151.

(66).- op. cit., I, p. 209.

(67).- Ver Sola, Un Mediterráneo..., pp. 280-282.

(68).- Haedo, I, p. 165.

(69).- Ib., p. 179.

(70).- Ibidem.

(71).- E. Sola, Un Mediterráneo..., pp. 274 ss.

(72).- Gómez de Losada, op. cit., p. 89.

(73).- Haedo, I, pp. 164-165. cit. en Sola, Un Mediterráneo. p. 297.

(74).- Haedo, I, pp. 54-55.

(75).- Ib., pp. 53-54.

(76).- Gómez de Losada, p. 112.

(77).- En *Los tratos...*, jornada IV, en palabras de Saavedra al cautivo Pedro Alvares, tentado de renegar. Ver Sola, Un Mediterráneo..., pp. 280 ss.

(78).- II, descanso VIII y ss. Ver Sola, Ib., pp. 282 ss.

4.9.- Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, cautivo ilustre en Túnez, reflexiona sobre el cautiverio y los motivos del renegado o converso: la vida "viciosa" y las utopías populares o de pobres.

El testimonio más rotundo, y como amplio resumen de todo lo que intentamos presentar en este libro de maravillas, es el de otro cautivo ilustre, confesor de Teresa de Jesús y carmelita con problemas -llegó a ser expulsado de la orden en 1572-, que sufrió cautiverio entre 1593 y 1595 en Túnez: Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

"Hice con mucho cuidado averiguación de que en Trípoli, Susa, Túnez, Bicería, Bona y Argel se hallan hoy día más de veinte mil cristianos cautivos, sin los que hay en Constantinopla y toda Turquía, y en los reinos de Fez, Marruecos y Tetuán. Y muchos de ellos... hallé que estaban caídos en vicios abominables y habían llegado al profundo de la maldad, obstinados en sus pecados, ensuciados con deshonestidades de toda suerte... por falta de sacramentos, castigos, doctrina, buen ejemplo y sobra de Ocasiones, libertad para pecar y tentaciones del demonio".

Y es aquí en donde hace una de las más concluyentes afirmaciones sobre este personaje del converso/renegado:

"es cosa muy averiguada que de los muchos que, cada uno, van cautivos, más de la mitad, y aún las tres partes, reniegan de la fe" (79).

Su reflexión merece una amplia muestra.

"De las causas por que hay tantos renegados se tratará un poco en este capítulo...

"De los muchachos y mozos desbarbados, por maravilla se escapa alguno; porque, aunque sea un grumete de lo más bajo y pobre, le compran los turcos con excesivo precio para sus maldades, y de tan mal principio fácil es la herejía. Luego, en comprándole, le visten ricamente y le regalan con comidas y halagos

persuadiéndole se vuelva turco. Y con turbación del cautiverio y temor de lo que ven padecer a otros cristianos, fácilmente se convence.

"Desde la mezanía de la galeota, donde yo iba preso, oía hablar a dos muchachos que fueron cautivos conmigo, y les tenían en la cámara de la compañía sin ninguna prisión, sino con mucho regalo; y decía el uno al otro:
`¿De qué sirve que tú resistas a lo que el sotacómitre nos pidió el otro día? Ello ha de ser por la fuerza, y aquí nos dan a comer cuanto queremos.
¿Quieres que nos lleven a la mezanía con esos otros desventurados, que los tienen en carnes, con esposas a las manos y no les dan bizcocho ni agua? Oye cómo están gimiendo', etc.
Y pasó así, que luego renegaron de la fe.

"Y si alguien resiste, trátanle muy mal, hácenle fuerza en el pecado y por ningún caso le consienten confesar, oír misa ni hablar con cristiano. Pues, ¿qué muchacho bastará a resistir estos dos extremos? Especialmente que, de ordinario, llevan pobrecillos de los que servían en naos o guardaban pécoras en Córcega, que en su tierra no tenían qué comer ni qué vestir. Y cuando se ven ataviados de seda y con abundancia de manjares y adorados del patrón, comprados para malos fines, pareceles que es bienaventuranza renegar la fe cristiana, cuya doctrina aún ni habían aprendido. Y si todavía alguno persevera algún tiempo sin renegarla, en la primera zofra o convite, cuando los turcos están embriagados, echan manos de sus garzones y los circuncidan por fuerza, por más que griten o lloren. Y si acaso se queja de aquella fuerza al cadí o a la otra justicia, presentan testigos falsos que digan que él pidió ser turco, y así se queda el desventurado sin remedio.

"He visto traer a Túnez y a Bicerta abundancia de muchachos franceses; y porque no pueden ser esclavos por la liga que hay entre los turcos y Francia, antes que el cónsul de su nación los pida los circuncidan por fuerza. A uno de éstos di una patente para la Inquisición, con que huyó y vino a Cagliari. A otro teníamos persuadido otros cristianos y yo que trajeran una barca de su patrón para huirse veintitrés cautivos de los del bajá, que estaban en Bicerta, y al punto de quererse embarcar fueron malfinados de un mal cristiano y les dieron muchos palos y azotes; y al renegado francés cortaron piernas y brazos, dejándole tendido en la arena dando voces y pidiendo justicia al cielo, que le habían circuncidado por fuerza, y él no había sido turco de corazón, y así murió como cristiano, aunque no hubo quién le confesase ni ningún cautivo se atrevió a enterrarle.

"Hablo aquí de los muchachos que tienen uso de razón.

Porque los que van a Berbería antes de esa edad, dicen los moros que es muy gran pecado contra Mahoma rescatarlos por ningún precio ni consentir que sus padres cristianos les críen, porque cuando lleguen a uso de razón no sean cristianos. Lo mismo sucede a las mujeres mozas que van cautivas; que, aunque sea el mismo bajá, estima en más casarse con ellas que con la mora más principal.

"De los cautivos que van ya hombres, muchos reniegan por salir del trabajo del remo, que es insufrible. Otros, por la vida ancha, viciosa que tienen los renegados, y si se escapan de estos dos lazos, las cautelas e industrias de los moros hacen caer a muchos. Porque les levantan haber dicho que quieren seguir su secta y, llevados ante el juez, les hacen circuncidar por fuerza; como acaeció con un valenciano a quien tenía yo concertado que comprara un renegado para llevar a Argel, para rescatarse de allí; y habiendo ya dado cien escudos por él, se lo hizo la justicia tornar y lo circuncidaron.

"Hay leyes que cualquiera que dijera mal de la secta de Mahoma, o hiciere burla de sus ceremonias, o se mezclare carnalmente con mora, sea quemado o reniegue de la fe. Dejo las industrias y blandas persuasiones de las moras. A un portugués le vinieron por mi mano doscientos escudos para su rescate; y habiendo un año entero resistido a su patrona, tres días antes de que me llegase la carta había renegado. Y dióme por excusa que, demás de las persuasiones continuas mezcladas con otras sensuales invenciones, porque el marido era viejo y ella moza y el portugués de buen talle, se habían juntado un día unas moras viejas y dádole a beber una bardaca o jarro de leche, mezclando círculos y palabras y, luego, renegó.

"Conozco muchos que por vengarse, siendo turcos, de alguna injuria o afrenta que han recibido de turco o moro u otro cristiano, ciegos con aquella cólera, se han ido a la mezquita a renegar. Y tuve mucho trabajo en detener a uno que, estando ya rescatado, se iba a renegar por cierta injuria que otro cristiano le había hecho. Otros reniegan con un engañoso pensamiento de que siendo renegados tendrán más libertad de irse a tierra de cristianos; y luego cásanse y el amor de la mujer e hijos les detiene en la secta de Mahoma. Y no falta quien reniegue por las muchas blasfemias, herejías y nefandos en que se ven caídos, con temor de que si van a tierra de católicos no los acusen a la Inquisición algunos rescatados que allá les conocieron. Conozco una señora muy rica que me dijo que, habiendo traído trescientos ducados desde Córcega para su rescate, oía hablar dentro de sí un espíritu que le decía ser el alma del rey Amida y la hizo renegar.

Con estas y otras innumerables industrias hace el demonio que los católicos cautivos se vuelvan herejes.

"Pero la más ordinaria tentación, y que más almas derriba y ha derribado de la fe, es perder las esperanzas del rescate y hacérseles imposible alcanzar libertad. Porque ni tienen respuesta de cartas que envían, ni confianza en la limosna de la redención de cautivos; y, por otra parte, vense enlazados en tales Ocasiones que les parece imposible salvarse en aquella tierra. Con estas... imposibilidades dicen: `Así como así me tengo de condenar, quiero gozar buena vida y tener libertad para poderme huir a tierra de cristianos, pues no hay otro remedio para mi salvación'. El miserable que este escribe certifica delante de Dios que conoce muchos que se sustentan y han sustentado en la fe por haberles dado palabra de tratar de su rescate viniendo en libertad.

"De aquí es que de tanta multitud de soldados como hay en Berbería, los más de ellos son renegados y muy pocos son los Turcos de nación, y esos son los más despreciados, sin industria ni valor, aunque menos crueles para los cristianos cautivos y que, en alguna manera, les defienden de las grandes crueldades de los renegados. Porque, por la mayor parte, renegados son los bajaes, arráeces, cómitres, sotacómitres, guardianes, y los que atormentan y castigan a los cristianos. Ellos fabrican las galeotas, funden artillería, labran escopetas y forjan las industrias de guerra; hacen las emboscadas e inventan las demás estratagemas, de donde viene el daño a la cristiandad. Que los moros y turcos de nación no tenían, ni tienen, tanta industria.

"Pues, ¿quién podrá contar las blasfemias que estos renegados dicen contra nuestra santa fe, y las mofas y escarnios con que hablan de ella y refieren lo que sabían cuando eran cristianos? ¿Las afrentas que dicen contra el santísimo sacramento, contra el papa, cardenales e Inquisición, dando motivo a grandes risadas a los otros turcos y moros naturales delante de algunos cristianos que les oyen sin atreverse a responder, porque serían maltratados, de donde se enflaquecen muchos en la fe? Es lástima ver al diablo tan ahíto de estos herejes, que muchos cristianos pedían con gran instancia les dejasen renegar y no se lo consentían, diciendo los turcos que les eran de más provecho bogando al remo que libres de cadenas siendo renegados. Porque es ley que al renegado le saquen del remo; y aunque queda esclavo, es muy bien tratado y vestido y le casan con sus hijas; y toda su autoridad ponen los turcos en traer sus galeotas bien armadas de remeros.

"Esta razón dan los turcos para no dejar renegar. Mas la razón del demonio debe ser porque gustan más de las abominaciones en que estos tales caen siendo católicos y queriendo renegar,

que si dejasen la fe que profesaron. Pues ya estos que pretenden renegar son herejes en su corazón. Y otros, aunque no lo han pretendido, están en aquella tierra caídos en herejías, blasfemias y abominables torpezas, son treleños o traidores que venden los nuevos cristianos, descubriendo a los turcos la calidad de sus personas, y muchas veces con falsedad, para congraciarse, con que sube el precio del rescate.

"Recién llegado yo a Bicerta, en poder de un arráez que me diera luego por razonable precio, fueron unos cristianos a decir al bajá de Túnez que me conocían; y que era arzobispo que iba a Roma a ser cardenal; con la cual relación, me llevó el bajá por fuerza a su poder, y puso en precio de 30.000 escudos de talla; y, así, fue milagro poder volver a esta tierra. Estos tales cristianos descubren los secretos de tierra de católicos que pueden hacer daño: son guías para tomar casares, aderezan las armas de los turcos y dáselas en la mano al tiempo de combatir, revelan los conciertos que los cautivos hacen para huirse y, al fin, viven de tal manera que sería menos daño si fuesen renegados.

"Jurome uno que en tierra de cristianos comulgaba de ocho a ocho días, toda su vida, en la Compañía de Jesús; y reprendiéndole las continuas blasfemias que decía y el escándalo público que daba con su mala vida, la crueldad con que azotaba los cristianos haciendo oficio de esbirro, y aconsejándole que siquiera alguna vez oyese misa, ya que nunca se confesaba después que entró en cautiverio, respondió: `Mientras estuviere en esta tierra no puedo vivir de otra manera. Rescátenme y me salvaré'. Lo mismo decían otros muchos, que desde que fueron cautivados no se habían confesado.

"En tierra de católicos búscanse los hombres más graves, más doctos y más santos para el santísimo oficio de la Inquisición; hácese innumerables consejos, consultas, congregaciones de cardenales; y gástanse muchos dineros para sustentar la fe, castigando al que yerra contra ella, y con mucha razón. Porque si así no fuese, ¿qué sería de nosotros, según lo que vemos de Alemania e Inglaterra?; pues ¿es otra fe la que se pierde en Berbería que la que se pretende conservar en Europa? ¿Es otro Dios a quien allí blasfeman los esclavos cristianos que al que acá ofenden los castigados? Aquellos pobres cautivos, ¿no son hijos de la Iglesia? ¿No será bien tratar de algún remedio? ¿Qué corazón católico habrá que no se moviese a compasión o piedad si viese con sus ojos ir a un cristiano bautizado sobre un caballo, con una saeta levantada en la mano derecha, acompañado de muchos herejes a son de trompetas y atabales, y decir públicamente: `Alá yle Alá Mahomet, Rasule Alá', con que pregona a Mahoma por mensajero y enviado o espíritu de Dios, con gran aplauso de los fieles, dándonos bofetadas, escupiéndonos en el rostro y diciéndonos injurias de nuestro Cristo a los pobres cautivos cristianos?" (80).

Texto tan explícito como el del padre Gracián casi no necesita comentario. Así como en los escritos de Sosa se capta algo sutil o burdamente desazonador que puede hacer dudar de su objetividad en ocasiones, la fría y ordenada exposición de Gracián --con elegancia transcrita por el poeta Luis Rosales en el texto citado-- no inclina a la desconfianza. La vida licenciosa y viciosa --con las connotaciones que ello tiene para un carmelita, para un hombre de religión como también Sosa lo es-- que la Inquisición no puede controlar, la posibilidad de evitar trabajos tan penosos como los de la esclavitud, la posibilidad de medrar o de enriquecerse, de comer mejor, en fin, no parecen objetivos muy alejados de las aspiraciones populares de la época. Toda una literatura de "utopías populares" o "utopías de pobres" y para pobres --en contraposición a las humanistas o para intelectuales, para ricos en definitiva-- iban en esa dirección. El estudio de Camporesi citado o el de Mijail Bajtín ilustran bien aquellas utopías de "mundo al revés", "carnavalesco", el "país de cucaña" o "de jauja" en donde todo es comestible y placentero, en la onda de las aspiraciones populares más verdaderas. La literatura desmesurada de Rabelais, glosada por Bajtín, con su exaltación del bajo vientre --estómago y sexo--, seguía esos derroteros (81). En cierta medida, la extrañeza que el espectáculo popular de la ciudad berberisca causa en los eclesiásticos Sosa o Gracián, hasta llegar a horrorizarles, procede sin duda de los tintes populares exaltados, tal vez "carnavalescos". "Toda jerarquía es abolida en el mundo del carnaval. Todas las clases sociales, todas las edades son iguales" (82). Para Sosa, esa muchedumbre, entregada a todos los excesos a su ver, "no es una muchedumbre ordinaria. Es un todo popular organizado a su manera, a la manera popular, fuera y frente a todas las formas existentes de estructura coercitiva social, económica y política", como Bajtín comenta la fiesta carnavalesca (83). No es raro que Sosa se de cuenta de aquella diferencia esencial con respecto a su mundo hispano-italiano "oficial" post-tridentino, de alguna manera tan jerarquizado, y que se asombre -en texto sobre el que volveremos- de esta manera: "Entre ellos no hay preeminencia de honra ni preciarse uno más que otro de ser hijo de turco, o de renegado, o de moro, o de judío o de cristiano; ni de que sus padres fuesen alcaides, califas o reyes. Tan bueno es Pedro como su amo, y no vale ninguno más de lo que tiene" (84). Para estos observadores, aquel mundo podía aparecer como insoportable.

NOTAS:

(79).- Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Crónica de cautiverio y de misión, Madrid, 1942, Ed. Fe, p. 26. La edición es del poeta Luis Rosales; aunque imperfecta, la tomo aquí por su elegante versión, muy apta para ser leída hoy. (Escrito este texto en el siglo XX, por fin apareció en el siglo XXI una edición de la crónica de Gracián a cargo de Miguel Ángel de Bunes).

(80).- *Ib.*, pp. 32-41.

(81).- Mijail Bajtín, La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais, Barcelona, 1974, Barral.

(82).- *Ib.*, p. 225.

(83).- *Ib.*, p. 229.

(84).-Haedo, I, p. 167.

4.10.- Gracián de la Madre de Dios y Antonio de Sosa glosan su cautiverio en Berbería. El corso berberisco tunecino en los años noventa, con las historias de Alonso de la Cruz y del rescate de Gracián con la intervención de Simón Askenasi.

Se lamentaba Gracián de que aquel mundo pecaminoso estuviera fuera del control de la Iglesia --Inquisición, confesión y sacramentos, posibilidad de consejo y de castigo-- y, como Sosa, todos sus escritos van orientados a propagar la necesidad de "rescatar" a aquellos súbditos de la iglesia católica alejados de dicho control. Para apuntalar esa propaganda, como Sosa, también exalta la crueldad berberisca, aunque con tintas menos excesivas, más relajado, menos obsesivo o truculento.

"Si las leyes de la misericordia, la obligación pastoral, el ser cristianos y el celo de la fe no moviera a la redención de nuestros cautivos, nueva, a lo menos, la fuerza de la ley natural; por la cual todo animal quiere bien a su semejante, por tigre o león que sea. Pues por duras entrañas que un cristiano tenga, no se dejarían de romper si viese con los ojos por cuán pequeñas ocasiones matan los turcos a sus cautivos.

"Mi patrón Mamí Bajá dio con una maza de hierro en la cabeza a un pobre cautivo porque se cansó en el remo; a otro, porque no escondió tan presto la luz de la mezanía, cortó la cabeza su patrón; otro echó de un tejado, haciendo pedazos su cautivo, porque le quebró un plato. Y hay muchos morabutos y otros moros que por celo de su secta matan al cristiano que pueden haber a las manos en el tiempo de su ramadán, que es su ayuno; y si lo dejan de hacer es por miedo del interés, como quien se abstiene de matar una bestia de su vecino por no pagársela. Y, comúnmente hablando, por ocasiones de poco momento les suelen dar tantos palos o bastonadas en la barriga, espinazo y planta de los pies con un palo muy duro o nervio seco de buey, que muchos mueren debajo del bastón o quedan estropeados. De ahí, y de otras causas que he dicho y diré, nace que muchos de los cautivos viven una continua desesperación, deseándose la muerte. Y otros la toman con sus manos, como tres que poco ha se ahorcaron juntos en el baño de Cadalí en Trípoli.

"El trabajo ordinario que tienen en mar y tierra es insufrible. Nunca se compadecen de ellos los patrones, aunque los vean reventar; mándanles hacer cosas incompatibles, sin mirar más comodidad en lo que mandan que seguir su propio apetito. El mejor nombre que de su boca se oye es chupeque, que quiere decir perro de los más viles. Y, finalmente, parece ser imposible conservarse la naturaleza con lo que allí se padece. Y si esos galeotes cristianos fuesen hombres de mala vida, castigados por sus delitos al remo, parece que sus culpas disculparían la falta de piedad. Pero el religioso o sacerdote que venía a Roma; el soldado que navegaba en servicio del rey; el mercader provechoso a la república; los que moran en lugares marítimos, así hombres como mujeres y niños,

¿qué pecaron para que padezcan tan áspera penitencia sin que de ellos se tenga piedad, habiendo muchos en tierra de cristianos que dieran gran parte de su hacienda por excusar la muerte o los azotes de un público ladrón que llevan a ajusticiar?

"Obligación es natural, aunque parezca razón de estado, de los reyes, príncipes y señores que tienen vasallos y viven de su sudor, estorbar no los lleven cautivos guardando sus costas, o tratar del rescate de los que están ya en poder de los infieles para que, siquiera, se eviten muchos pecados en que se ofende la ley natural que en aquellas partes se cometen".

He aquí la minuciosa descripción que hace Gracián de una temporada de corso, la del invierno de 1593 al verano de 1594, para el área tunecina, menos activa que la argelina pues en ese tiempo en Túnez habría unos mil seiscientos cautivos en total:

"Pues cuán grande sea el número de los que van cada año presos en las costas de España e Italia, sin hablar de las guerras de Hungría, no me atrevo a determinarlo. Contaré lo que vi desde que llegué cautivo a Túnez, por principio de noviembre del año de (15)93, hasta agosto del 94, que tuve curiosidad de contarlos.

"En estos diez meses vinieron a Bicerta los siguientes: tres galeotas y seis fragatas, que andaban con la que yo fui cautivo, llevaron doscientos, los más de la playa romana y golfo de Nápoles. De ahí a pocos días dio con fortuna una fragata cerca de Túnez con catorce. Por el mismo tiempo los luteranos vendieron al Bajá una nao gruesa cargada de trigo, que tomaron con treinta, sin otros que murieron combatiendo, y entre ellos dos frailes dominicos españoles. Mediado mayo, llegaron a Bicerta dos fragatas de un arráz llamado Babalí y otro su compañero con noventa. Por fin de mayo, vinieron otras cuatro fragatas con casi cien. Pocos días antes, viniendo Bocazán por chاوز o embajador del Gran Turco a llamar a Mamí Bajá para la armada que salió de Constantinopla, encontró un bajel de Malta de ciento veinte cristianos y le rindió con dos galeotas que traía.

"Por principio de junio llegó al puerto de la Goleta Morat Arráz ("Moratearraez"), que salía en corso desde Argel y había ya tomado una fragata en Córcega con treinta. Y de allí a cuatro días que salió de la Goleta, tomó otra fragata de Trápana con veinte, de la cual se informó de las dos galeras del duque de Florencia, *Capitana* y *San Juan*, y las rindió con más de doscientos cristianos, entre soldados, marineros y forzados, sin el número de quinientos turcos y moros cautivos que habían tomado las dos galeras, a quienes dio libertad. Poco antes había pasado por Túnez Muza Arráz ("Muzarraez"), el que se huyó de Nápoles con su galeota y tomó una nave cargada de sal con veintitrés almas.

Mediado junio, volvieron de corso las tres galeotas de mi patrón, Mamí Bajá, con ciento cincuenta cristianos, tomados en una torre llamada Francoberta, cerca de Rijoles, y en las fragatas y falugas que pasan el faro de Mesina. Al principio de julio llegaron otros dos bergantines con cuarenta y cinco tomados en Palermo y Trápana. Dos galeotas, llamadas de Cara Alí ("Caratali") y Zambalí, tomaron por agosto una galeota que estaba sobre el ferrocarril en el golfo de Venecia y otra nao, con algunas barcas, y de todas vinieron cautivos más de trescientos cristianos.

"No cuento la galima que habrán hecho las otras galeotas y fragatas de Argel, ni las de Trípoli, porque sólo hago mención de los cristianos que he visto por mis ojos, y consolado y confesado a muchos de ellos tomados en los bajeles que he dicho. Y hacíame tanta lástima ver venir cada día tantos, que dejé de hacer esta curiosidad".

La potencia naval berberisca, vista por Gracián desde Túnez, no era excesiva y bien pudiera ser neutralizada por los cristianos:

"Si los arráeces, que hacen tan gran daño y dan tanta renta a los turcos de tantos cautivos y al demonio de tantas almas, que puedo decir con verdad que sé que la mitad de éstos han ya renegado de la fe, fuese gente muy principal y poderosa y tuviesen gran número de galeras, sería algún consuelo pensar que no hay poder en la cristiandad para resistirlos. Pero quien sabe la grandeza, riqueza y potestad del Papa, España, Venecia, Génova, Saboya, Florencia y Malta y las galeras que tienen, en cuya comparación las de Berbería que tanto daño hacen no son de momento, no lo puede dejar de sentir en el alma.

"Porque todas las galeras y galeotas que al presente andan en la costa de Berbería no pasan de doce o catorce. Conviene a saber: en Argel, las tres de Morat Arraez ("Moraterráez"), la de Chafer Ginovés, Fuchel, Mamí Arraez, Deli Mamí, Sali Arraez; en Túnez, las tres del Bajá Mamí Corso, Eliz Arraez, Caratali, Zambalí; en Trípoli, las dos de Arnauto Bajá y la de Cadali. Y entre todos los bergantines, no pasan de veinte.

"Esta gente que he nombrado son los más bajos y viles ladrones que se puede pensar. Que ni tienen otros reinos, rentas ni heredades sino estas galeotas que van sustentando con los cristianos y haciendas que cautivan; y a cualquiera que le tomasen un bajel queda descalabrado para no poder alzar más la cabeza, y otros amedrentados para no atreverse a armar. Que ninguna otra cosa les sustenta en su soberbia y orgullo sino la poca resistencia que hallan entre los cristianos; con la cual están tan vanagloriosos que ningún temor tienen de nuestras galeras

y les parece que toda la cristiandad es suya...

"A la verdad, quien tuviere experiencia de las cosas de Berbería, entenderá claramente que si no es por causa de los cristianos cautivos muy poca o ninguna fuerza tienen los turcos para hacernos daño. Porque por mar todo nervio son los cristianos del remo; que las galeras turquescas armadas de chacales –que así llaman a los galeotes turcos-, moros o griegos, no valen nada. Y por tierra los cristianos de la maestranza y los que han renegado son los que les dan toda fortaleza; que sin ellos ni tendrían armas ni industria.

"De donde concluyo que el redimir cautivos, o impedir que no lo sean, es desjarretar este gran enemigo de la fe cristiana" (85).

El cautiverio de Sosa en Argel fue más largo y de gran dureza; el de Gracián más corto y, aunque peligroso, más apacible, si cabe, en Túnez. Esa circunstancia incide en los textos de ambos eclesiásticos cautivos. El relato autobiográfico de Gracián es modélico. Aunque corrió peligro de muerte en dos ocasiones, la esperanza de un alto rescate le salvó la vida. He aquí el texto, con la historia del renegado español Mamí o Alonso de la Cruz y la intervención del judío Simón "Escanasi" -Askenasi- en el momento de falta de dinero para las pagas de los jenízaros en Túnez:

"El año de 1593, a 10 de octubre, volviendo de predicar de Sicilia y embarcándome en una fragata en Gaeta para Roma, junto a Monte Cerzel, como dos leguas de donde salimos, a las diez de la mañana nos encontró una galeota de turcos que me cautivaron. Y, en un punto, me vi desnudo, aprisionado y despojado de lo que más pudiera tener codicia, que eran unos papeles de doctrina de espíritu que había escrito con mucho trabajo y llevaba para imprimir en Roma, sintiendo, como era razón, ver que los turcos limpiaban con ellos sus escopetas. Confiésote que, aunque el suceso fue áspero, me consolé. Porque con él salí de unas congojas de espíritu que entonces me apretaban; de las cuales, y de lo que pasa en una alma afligida de consuelos y desconuelos, escribí un libro sobre el Apocalipsis de San Juan que algún día saldrá a la luz.

"Fuimos a la isla de Ventor, cerca de Nápoles, donde un turco me hizo la señal de la cruz en las plantas de los pies con un hierro ardiendo. Y preguntando yo a un cristiano cautivo por qué lo habían hecho, me respondió ser ceremonia de los turcos, cuando hacía mal tiempo, si llevaban algún sacerdote cautivo, hacerle aquella señal en oprobio de la cruz de Cristo; y que si no se mudaba el tiempo me habían de quemar vivo. Luego llegaron a la misma isla dos galeras del Bajá de Túnez y otros seis bergantines de Bicerta; y mejorando el tiempo, salieron a hacer galima por aquellas costas, donde se padeció algo en mes y medio que estuvimos embarcados por falta de agua y bizcocho, descomodidad del bajel y animar

algunos cristianos que iban cautivando y con los que venían heridos, que fueron entre todos ciento noventa.

"Llegamos a Bicerter, puerto de Berbería, donde me levantaron que era arzobispo que iba a Roma a ser cardenal. Y como corrió esta voz, envió por mí el Bajá de Túnez por una ley que tienen que cuando cautivan algún hombre grande le puede tomar el bajá para sí o para el Gran Turco; que si esto no fuera, fácilmente me rescatara el arráez que me cautivó, por ser pobre. Y, así, me llevaron a Túnez, que está a diez leguas de Bicerter, pasando por un río que, aunque se podía vadear, por haber crecido mucho fue necesario pasarlo nadando los caballos y desnudos los que iban encima, que fue la primera vez que me vi en semejante trance.

Llegados a Túnez, echáronme unas traviesas comunes, que serían como dos pares de grillos de tierra de cristianos, y metiéronme en el baño o mazmorra, que es la cárcel de los cautivos... Luego me hicieron un cribete o cama de zarzos en un apartado que teníamos, como iglesia para decir misa, en compañía de un canónigo de Lípari que también allí estaba cautivo. Celebrábamos cada día por semanas, el uno antes de amanecer para los cristianos del baño, que eran seiscientos y oían misa antes de salir a trabajar, y el otro de día para los de fuera. Que de los unos y otros había entonces en Túnez como mil seiscientos. Ocupábame en confesarles y predicarles, y a pocos días hice hábito de la hediondez y oscuridad del baño, ruido de cadenas, prisiones y otras miserias, que no se sienten tanto como a los principios.

"Pasé en esta vida hasta la Navidad del mismo año de 1593. En cuya víspera me dio por nueva un cristiano cautivo que los jenízaros se habían juntado en su aduana y pedido al Bajá que les diese para quemar vivo, porque sabían que era inquisidor y que había hecho quemar renegados en tierra de católicos.

Con estas nuevas sintió la carne, estremeciósese el cuerpo, encogióronse los nervios y añuzgóse la garganta... Velé toda aquella noche de Navidad, entre temor y esperanza. Dije mis tres misas, confeseme generalmente con el compañero, esperando la mañana y el fuego. Ya que fue de día, vino a mi un cristiano pidiéndome albricias porque me traía unas buenas nuevas. Y fueron que había concertado con un jenízaro por diez escudos que me diese una puñalada en el corazón cuando estuviese atado al palo. Consoleme, porque los turcos queman asando y ponen el fuego a la redonda en cierta distancia. Pasose aquel día y otros muchos sin que se ejecutase la sentencia ni tuviese claridad en qué había de parar, que no es pequeño tormento estar batallando entre temor y esperanza.

"Después supe haberme estorbado este buen suceso

por la cautelosa respuesta que el bajá dio a los jenízaros, que fue por estas palabras:

"--¿Qué piden esos señores? ¿A mi papaz para quemarle? Que sea enhorabuena. Y no solamente a él, pero a todos mis cristianos les daré. Mas que les ruego que adviertan que mi papaz no es de tan bajo estado que sea inquisidor en tierra de cristianos, que es un gran arzobispo; y me dan por él en trueque a Amate Arráez Bey ("Amate Rayz Vay"), timonero mayor del Gran Señor que está preso en el castillo de Nápoles, y a Elis Arráez, que anda bogando en las galeras de España. Y ya saben con cuánta instancia me escribe el Gran Turco que procure el rescate de estos dos. Y cuando esto no sea, por lo menos me dan treinta mil escudos de oro por su rescate. Mas que, con todo eso, hagan averiguación si es inquisidor. Y si lo fuere, le quemen.

"Con esta respuesta templaron su furia y, en estas averiguaciones, pasaron algunos días, y así se quedó".

Prosigue luego Gracián con las circunstancias de su estancia en el cautiverio tunecino y las gestiones para su rescate:

"Y como ya estaba perdigado y no temía al fuego, con opinión de ser un gran príncipe eclesiástico venían a mí muchos renegados que les diese cartas para la Inquisición, testificando que se iban de su voluntad a tierra de cristianos, que por el temor de ella se dejan muchos de venir. Dábales estas certificaciones, cosiéndolas dentro de unas bolsas que ellos traen con nóminas de Mahoma, con las cuales se huyeron a tierras de cristianos algunos. Mas si cogieran los turcos algunas de estas cédulas, al que toparan con ella y a mí nos quemaran.

"Pasé hasta Pascua de Resurrección, que acaeció traer al baño un renegado español llamado Mamí. Y porque sabía escribir la lengua turquesca, que yo deseaba aprender, enseñábame a escribirla. Entramos en pláticas de la perdición de su alma y determinóse de volverse a la fe y sufrir la pena que dan a los renegados que se reducen, que es el fuego o hacerles tajadas con los alfanjes. No se pueden estos tales volver sin que públicamente confiesen la fe católica que renegaron. Y así, habiéndole confesado, salió a un patio que estaba junto al baño y dijo delante de muchos estas palabras:

"--Yo, señores, soy cristiano, y como malo me aparté de la fe de Jesucristo. Ahora me vuelvo a ella y confieso que es la verdadera, y la de Mahoma falsa y mentirosa.

"Turbáronse los turcos de oírle decir esto, y dijo el principal guardián, llamado Zali Mamet:

"--Este vuestro papaz piensa que a todos nos ha de hacer cristianos; mas presto veréis lo que habrá.

"Absolví al renegado Mamí, que desde entonces se llamó Alonso de la Cruz, esperando el suceso. Los cristianos imputaban a mal y reñíanme mucho por haber hecho aquello, diciendo:

"--Oh, padre, ¿quién le ha metido en esto? Que, cuando no le quemem por ello, por lo menos le darán quinientas bastonadas y, como no tiene fuerzas para sufrirlas, morir so el bastón (sic); si cuando le llamaren le quitan las traviesas, es cierto que le quieren quemar.

"De ahí a una hora que esto acaeció, llamáronnos a los dos. Y puestos delante de seis turcos de los principales que vinieron a ello, mandaron que me quitaran las traviesas. Entonces se me volvieron a encoger los nervios y añuzgar la garganta como la otra vez, teniendo por cierto ir desde allí al fuego. Pero viendo que mis traviesas se las mandaron echar a Alonso de la Cruz, tornóseme un poco la sangre al cuerpo; y sacaron otras traviesas que llaman ellos majarescas, de pesadísimo hierro, que no había otra como aquellas en toda Berbería, y las habían hecho traer aposta para un capitán llamado Juan Valiente, que estuvo cautivo. Echáronmelas, no sin gran tormento de las piernas al remachar de los clavos, y sin hablar más palabra se fueron y nos dejaron allí en el patio, en la casa de un guarda donde habíamos salido. Metiéronme los cristianos en brazos, que poco ni mucho me podía menear con aquellas traviesas; ni después podía, sino con mucho trabajo, decir misa ni levantarme de sobre el cribete.

"Supe después que cuando al Bajá dieron la nueva de haberse convertido Mamía, dijo estas palabras:

"--¿Qué te da a ti que se vuelva cristiano? Tendremos un remo más en nuestras galeras. Guardaos no lo sepa el Mufti --que es como el obispo-- ni el Cadí --que es como corregidor de la ciudad--, no nos quemem nuestro papaz, que de lo demás no hay que hacer caso.

"Diome un cristiano en confianza cuatrocientos escudos de oro, doblones de a dos y de a cuatro, con una cédula que le di en que se contenía que si entramos fuésemos a tierra de cristianos se los pagaría allá, y si yo fuese y él no, haría de ellos limosnas a mi elección. Como me vi con tan buena suma de dineros, viniéronme a decir que un cristiano se quería ahorcar, desesperado de la mala vida; rescatele, y con la golosina comencé a rescatar otros de los que estaban en mayor peligro de renegar la fe, así hombres como mujeres. Como algunos renegados veían

que hacía esto, dábanme de secreto dineros para rescatar parientes suyos que venían cautivos, con que se hizo buen oficio.

"Pero pudieronme costar muy caro; que, como veían que rescataba tantos cristianos, confirmáronse en la opinión de que era arzobispo, y con esto iba imposibilitando mi rescate. Mas mi pensamiento y deseo era librar aquellas almas, dejando el negocio de mi libertad a que hiciese Dios lo que fuese servido, porque si Él quería bien me sabría rescatar. Y así fue, que acaeció venir un judío rico llamado Simón Escanasi con mercaderías a Nápoles; y habiéndole prendido en Gaeta y embargado la hacienda que traía, unos parientes míos le libraron y rogaron se encargase de mi rescate, dándole seiscientos escudos de oro que llevase a Tabarca, puerto de genoveses, que está a veinte leguas de Túnez.

"Acaeció también hallarse el bajá sin dineros para acabar de dar la paga a los jenízaros; y enviando a llamar a este judío que se los emprestase, le dijo el judío:

"--¿Por qué estás engañado con este papaz? ¿Qué piensas, que te ha de dar treinta mil escudos? Yo conozco sus parientes y sé quién es; y que ni ellos ni su religión no darán por él sino muy poco. Y tú le tratas de manera que no sacarás de él sino un saco de huesos. Rescátale, y con eso acabarás de pagar.

"El bajá se lo creyó, que ya también estaba desengañado por otras partes, y mandó al judío concertarse el rescate. Vino a mí el judío y yo le dije que bien sabía que yo no tenía sino los seiscientos escudos que estaban en Tabarca, y no le había de engañar, que negociase como pudiese. Respondióme:

"--Saquémoslo ahora de hierros, antes se acabe este día y el de mañana, cuando dura la paga de los jenízaros, que después, ¡Dios grande!

"Y, así, concertó el rescate en mil trescientos escudos de oro. Y el judío buscó dineros, y a mí también me emprestaron otros turcos, con que salí de los hierros. Mas luego que el bajá hubo pagado a sus soldados, me quisiera tornar a prender diciendo al judío que le había engañado; mas el judío acudió a la justicia; y se negoció todo bien y yo quedé libre. Y de ahí a pocos días me llevó a Tabarca, donde cobré los seiscientos escudos que allí había dejado, y me prestaron lo que faltaba.

"Aunque en el camino por poco nos anegamos en una borrasca -que cinco veces me he visto en evidente peligro de muerte en el mar-, llegué a Tabarca, donde estuve empeñado hasta que vino el dinero que el gobernador de Tabarca había dado al judío; y saliendo del puerto,

donde a la sazón estaban las galeras de Morat Arráez ("Moraterráez"), decíanle los suyos que fuese por mí, que iba en aquella nao; la cual, habiendo ya salido del puerto, según las leyes de los turcos podían de nuevo hacerme cautivo. Respondió:

"--¿Qué le quieres al mezquino? ¿Ya no ha pagado su rescate? Déjale ir en libertad.

"Esta buena obra debo a Morat Arráez" (86).

El problema con Sosa es mayor. A pesar de su prolijo texto, muy poco dice de sí mismo. Sólo con mucha minuciosidad Camamis puede concluir que él es el autor de aquella magna obra que Haedo sobrino se atribuyera a sí mismo y a su tío el obispo de Palermo y homónimo Diego de Haedo. Cura, "teólogo de profundos conocimientos universales y literato de primera categoría..., de excelente formación clásica" (87): poco más se sabe de su vida. Camamis concluye su estudio diciendo que hay que investigar. "El destino ha sido muy injusto con el doctor Sosa" (88). Y el doctor Sosa sólo en contados párrafos, y no muy extensos, habla de su cautiverio. Al referirse a Juan Gasco, escribe:

"era amigo mío, y que el año 1578 me ayudó a traer piedra y arena a cuestras, y amasar cal y servir en cierta obra..., do mi patrón, por maltratarme, me enviaba cargado de hierro y traviesas y con guardia de dos renegados, y sin comer hasta la noche" (89).

Su fama de clérigo notable, tal vez por su personalidad misma de estudioso y buen conversador con sus compañeros de cautiverio, incluido Cervantes, debió de traerle problemas a la hora del rescate. Así lo comenta en el diálogo de la cautividad con su interlocutor Antonio.

"Antonio:

Bien parece que habláis como hombre acuchillado y decís de la feria como os ha ido y va en ella.

Sosa:

¿Y quién de cuantos estamos en Argel es el que de este cáliz no bebe sus tragos? Porque si a mí -que soy un pobre clérigo- han hecho de su propia autoridad & plenitudine potestatis, obispo y, después, secretario íntimo y de la puridad del Papa, que estaba ocho horas cada día encerrado con su santidad en una cámara y solos, tratando gravísimos negocios de la cristiandad; y después me hicieron cardenal, y después castellano del Castilnovo de Nápoles, y ahora me hacen confesor y maestro de la reina de España, y para esto han sobornado turcos y moros que lo afirmasen, aún no faltaron malos cristianos -como sabéis- de esta casa y de fuera que por contentar a mi patrón le dijeron que era así; hasta traerme aquí delante turcos huidos de Nápoles poco ha -según tenían acordado- que dijeron y publicaron que en Castilnovo de Nápoles habían sido mis esclavos y servían de cocineros; a vos también

hacen gran señor, riquísimo caballero de Malta, pariente de grandes señores y prelados de Italia y Portugal; y a Juan Botto -que está aquí-, también riquísimo y gran comendador de Malta; y Antonio Garcés, nuestro compañero, caballero muy principal y muy noble en Portugal. Y finalmente, tomando nuestra galera de Malta, *San Pablo* -en que todos fuimos cautivos-, hasta a los forzados y buenas boyas ¿no los bautizaron por caballeros?" (90).

Debió ser rescatado en 1581. En la información que presentó Cervantes sobre su tiempo de cautiverio en Argel, Sosa dice que en los "tres años y ocho meses" que lleva en Argel, estuvo con Cervantes, "le conozco y he comunicado y tratado muy a menudo y familiarmente" (91). Lo firma "en Argel, a 21 de octubre 1580"; fray Juan Gil certifica también en ese documento su testimonio mismo: "porque familiarmente le trato y converso todo el tiempo que estoy en Argel; y sé que es de honra y tal calidad que en todo lo arriba dicho no diría sino la pura verdad" (92). Las últimas páginas de Sosa del diálogo de la cautividad están dedicadas a la gestión de fray Juan Gil en Argel, en tono muy elogioso, en aquella redención en la que consiguiera rescatar a Cervantes en dramáticas circunstancias. El cautiverio de Sosa debió durar, por lo tanto, unos cuatro años como mínimo; el doble que el de Gracián, y en el duro medio argelino, sobre todo para un "papaz" de la sensibilidad de Antonio de Sosa.

NOTAS:

(86).- Ib.- pp. 62-72.

(87).- Camamis, op. cit., p. 142.

(88).- Ib.- p. 176.

(89).- Haedo, III, p. 176.

(90).- Ib. II, p. 142. (91).- "Información" citada, p. 156.

(92).- Ib., p. 166.

4.11.- Argel como lugar de todos los vicios, sobre todo de la carne, incluido el fantasma del pecado nefando o la homosexualidad.

Junto a la violencia, el otro pilar de la "leyenda negra" cristiana, podríamos decir, sobre Berbería y Argel eran los vicios de la carne. Sobre todos los vicios, "el nefando": la homosexualidad que, en una sociedad tan esencial y --se podría afirmar-- tan necesariamente masculina o machista, podría denominarse mejor "bujarronería".

La vida licenciosa y "viciosa" de Argel era atractiva incluso para los no renegados, como se lamentaba Sosa en un texto en el que se pregunta en dónde podría el cautivo hallar consolación:

"Si en todo Argel y en todas sus partes que andamos,
y en cuantas personas vemos no se puede hallar
consolación y alivio, ¿do queréis que el triste cautivo le vaya a buscar?
¿O cómo será posible que en este cautiverio se halle
si no es que le enviemos a esas casas de juego y públicas tabernas de Argel,
a do confieso que hallará muy de continuo a muchos que se dicen
y se llaman cristianos, pero todos ellos tan olvidados del nombre
y ser de Cristo, y de llorar sus pecados, que son causa de su cautiverio,
que no se juntan allí sino para jugar cartas y dados,
y para emborracharse, blasfemar de Dios, renegar de los santos
y hacer otros infinitos y muy enormes pecados, sin vergüenza de Dios
y de los hombres, y aún de los mismos turcos y moros, que no jurarán
ni blasfemarán por cuanto hay en el mundo?
No hablo de que en todo el año no oyen misa, ni se confiesan
en quince o veinte años; que son cautivos porque viven tan olvidados
de Dios y tan hechos a los vicios de los moros que se burlan
de la misa y confesión; y si no fuese el vestido y la barreta que traen,
otra cosa no se ve en que se conozcan ser cristianos.

"En tal gente, pues, como ésta y tan digna de llorar,
¿cómo el desconsolado cautivo hallará consolación y no, por el contrario
-lo que sin duda es más cierto- ocasión y causa de más desconsolación?
Principalmete cuando ellos -como vemos- tienen ya las entrañas
y los corazones tan duros y tan ajenos de humana piedad,
que se alegran con los buenos sucesos y prosperidad de los turcos
y se burlan de los mezquinos que de nuevo traen cautivos.
Y, finalmente, fáltales ya tan poco para ser moros, que si sus amos
los dejasen renegar y retajar, lo recibirían ellos por merced particular;
porque muchos de ellos importunan por ello a sus amos,
los cuales, por no excusarles del remo, no los quieren permitir.
Y otros, aunque les den libertad, no se quieren ir de Argel
a vivir en cristiandad, do no podrán vivir -como viven en Argel-
en sus vicios y maldades, sin castigo ni temor. Y, aún, otros venden
las cartas de su franqueza y libertad porque tengan qué beber y jugar" (93).

Resulta insólita esta visión del buen Sosa de una Argel de vida cotidiana deseable para muchos, infierno/paraíso particular. Cuando Sosa relaciona a los siete pecados capitales con Argel, el santo varón adopta tono apocalíptico:

"Ya que comenzamos a escribir las costumbres de todos los vecinos y habitantes de Argel, obligáanos no solo la empresa que tomamos, pero también la multitud y grandeza de sus vicios, a no dejar de escribir de ellos alguna cosa; y más -por mi fe— por esta causa que no porque deseemos decir mal de ninguno. Y... cuando considero aquello que el apóstol San Juan escribió en sus revelaciones, que vio una bestia con siete cabezas y con diez cuernos, y todos ellos coronados con unas coronas, se me representan Mahoma y su ley; y que veo a esta bestia en Argel adorada públicamente, con los siete vicios mortales o capitales, los cuales no bastan a los turcos, moros y renegados de aquella ciudad, y aún de todas partes, cometer y obrar como otros hombres flacos y de carne que, si pecan, tienen al vicio por vicio y al pecado por pecado, y se afrentan y avergüenzan de ellos. Mas han llegado a tanto mal y ceguedad que adoran los vicios y les han puesto coronas, reputándolos por honra, grandeza, bondad y sumo bien" (94).

Al llegar a la gula, obsesión clave la de comer de las utopías populares o para pobres, de los países de Jauja y tierras de Cucaña, Argel parecería adaptada a aquella mítica tierra soñada por las masas hambrientas evocadas por Camporesi, si no fuera por la "sobriedad" precisamente de los "moros".

"El cuarto vicio es la gula; la cual, aunque no tiene tanto lugar en los moros, que por la mayor parte son más sobrios, pero cuanto al beber vino es cosa muy ordinaria en todos; si no son los morabutos, o que se dan de propósito a la observancia de su ley. Pero en cuanto a los turcos y renegados, generalmente todos son Muy dados a la gula y a la borrachez; porque de ordinario todos beben vino y aguardiente, a que llaman `arrequín', y suelen convidarse unos a otros y hacer grandes banquetes; no de muchos regalos y manjares, pero de mucho vino y arrequín. Y se están en estos banquetes dos y tres días con sus noches.

"Y dado que los tudescos tengan mucha infamia en este vicio, los turcos y renegados de Argel les exceden así en el tiempo que duran en beber y brindarse unos a otros, como en la suciedad y grandísima deshonestidad de que usan. Porque no se hace convite -a que llaman *sofia*- que no tengan allí un vaso do, como sienten el estómago cargado y no poder beber más, vomitan todos -por grandes y por honrados que sean- sobre la tabla y en las barbas de todos, dentro de aquel vaso, que es el mayor asco y horror que puede ser. Y demás de esto, al brindar se dan las manos derechas con risas, palmadas uno al otro y, luego, se besan deshonestísimamente con otras ceremonias muy vergonzosas. Y sobre todos son más infames

los cosarios y leventes en este vicio, en el cual, principalmente cuando en Argel están, gastan cuanto roban y aún más.

"Y no irá ninguno en cualquier tiempo por una calle que no tope de estos borrachos; y muchos de ellos alcaides muy principales, arráeces y hombres ricos. Y más a menudo que en Sevilla, Lisboa, Setubar y Cádiz topan de noche con tudescos y flamencos borrachos, tanto que es menester llevarlos del brazo y guiarlos por el camino. Y así, por la mayor parte, ninguno va a comer con otro que no lleve un cristiano que le vuelva a su casa" (94).

Desmesurada y mítica ciudad la Argel de la fiesta corsaria, ciudad de la que Sosa fue cronista a su manera sin duda, que pudiera hacer pensar en imágenes de Brueghel, por ejemplo. Pero un rostro tal vez más verdadero, y el hambre podía saltar a continuación, desequilibrador. El gran hambre de 1579, del que fueron testigos presenciales Sosa y Cervantes, es evocada al mismo tiempo que los momentos de euforia y de fiesta corsaria:

"En el invierno del año 1579 estaban las calles de Argel llenas de pobres moros, con sus hijuelos e hijas -porque habían una gran hambre y moría de ella infinita gente que acudía de todas las partes y de las montañas de Argel-, y viendo estar tantas madres y padres, tantos niños y niñas padeciendo y exhalando las ánimas con la hambre, y que llovía algunas veces infinita agua del cielo y estaban todos sin abrigo, y muchos metidos en el lodo, no hubo hombre que recogiese uno para su casa. Un turco harto rico, por mostrarse más piadoso, viendo entonces a un pobre que estaba boqueando junto a la casa de un vecino de Argel, y demandando pan con el alma a la garganta, y lloviendo muy grande agua, paró la mano a un caño de agua que de arriba del terrado corría y, llena, échala en la boca del pobre que se moría, diciendo:

"--Sea esto por mi alma. Ya que no comes pan, bebe del agua.

"Y con esto le acabó de matar, ahogándole" (95).

El pecado de lujuria fue el que más escandalizó tanto al casto varón Sosa como a todos los eclesiásticos o papaces y redentores, así como el que más debió fascinar a los españoles. Sosa llega a afirmar que no es pecado entre los musulmanes, significativa simplificación. Los textos son elocuentes por sí solos.

"El tercero vicio y pecado es la lujuria, de la cual hacen tan general profesión que no hay especie ninguna de este pecado que no usen, y pongan en él su bienaventuranza de este mundo y del otro. Conforme a la doctrina de su Mahoma, la fornicación simple no la tienen por pecado. Y son tantas las ramera -con no haber entre ellos ni ser lícito burdel alguno- que ellos mismos dicen que no hay mujer en Argel que no lo sea; y no solo con los turcos y moros,

pero con los mismos cristianos, a los cuales importunan y van a buscar a sus casas, sin temer de la muerte, y que las echen al mar, como es uso. De la misma manera, con la ocasión –como dijimos– de que todas las mujeres van tapadas y caminan tan libres por la ciudad, y los maridos tan poco caso hacen de ellas, y aman tanto a los garzones, rara es la que es casta; especialmente, que hay infinidad de alcahuetas celestinas que no viven de otro oficio, y ninguna es castigada.

"La sodomía se tiene, como dijimos, por honra. Porque aquel es más honrado que sustenta más garzones; y los celan más que las propias mujeres e hijas, si no es en los viernes y pascuas, que los sacan a pasear muy ricamente vestidos. Y entonces concurren todos los galanes de la ciudad, y muchos que presumen de graves a requebrarse con ellos, ofreciéndoles ramilletes de flores y diciéndoles sus pasiones y tormentos. Un hombre que tiene un hijo, halo de guardar si lo quiere sin este vicio -y pocos son los que luego no lo deprendan- con no menos ojos que Argos, porque luego tiene enamorados que le festean, que les envían presentes y les pasean la calle.

"Ningún alcaide va fuera, ningún turco a la mahala o a la guerra, ningún cosario a su corso, que no lleve su garzón que le sirva de cocinar y de acompañar en la cama. El pecar con ellos en mitad del día y a los ojos de todo el mundo no se extrañan. A muchos de los turcos y renegados, que con ser ya hombres grandes y viejos no sólo no se quieren casar con otras mujeres que con estos garzones, pero se alaban no haber jamás en toda su vida conocido alguna hembra, antes las aborrecen y no quieren ver de los ojos. Uno de estos, y de los más principales alcaides y más ricos renegados, de nación griego, jura a Dios se tiene por tan afrentado de haber nacido de mujer -tanto le aborrecían de ellas--, a que si le mostrasen su madre la mataría con sus manos.

"De aquí nace que, siendo la sodomía tan estimada en Argel y tan públicamente, acostumbran los barberos, por tener mayor ganancia y más concurso de gente en sus boticas que rapen y afeiten, tener en ellas mochachos; los cuales son los que rapan y trasquilan y lavan a los turcos, renegados y moros; y son de ellos tan continuamente festejados como si fuesen las más principales y hermosas damas del mundo. Y, en efecto, las boticas de barberos son unos públicos burdeles.

"La bestialidad es muy usada entre ellos, imitando en esto a los alarbes, que son muy infames en este vicio. Y lo mismo usan mucho los morabutos, como ya dijimos hablando de ellos" (96).

Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, célibe carmelita, también insistió en sus escritos en el peligro que aquella sexualidad permisiva suponía para los pobres cristianos, sobre todo para aquellos que tenían "menos doctrina", jóvenes y mujeres. Y cuenta el caso doloroso de los "mancebos que reniegan por el nefando". De esto no podía esperarse enmienda, cuando el sacerdote se negaba a dales la absolución de sus pecados en la confesión:

"En este caso no queda algún consuelo, porque en levantándose estos mancebos de nuestros pies sin la absolución, se van luego a tornar moros con la desesperación que llevan de salvarse, pues la Iglesia les niega los sacramentos, y ellos dicen que no pueden disponerse para recibirlos resistiendo al patrón turco. Por la misma causa reniegan las cristianas mozas, que las compran los turcos para casarse con ellas" (97).

Hay un momento en el que se puede imaginar perfectamente al cautivo Antonio de Sosa viendo en cada calle y plaza de Argel, en cada gesto de los habitantes de aquella ciudad, el deseo sexual. Al tratar de la pereza deja el eclesiástico cautivo una imagen de una ciudad apacible y charladora pero inquietante a sus ojos:

"El séptimo vicio y pecado es la acidia o pereza, que es muy ordinario en todos. Porque quitados de la guerra los soldados y alcaides, y los cosarios del corso, y los mercaderes de su mercadería, ninguna ocupación virtuosa, honesta, humana –como tienen otras gentes– tienen ni usan los turcos, renegados y moros de la ciudad de Argel. No corren caballos ni juegan cañas, sino en las tres pascuas del año, como dijimos; no hay ejercicio ninguno militar, no de esgrima, no de pelota, no de danza ni bailar, si no son las mujeres y muy desgraciadamente, no van a pescar ni cazar. Toda la ocupación de los que no tienen oficios mecánicos, es sentarse a las puertas de los barberos a requebrar y hablar con los garzones que allí están asentados, y los mercaderes en sus boticas contar unos a otros mentiras y nuevas; y los cosarios irse hasta la marina y puerta a mirar sus bajeles.

"Y los otros, do quiera que se junten, son todos en general los mayores noveleros y fingidores de mentiras que jamás hubo en las gradas de Sevilla ni en los hornos de Málaga. Allí fingen nuevas venidas de Turquía, desastres de la cristiandad tomadas de galeras y naves, sacos de casales y de tierras, aparejos de guerra del Gran Turco y otras cosas semejantes con que luego alborotan la tierra y la meten en confusión. Y no falta jamás qué hablar y en qué entender y discurrir, hasta que al cabo de algunos días se sabe ser todo mentira. Y dicen que les deben mucho los cautivos, porque con esto les alivian el trabajo del cautiverio, haciendo que con las nuevas diviertan el pensamiento e imaginación continua de sus cadenas" (98).

.....

NOTAS:

- (93).- Haedo, II, pp. 184-185.
- (94).- Ib., I, pp. 168-169.
- (94b).- Ib., pp. 177-178.
- (95).- Ib., p. 173.
- (96).- Ib., pp. 175-177.
- (97).- Gracián, p. 27.
- (98).- Haedo, I, pp. 180-181.

4.12.- Los garzones o "mujeres barbadas" y el mundo de los jenízaros, su organización y su vida cotidiana.

Garzones y capados o eunucos aparecían como figuras de ambigüedad sexual desasosegadora para aquellos observadores tan poco "orientales", pero estaban en el origen de muchos de los notables de aquella sociedad berberisca. Sosa incluye en uno de sus relatos a "dos mozos renegados que eran del mismo patrón -y, como ellos usan, sus damas desbarbadas-, que serían de 16 años o poco más cada uno" (99); "mujeres barbadas" les llama en el texto que recogemos a continuación, en realidad la nota más exótica y extraña de la fiesta corsaria a la vuelta de una buena campaña de corso.

"Venidos los cosarios de su viaje y corso, en el punto que se da fondo y echan ferro en el puerto cesando de bogar, luego todos los cristianos que bogan echan a la mar los remos, quedando asidos solamente de un cordel o cuerda delgada; y desherrados que son, o todos o parte, lo primero es llevar todos los remos a un magacén del común que está muy junto al puerto, a do son muy guardados con gran cuidado. Y esto hacen porque, mientras desembarcan los turcos y van en tierra con su ropa, no se alcen los cristianos con el bajel y se huyan.

"Y luego, aquel día cada uno recoge para su casa sus cristianos y comienzan luego los arráeces y leventes todos a gastar muy largamente, y hacer grandes convites, a que llaman *sosfias*. Y en vino y arraquín, que es aguardiente, y en toda suerte de lujuria y de gula gastan cuanto han robado en el viaje. Entonces todo Argel está contento. Porque los mercaderes compran muchos esclavos y mercaderías que los cosarios traen consigo, y los oficiales de la ciudad venden lo que tienen en sus boticas de ropa y bastimentos a los que vienen de la mar, porque se visten muchos de nuevo, y todo es comer y beber y triunfar.

"Suelen los arráeces recoger en sus casas algunos de los leventes y soldados que quieren; y para los tener contentos y a punto para volver con ellos otra vez en corso, les dan cada día de comer y hacen mucho regalo a su mesa. Acostumbran entonces los arráeces y leventes vestir muy ricamente sus garzones -que son sus mujeres barbadas- de vestidos de damasco, raso y terciopelo,

y de cuchillos, muy lindos damasquinos, muy ricamente guarnecidos de cadenas de oro y plata, y de muy pulidos borceguíes, zapatos y tocas muy finas, y arrearlos más que a las damas muy pulidas y hermosas. Y tiene por punto de honra y contien(d)en entre sí de quien más número tiene de garzones, más hermosos y más bien vestidos. Y para esto los envían a manadas y en compañía a pasear el Xuma (el viernes) y otros días por la ciudad, y a la marina y caompañía (sic por campaña?); reputando esto a una gran pavonada y gloria muy particular, que es la cosa más notable y más digna de llorar -que tal cosa se use entre los hombres, y con tanta desvergüenza y tan pública- de cuantas en el mundo pueden ser ni imaginarse" (100).

Aquel espectáculo que al casto Sosa le parecía digno "de llorar", el dramaturgo Cervantes lo había de incluir en su teatro de manera más sutil y distanciada, con menos crispación y un mayor esfuerzo por perfilar figura y situación tan magnificada por la propaganda cristiana anti-berberisca.

Al lado del mundo de los corsarios -muchos de ellos ex-cautivos y nuevos musulmanes sinceros o de conveniencia- estaba el mundo de los genízaros, "el cuerpo de la gente de guerra allá en Turquía..., hijos de cristianos que el Turco cada tres años manda coger de tributo por las provincias de Europa, a que los turcos llaman Romania" (101). En principio, aunque lo deseaban, no podían ser corsarios de la misma manera que los corsarios no podían entrar a formar parte de la milicia:

"Hasta que el año del Señor 1568 Mahamet Baxa, hijo de Sala Raez, rey de Argel, reconciliando a los genízaros con los cosarios, porque sobre esto había entre ellos muy grande enemistad, se ordenó que los genízaros pudiesen ir en los navíos de corso por soldados y que todo cosario o renegado cuando quisiese pudiese entrar en el número y paga de los genízaros. Y esta gracia se concedió entonces a los judíos que se hiciesen turcos, aunque en el mes de diciembre de 1580, siendo recién venido Jafer Baxa, rey de Argel, de Constantinopla, se reformó esto de los judíos porque, a petición de los propios genízaros, se ordenó que ningún judío hecho turco pudiese ser del número de los genízaros. Por lo cual, quitaron entonces la paga a más de cien de ellos. Y fue la causa de esta mudanza que se halló ser cierto que los tales no se hacían turcos por otro respeto sino para con el nombre de genízaros favorecer y amparar a sus hermanos y parientes judíos, que de todos son muy aventajados. Es también uso y costumbre que todos los hijos de genízaros y renegados, y sus nietos puedan, si quieren, ser genízaros, como son muchos" (102).

Los genízaros estaban organizados según una amplia escala militar. Sosa habla de diez grados, a los que da su nombre: Oldaxi o soldado simple; Udebaxa, como cabo de escuadra de 6, 8 o 10 soldados, según el parecer del Aga. Otraque, que controlaba 16 Udebaxis. Baduxa, los más ancianos, que sólo eran cuatro, como los cuatro Solachi que acompañaban al rey. Baluco Baxi o capitán de diversas escuadras. El Marbaluco Baxi asistía con los "Solachos" al rey yera como su enlace con el Aga. Yabaxa, hasta 20, acompañaban al rey a la mezquita los viernes, "llevaban en las cabezas unos penachos

altos blancos" y se encargaban de los aprovisionamientos de las expediciones o mahalas. El cabeza de los Balucobaxís era el más anciano o Baxi Balucobaxí.

"El décimo grado es Chaya del Aga o su lugarteniente, porque si el Aga está enfermo, o suspenso algunos días del oficio, como lo suelen los genízaros suspender muchas veces cuando hace alguna cosa que no les agrada o pareció mal, o ausente éste, hace el oficio de Aga; y lo mismo si el Aga muere, hasta que otro sea electo por Aga. Tiene este mucha autoridad entre todos y es en gran manera respetado" (103).

El Aga de los jenízaros era la máxima autoridad militar y por ello de gran influencia en el gobierno mismo, hasta el punto de deponer en ocasiones al propio "rey de Argel". Cada jenízaro tenía paga según su grado, que Sosa especifica con minucia. Los matices corsarios o depredadores que aparecen en el relato de sus funciones de soldado no eran muy diferentes, por otra parte, de lo que sucedía con los militares en las grandes expediciones cristianas de conquista de la época o en las cabalgadas. Habría que hacer un esfuerzo expositivo para intentar narrar, como Sosa hace para Berbería, lo coercitivo en el cobro de impuestos –ese "garramar"-- en el mundo cristiano.

"Todos estos genízaros, de que habrá en Argel y todo su reino hasta seis mil, están repartidos una parte en Argel y otra por las fronteras del reino... En Argel habrá de ordinario tres mil quinientos, hasta cuatro mil, los cuales tampoco están de continuo en Argel; mas todo el año, invierno y verano, salen de ella por el reino a todas partes en cuadrillas de cuatrocientos, quinientos, seiscientos y más, como es necesario y parece al rey, y ordena el Aga, a coger los tributos de los moros y alarbes, mano armada, porque de otra manera y a no ser forzados no pagarían, como dijimos. Andan en estas garramas de ordinario cuatro hasta cinco meses. Y venidos unos, van otros que descansan. Algunos, pechando al Aga con darle dos, tres o cuatro escudos, han licencia para no salir de Argel y estarse con sus hijos y mujeres, o por alguna necesidad que les sucede urgente.

"También otros huelgan más de ir en corso en los bajeles y galeotas, como van de ordinario. En tal caso, si va copia de genízaros en algún bajel o bajeles, el Aga les señala por cabeza a quien han de obedecer, que es el más antiguo anciano genízaro que entre ellos va, y le llaman su Aga. Pero muchos, y los más, huelgan de ir en las mahalas a garramar, que es, sin duda, para ellos una manera de rico corso y de robar por la tierra. Porque demás de que comen siempre por do van de lo que toman y roban a los moros y alarbes, los desuellan; por fuerza les toman hasta las mujeres, hijas e hijos; y con esto, les dan infinitos palos y coces. Y así, al cabo de la jornada, cuando vuelven, los más de ellos traen camellos y bestias cargadas de mucho trigo, miel, manteca, higos, dátiles y pasa, con que hacen... dineros, sin los que traen en las bolsas,

con que sustentan a sus amigos, mujeres e hijos...

"Como es uso, llevan una bandera de una cola de caballo en una asta. Y la causa de esta usanza de tener los turcos por tan principal y honrosa bandera esta cola de caballo, dicen ellos que ha procedido que, siendo una vez desbaratado el Gran Turco y tomadas todas sus banderas, un escuadrón que se salvó, después de se juntar y recoger en uno, se puso en ordenanza a su uso; y no teniendo bandera, cortaron a un caballo la cola y la pusieron por bandera en un asta; y combatiendo de esta manera, alcanzaron la vitoria que ya tenían perdida. Y por tanto, en memoria de este hecho, usa el Turco y su gente de guerra traer por principal insignia y bandera, en las más importantes jornadas, una cola de caballo" (104).

Como los corsarios, la incidencia en la vida cotidiana de la ciudad de esta población militar era grande, y más aún por su estatuto personal con amplia inmunidad. Recojo muy por extenso la descripción que hace Antonio de Sosa por ser de una gran plasticidad a la hora de intentar reconstruir la vida en la ciudad de Argel en aquellos momentos plenamente cervantinos.

"Acabada la jornada y vacando de la guerra y milicia, los (jenízaros) que son casados viven en sus casas hasta que salen fuera otra vez... Y de estos genízaros de toda suerte casados habrá en Argel como ochocientas casas.

"Otros, como son los renegados, se van a la casa de sus amos, a quien sirven y acompañan y de quien casi son bien recibidos, tratados y sustentados. Otros, porque así se les antoja y por vivir más a su contento, alquilan de camarada tres, cuatro, cinco y seis, y más, algún aposento do se dan a la buena vida. Pero los demás -y son la mayor parte- alojan en cinco casas grandes o alojamientos que los reyes pasados hicieron para esto, a do viven en camaradas a ocho, diez, doce y más en algunos aposentos altos y bajos, casi a manera de celdas de religiosos, en los cuales están repartidas todas aquellas cinco casas o alojamientos. Y hay casa de estas -a lo menos las tres- que, por ser grandes, recoge dentro en sí cuatrocientos, quinientos y seiscientos genízaros y más. Porque como cada uno no tiene más ropa y hacienda que lo que trae a cuestras; y dos o tres camisas, otros tantos zaragüelles que guardan en unas arquillas pequeñas, cuanto tres o cuatro palmos, y sus armas, que son un arcabuz, los frascos y alfange; y para dormir y cubrirse, lo que antes dijimos, una pequeña estera y una frazada con un capote, fácilmente y en pequeño espacio caben doce y quince, y más, principalmente, que comen, beben y duerme todos juntos y mezclados y tendidos por el suelo..."

Después de un paréntesis evocador de la época de Tiberio en Roma y los cuarteles pretorianos, típico del Sosa culto y con voluntad de clasicismo al uso --no el cervantino

que bromea con las citas eruditas en el Quijote-- tan patente en la introducción al diálogo de los mártires, retoma su recorrido evocador de la Argel de finales del XVI:

"Mas volviendo a los genízaros, el modo suyo de vivir es de esta suerte y manera.

"Eligen, como dijimos, cuando van a las mahalas, un dispensero entre sí a que llaman... Viquelargi; el cual tiene cargo de comprar la comida para todos. Y, ordinariamente, no es otra que arroz con manteca cocida, a que llaman pilao, o trigo cocido y después secado al sol y medio molido o, para mejor decir, cortado con la muela del molino, que cuecen con manteca como el arroz, a que llaman gurgu; y su pan, no mucho, y fruta si es tiempo de ella, y agua. Pocas veces comen carne; cuando mucho, la comen la noche antes del Xuma, que así llaman a su viernes, que para ellos es lo mismo que para nosotros el domingo. Y con esta parsimonia viven sanos, hartos, gordos y contentos. Y para el gasto de esta comida, leña, carbón y lo demás necesario para la cocina, contribuye cada uno igualmente el principio del mes o, como ellos cuentan, al principio de cada Luna.

"Demás de este dispensero eligen entre sí, de la misma camarada, otro para ser cocinero, a que ellos llaman Archi. Aunque, como dijimos, el más moderno de toda la camarada suele tener este cargo hasta que viene otro nuevo; y este tal cocinero no es obligado a contribuir para el gasto como los otros, mas por su trabajo come de balde; y por esta causa, y por ahorrar este gasto, suelen algunos, aunque sean ya ancianos, tomar de buena gana este trabajo y cargo de cocinar para todos.

"Esta ordinaria comida nunca les falta por dos causas y razones. La una porque, aunque se hundiese el mundo, ellos han de ser pagados muy bien cada dos Lunas; y de la misma manera que falte a toda la tierra y se mueran todos de hambre, aunque sea el mismo rey, a ellos no les ha de faltar el trigo y bastimentos, so pena que no solo saquearan todo el trigo y bastimentos que habrá en cualquiera casa -como hicieron en el invierno del año 1579, en que hubo hambre grande en Argel-, en las casas de los alcaides más ricos, pero en casa del rey entrarán y le romperán los magacenes, y tomarán cuantos bastimentos hallaren, aunque sean para su persona; y le saquearán toda la casa, y después de esto aún le maniatarán, si se les antoja, y en hierros le enviarán al Gran Turco, como han hecho a algunos y quisieron hacer a Asán Veneciano, renegado del Ochali, que entonces era rey.

"Ni ellos ni los moros tienen algún ejercicio militar; porque ni justan, ni tornean, ni tiran barra, ni esgrimen, ni saltan, ni corren, ni juegan pelota; ni cazan, habiendo en los montes y campañas infinidad de perdices, palomas, tórtolas, liebres y otras cazas. Solamente usan luchar algunos

en sus dos pascuas del año en el campo, do se juntan los viernes; y esto sin arte o maña alguna, porque todo es usar fuerza. Y solas estas dos fiestas de pascua corren caballos dos a dos y juegan cañas, pero también sin arte, aire o gracia alguna, mas cuanto solamente tiran unos a otros con las cañas. Lo que usan más ordinario es desafiarse uno con otro quién con más fuerza, más lejos y más cierto tira una flecha con el arco; para lo cual hay deputedos dos arenales, uno fuera de la puerta de Babazón y otro fuera de la de Babaluete. Otros, aunque pocos, salen a la campaña a matar algún pájaro para comer, con su arcabuz, y otros pasan más adelante, en las montañas que están a tres o cuatro leguas de Argel, matan algún puerco que venden a los cristianos sin tocarle.

"Otros, aunque pocos, hacen botones y pasamanos; y son sastres, barberos, zapateros y de otros semejantes oficios. Los demás todos viven una vida bestial, de puercos animales, dándose continuamente a la crápula y lujuria, y particularmente a la hedionda y nefanda sodomía, sirviéndose de mozos cristianos cautivos que compran para este vicio, que luego visten a la turquesca, o de hijos de judíos y de moros de la tierra y de fuera de ella, tomándolos y teniéndolos a pesar de sus padres, con los cuales están días y noches emborrachándose con aguardiente y vino.

"Algunos, mas muy raros, tañen vihuelas a su uso, que son como media calabaza de cuello largo partida toda por el medio, de manera que el hueco do retumba y se causa el son es redondo y tan hondo como la mitad de la cabeza de la calabaza partida. En este tal instrumento atan hasta tres cuerdas, que tocan muy desacordadamente, sin artificio o gracia alguna. Y lo mismo es del canto, que parece más aullido de lobos que voz humana de hombres. Y las canciones son compuestas en rima, mas generalmente todas muy sucias y torpes, en alabanza de muchachos y garzones, a los cuales festejan y dan música públicamente como a las más requebradas damas del mundo.

"Con esto, tienen tres cosas buenas. La una, que no reniegan o blasfeman, y cierto que es muy de notar que ni tampoco en la lengua turquesca o morisca hay palabras o vocablos con que se pueda exprimir y significar algún modo de blasfemia o reniego. La segunda, que no juegan naipes o dados, porque dicen que estos juegos son para bellacos y velitres, aunque muchos de los renegados hacen poco caso de eso. El ajedrez y tablas usan mucho, de la manera que usan los cristianos. La tercera, que raras veces reñirán uno con otro; y si esto acaece, todo es darse de puñadas. No echan mano a las espadas porque no las traen sino en la guerra, ni tampoco a los cuchillos, aunque todos los traen, porque si alguno tal hiciese, al momento todos los que se hallan presentes son obligados ser contra aquel que tal cosa intentase. Y por más injurias que se digan

o por más que se rasguñen y ensangrienten con puñadas la cara, luego al momento se apaciguan y se abrazan y se besan a la francesa.

"Y si alguno que no sea genízaro diere a un genízaro una puñada o solamente un repujón, y aunque no sea más que apartarlo de sí, con ponerle la mano en el pecho o en un brazo, la pena es cortarle la mano. Y si le mata, quemarle vivo o empalarle, o engancharle o romperle los huesos con una maza, como hemos visto hacer a muchos. Salvo si el delincuente, siendo cristiano, se vuelve moro o turco, porque en tal caso es perdonado... Y de aquí viene ser los genízaros de todos muy temidos y respetados. Y ellos tanto más soberbios, arrogantes y atrevidos. Y sobre todo lo son los cocineros de las camaradas, a los cuales no hay que estorbarles que no tomen y roben de las boticas y tiendas el pan, carne, huevos, gallinas, manteca, miel, fruta, berzas y todo en general cuanto ellos quieren, sin que les fuercen a pagarlo o dejarlo de las manos. Ni tampoco alguno se les ha de poner delante en las calles y campos por do pasen, o delante de las boticas do alguna cosa se vende, o a donde ellos se acuestan, porque luego echan mano a unas hachuelas que traen siempre fuera de casa en las manos, largas como dos palmos o poco más, por donde son conocidos, y rompen con ellas la cabeza o los dientes o algún brazo a quien les enoja o descontenta...

Tienen también esta costumbre: que todo hijo de genízaro, sea turco o renegado, dende niño tiene su paga, dos o tres dineros al día -el cual dinero se dice áspero, y vale cada uno menos de un cuarto-, y más si el rey así quiere y sus padres tienen favor" (105).

.....

NOTAS:

- (99).- Ib., II, p. 153.
- (100).- Ib., I, pp. 88-89.
- (101).- Ib., p. 60.
- (102).- Ib., p. 61.
- (103).- Ib., pp. 63-67.
- (104).- Ib., pp. 68-72.
- (105).- Ib. pp. 73 ss.

4.13.- El último legendario corsario de los tiempos heroicos, hombre pobre que llega a rey y gran almirante, el calabrés Euch Ali, apodado el Tiñoso o Fartaci.

El heredero de Dragut y del hijo de Jeredín Barbarroja, en cuanto a influencia política y poder en Berbería, fue un renegado italiano, calabrés, la contrafigura de Juan de Austria como Jeredín lo había sido de Andrea Doria en el periodo anterior, Euch Ali, el Ochali o Uchali de las fuentes españolas de la época.

El relato 16 de la serie del diálogo de los mártires de Argel de Sosa comienza con la llegada de un nuevo rey de Argel, "Aluch Ali", el más notable, legendario y novelesco de los personajes de la segunda mitad del XVI en Berbería. Afirma Sosa que Aluc en turco quiere decir renegado: "lo que nos llamamos renegado y los moros Elche, llaman los turcos Aluc". El relato es muy breve. "Un mancebo de nación italiano, cuyo nombre y patria con cuantas diligencias tengo hecho no he podido saber", que --como el mismo Euch Ali, recién llegado a Argel, y ahí reside el dramatismo de la historia y sumayor crueldad-- cautivado "muy mozo, o de grado o por miedo el demonio le engañó y le hizo renegar y hacer moro; "resolvió huirse para tierra de cristianos"; "en los mismos hábitos de turco en que andaba vestido y con su escopeta a cuestas, como janízaro, para ir más disimulado, partió de Argel tomando el camino de Orán". Cerca ya de Orán, en un aduar unos árabes sospecharon de él; "preguntaron enmorisco a dónde iba; el mancebo les respondió que iba a Mostagán". Después de registrarle y, "viendo que daminaba solo y sin carta o licencia alguna del rey", volvieron con él a Argel. Euch Alí, recién llegado, tras un novelado diálogo en el que el chico reafirmó su deseo --"soy cristiano y cristiano quiero ser"--, mandó darle cruel suplicio:

"--Tomad luego, sin esperar más, a este perro y enganchalde en un gancho.

"Así, le desnudaron hasta dejarle en carnes, aún sin calzones para cubrir las partes inferiores. Y para burlarse del soldado de Jesucristo, le vistieron colete viejo de cuero y muy sucio, diciendo que ahora, con aquel vestido, era cristiano y que estaba muy galán y bizarro soldado. De esta manera, atándole por la cintura con la sogá que, conforme a lo que otras veces hemos dicho, colgaba de la garrucha o polea que está en lo más alto de la horca, le alzaron hacia lo alto, y dejáronle caer, como es uso, con gran ímpetu abajo y de golpe; en tocando el gancho que abajo estaba con la punta hacia arriba, muy grande y muy aguda, fue traspasado fieramente de él por el estómago, y de tal suerte que la punta le salió por las espaldas...

Sería como medio día cuando le engancharon, y las cuatro cuando acabó de expirar... Dos días después le mandaron echar en el campo a las fieras y a las aves; de do ciertos cristianos, tomándole de noche, le enterraron en aquel cementerio de cristianos que fuera de aquella puerta está, a la marina. Sería el mártir bendito de Cristo cuando mucho de 22 años; apuntábele la barba, era pequeño de cuerpo, pocas carnes, caridelgado y bien blanco" (106).

Particular dramatismo encierra este relato porque al problema de identidad del muchacho renegado --"soy... quiero ser"-- responde el otro renegado adulto y rey con extrema crueldad; se intuye un trasfondo más allá del mero castigo intimidatorio y ejemplar de Euch Ali en el inicio de su mandato. He aquí la biografía del calabrés que se conociera en los medios populares ribereños del Mediterráneo, recogida por Sosa; también evocado por Cervantes en el Quijote, hay que tener en cuenta que, como Barbarroja, llegaría a ser gran almirante de la flota turco y el hombre más poderoso e influyente de Berbería.

"Este (Euch Ali) es natural del reino de Nápoles, de la provincia de Calabria, de un lugar pequeño que está cerca del cabo de las Colonas y que se dice Licasteli, de padres muy pobres y miserables. De su mocedad se dio al oficio de pescar y de barquero, hasta que fue tomado y capturado de un cosario principal que se decía Alí Amat, renegado griego, que fue muchos años capitán de Argel en la mar. Y como era ya mancebo y recio, y en la mar criado y curtido, el Alí Amet le puso luego al remo de su galeota, en que bogó muchos años.

"Y como era tiñoso, con la cabeza toda calva, recibía mil afrentas de los otros cristianos que no querían a veces comer con él ni bogar en su bancada. Y de todos era llamado Fartax, que en turquesco quiere lo mismo decir que tiñoso. Al último, dándole un día un levante -esto es, un soldado cosario- un bofetón, se hizo turco y renegado con intención de vengarse de él, pues siendo cristiano no lo podía hacer.

"Hecho turco, su patrón, sabiendo cómo era gentil marinero, le hizo a poco tiempo su cómitre; en el cual oficio ganó en pocos años buenos reales. Con los cuales, y en compañía de otros tales, armó en Argel una fragata o bergantín; y con éste, robando por esos mares, vino a hacer una galeota y a ser uno de los mejores arráeces de Argel.

"Después, ofreciéndole buenos partidos Dragut ("Dargut Raez"), que residía en los Gelves y se había hecho gran señor en Barbaría, acostose a él con su galeota. Y cuando el duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, emprendió la jornada de los Gelves, año 1560, para tomar aquella isla echando de ella a Dragut, sabiendo el Dragut de la venida de la armada cristiana, que estuvo todo un invierno y parte del verano muy de espacio en Siracusa de Sicilia y en Malta,

el mismo Dragut envió al Ochali a Constantinopla a gran priesa a pedir que viniese la armada turquesca a socorrerle.

"Y supo el Ochali negociar esto tan bien que el Turco fue contento de enviar a Piali Bajá, su general de la mar, con cien galeras y con mucha gente de guerra. Y siendo ya casi a veinte millas de los Gelves, dudando el Piali de embestir la armada cristiana, el Ochali fue el que le animó y persuadió grandemente a que lo hiciese. Y, así, salió con la victoria, tomando la mayor parte de las galeras cristianas; que apenas se escapó el mismo duque de Medina y Juan Andrea Doria con algunas de sus galeras; y a la postre ganaron los turcos el fuerte que los cristianos habían hecho en aquella isla, captivando a don Alvaro de Sande, general, y a don Gastón de la Cerda, hijo del duque (de Medinaceli), y a don Berenguer, general de las galeras de Sicilia, y a don Sancho de Leyva, general de las de Nápoles, con más de diez mil españoles y otros soldados viejos muy principales, en que había muchos capitanes, alféreces y oficiales, hombres todos de respeto.

"Desde entonces creció mucho la fama y reputación del Ochali, y particularmente el Piali le quedó muy aficionado. Después, en el año del Señor de 1565, cuando la guerra de Malta, el Ochali se halló en ella en compañía de Dragut ("Dargut Raez"); el cual siendo muerto sobre Santelmo, de un golpe que le dio en la cabeza una piedra que saltó de Santelmo, donde una bala había dado, el Piali Bajá, como general del Turco en la mar y de todos los lugares marítimos, por la afición que tenía al Ochali, le hizo rey y gobernador de Tripol en lugar del Dragut muerto, cuyo cuerpo mandó que llevase a enterrar.

"Partióse el Ochali con tres galeotas de Malta, y llegado a Tripol se apoderó de cuantos bajeles, municiones, ropa, dineros, esclavos y hacienda quedara del mismo Dragut. Gobernó a Tripol dos años y medio; en el cual tiempo se hizo muy rico, así con lo que quedara de Dragut como con el continuo corso y robar que hacía, saliendo de Tripol y robando por todas las marinas de Sicilia, Calabria y Nápoles.

"Y como él hacía tanto caso y fundamento de la amistad de Piali Bajá, enviábale siempre ricos presentes. El Piali, para gratificar estas buenas obras, hizo tanto que acabó con el Turco, como estaba descontento del Mahamet Bajá por lo que usara con los moros de Constantina, le enviase en su lugar por rey y gobernador de Argel.

"Llegó, como dijimos, a Argel en principio del mes de marzo del año 1568. Andaba entonces muy viva la guerra de Granada, con los moriscos de aquel reino que se habían levantado; los cuales, importunando al Ochali por cartas y mensajeros

que los quisiese socorrer, aunque dio licencia a algunos cosarios y turcos que pudiesen ir allá a su costa y riesgo, él nunca quiso enviarles socorro formado ni cantidad alguna de gente. Diciendo que le convenía más atender a la conservación de Argel y de su reino.

"Antes, muchos, embarcando muchas espadas, escopetas y armas para llevar al reino de Granada y vender a los moriscos, lo cual procuraban y solicitaban grandemente algunos moriscos de España que antes se habían pasado a Argel y Berbería, el Ochali fue a estos a la mano, no consintiendo que despojasen a Argel, como él decía, de las armas necesarias. Pero, importunado, al último dio licencia que quien tuviese dos armas de una misma suerte pudiese enviar una a los moriscos de Granada, y por amor de Dios, como ellos decían, y por servicio de su Mahoma, graciosamente y sin dinero; y que todas estas armas se juntasen en una mezquita que está en el zoco de la verdura, do cada uno que quería llevaba la suya. Y fueron tantas que pusieron grandísimo espanto. Tan diligentes andaban y tan liberales los moriscos de España en hacer esta obra pía y santa. Pero aún de estas, tomó el Ochali algunas para el común o magacén de la ciudad, y las demás dio licencia que las llevasen.

"En este mismo año de 1568 comenzó el Burgio o castillo que hizo fuera de la puerta de Babaluate, que mira para poniente, para efecto de defender con él... si la armada cristiana viniese sobre Argel" (107).

En los medios populares cristianos debió haber no pocas leyendas sobre el calabrés tiñoso Euch Alí, y parece que se le llegó a creer criptocristiano. Como había sucedido con Barbarroja en la época de Carlos V, Felipe II mantuvo contactos con Euchali, a quien los servicios secretos españoles e italianos, coordinados desde Nápoles, tenían perfectamente localizado, Dionisio Galea, hijo de Pippa del Chicco y con familiares vivos en varias ciudades de la región. Durante la guerra de las Alpujarras estos contactos fueron a través del "enigmático Francisco Gasparo Corso, domiciliado en principio en Valencia, y que en 1569 se instaló en Argel, adonde lo había destinado el virrey de Valencia" (108). Pero esta es otra historia que desborda este libro de maravillas -la documentación en Simancas es abrumadora y se merece un tratamiento más atento- y por lo tanto debemos volver para quedarnos sólo con las fuentes impresas más globales y sus pistas más reseñables para intentar captar aquella realidad compleja y tantas veces mal o mañosamente narrada.

La ambigüedad del renegado podía inclinarse hacia la extrema crueldad o hacia la benevolencia. Si Sosa mostró un Euchali cruel en el relato que abre este capítulo, en el relato 22 del diálogo de los mártires de Argel --tantas veces citado según esa numeración inventada para poder mejor entrar a saco en los textos de Sosa-- se muestra un acto de benevolencia del corsario calabrés y rey, con un discurso literario significativo que justificaba el perdón hacia galeotes cautivos rebeldes:

"Mostrándoles (Euchali) el brazo derecho, que tiene estropeado, les dijo:

"--Veis aquí este brazo que cristianos esclavos, alzándose con un bajel mío en otro tiempo y dándome muchas heridas por matarme y poder haber libertad, me estropearon. Y, ultra de esto, se me han alzado con otros dos bajeles míos y matado muchos turcos por alcanzar su libertad. Y, de todo, no me he maravillado porque todo cautivo, y esclavos obligados, es buscar modo y manera cómo salir de su cautiverio. Y esta es la usanza de la guerra... Quitaos de esa demanda y de querer matar a los pobres cristianos" (109).

Corsarios y jenízaros habían sido los dos colectivos fundamentales de aquella sociedad berberisca a la que Euch Ali llegaba como rey en marzo de 1568. Todos los gobiernos de Argel debieron contar con aquellos dos colectivos, como ya se ha visto en la evocación de los reyes hasta Euch Ali. Euch Ali procedía de los medios corsarios y llegó a tener graves problemas con los jenízaros de Argel, lo mismo que le había sucedido a Hasán Bajá. El final del reinado de Euch Ali en Argel, después de la conquista de Túnez de 1569, parece que fue una huida, a principios de 1571, a causa de los problemas surgidos con las pagas militares.

"Vuelto a Argel el Ochali, todo aquel año y todo cuanto tiempo después estuvo en él, vivió en muy grandes disensiones con los genízaros; y la verdadera causa de esto era que no les acudía presto con las pagas, como querían, por lo cual muchas veces le amenazaron querer matar, y estuvieron muy a punto de hacerlo.

"Y, por tanto, en principio del año 1571 hizo con toda diligencia aparejar todos los navíos que pudo. Y siendo el mes de abril se salió de Argel como huyendo con veinte galeras y galeotas; y, dado caso que hacía viento y marea contraria todavía, por verse libre de los genízaros que le querían estorbar la salida del puerto, salió a la mar; y porfió tanto por llegar a Metafuz que, en su galera, reventaron dos cristianos bogadores con la fuerza de bogar.

"Y pensando los genízaros que con todo se detendría en Metafuz, enviaron luego tras él por tierra a veinte de los más principales Balucos Baxis, para que le hiciesen volver o, si no, amotinasen a los soldados y genízaros que iban en los bajeles. Pero él, al momento, así como hacía contrario tiempo, se partió de Metafuz y cuando estos Balucos Baxis llegaron no le hallaron allí.

"Quedaba en su lugar el mismo renegado, su mayordomo, que el año antes había dejado, el alcaide Mamí Corso, a quien con todo obedeció en paz toda la tierra" (110).

Viaje de huida que debió ser mítico narrado en los medios argelinos de los que lo escuchara el cautivo Sosa. Viaje de huida que fue el arranque del encumbramiento definitivo de Euchali en la corte otomana. Después de Lepanto, en donde el calabrés con sus tácticas corsarias consiguió llevar a Estambul la única parte de la armada turca que

se salvó del desastre, por influencia del anciano Piali recibió el encargo de reorganizar toda la flota otomana.

"Después que el Ochali, todo aquel verano, juntamente con la armada turquesca, hizo muchos daños en la isla de Candía y de Zirico, que son de venecianos, se dio la Batalla Naval entre las dos armadas. En la cual cupo el cuerno siniestro al Ochali; y él, como corsario y sagaz, se anduvo entreteniéndose siempre de manera que nunca quiso al principio embestir ni abordarse a las galeras cristianas, estando siempre a punto para huir si le fuese menester. Pero después que vio que las galeras de Malta, que le estaban cerca, estaban muy trabajadas, acostóse a ellas y con sus arcabuceros mató un gran número de caballeros e hirió a los demás; de manera que sus soldados entraron libremente en la capitana de Malta y la rindieron.

"Pero luego, a poco rato que la victoria se declaró por la parte de la armada cristiana, él recogió sus galeras y galeotas y comenzó a huir, dejando la capitana de Malta, a que ya había dado un cabo para llevar; y, con todo, llevó consigo el estandarte de la Religión (de Malta) y se acogió. No paró Ochali hasta que llegó a Lepanto; do, siendo del todo certificado del desbarato de la armada turquesca, no osó esperar más y se fue a Constantinopla. A do, con el favor de Piali, su amigo, que aún vivía, y con presentar el estandarte de la Religión de Malta que ganara, supo tan bien defender su causa que el Turco no sólo no se enojó con él, pero a pocos meses -ofreciéndose él muy osadamente a que si le daban bastante armada no sólo defendería las tierras del Turco de la marina, pero que pelearía de nuevo con la armada cristiana si saliese el año siguiente- hizo(le), por voto de Piali, general de su armada y de toda la mar" (111).

Después de rehacer la flota durante todo el invierno siguiente a Lepanto, Euch Ali se convirtió en el árbitro de los asuntos de Berberia. En el verano de 1574 reconquistó Túnez, que Juan de Austria había ocupado después de Lepanto, coordinando todas las fuerzas de Berbería. Sigue la síntesis de Sosa:

"El año siguiente de 1573 fue el señor don Juan de Austria a Túnez y ganó aquel reino y ciudad para la corona de España. Lo cual sabido por el Ochali, recibió muy gran pesar. Y luego, con grande instancia que hizo, acabó con el Turco que le enviase con su armada el año siguiente a Túnez; prometiendo de no solamente ganar a Túnez y el fuerte que los cristianos allí hacían, pero también a la Goleta, aunque tuviese fama de ser muy fuerte e inexpugnable. Consintió el Turco a su demanda y dióle por compañero para las cosas de tierra -porque no se apartase de la armada de la mar- a un turco, renegado de nación bosnio, que se decía Asán Bajá.

"Llegó a Túnez en el mes de julio de 1574

con doscientas cincuenta galeras, diez maonas y treinta caramuzales cargados todos de gente, artillería, municiones y vituallas. Juntóse allí con el rey de Argel, Arab Amat, que fuera enviado por el Turco los años atrás, en su lugar, como dijimos, y el que era rey de Tripol y el alcaide de Cairuán, con los turcos que de Túnez se habían allí retirado en la llegada del señor don Juan y de su armada. Juntáronse también con él infinitos moros y alarbes de la tierra que le vinieron a servir, siendo amigos de novedades. Con tanta gente, plantó cuatro baterías, dos contra el nuevo fuerte que Gabriel Cervellón había hecho por orden del rey de España, de una de las cuales tenía cargo el rey de Tripol, y de otra el alcaide de Carruán, y obedecían todos a Asán Bajá, compañero del Ochali. Él, para sí, tomó el cargo de batir la Goleta. A la cual plantó también dos baterías de grandes basiliscos muy reforzados, una por la parte de Arráez y otra por la de Cartago; la de Arráez encomendó a Araba Amat, que fuera poco antes rey de Argel, y la de Cartago tenía él mismo a su cargo. Y, finalmente, en menos de cuarenta días, por su industria y esfuerzo, se ganaron ambas fuerzas, y con muchos cautivos y mucha honra se volvió a Constantinopla victorioso y muy contento" (112).

A partir de entonces se puede decir que se estabilizó el dominio turco en Berbería. En Trípoli, en Túnez y en Argel hubo desde entonces gobiernos autónomos bajo la autoridad de gobernadores enviados desde Estambul con periodicidad variada, lo que se dio en llamar Regencias berberiscas.

NOTAS:

- (106).- Haedo, II, pp. 103-106.
- (107).- Ib., I, pp. 346-349.
- (108).- Braudel, op. cit. I, p. 209.
- (109).- Haedo, III, p. 137.
- (110).- Ib., I, pp. 355-356.
- (111).- Ib., pp. 356-357.
- (112).- Ib., pp. 358-359.

4.14.- El gobierno de dos años del alejandrino Arab Amat y el de uno de los reyes más amados en Argel y en Berbería toda, RamadánBajá, renegado sardo casado con una renegada corsa, hombre de confianza de Euch Alí.

En marzo de 1572 llegaba a Argel el alejandrino Arab Amat y se hacía cargo del gobierno que, en ausencia de Euch Ali, había ejercido con toda tranquilidad su "califa" Mamí Corso. Arab Amat era "de nación moro o alarbe, nacido en Alejandría de Egipto...

"Crióse este Arab Amat desde mozo entre los turcos; y por tiempo, habiéndose pasado a Turquía y a Constantinopla, vino a ser guardián de los esclavos del Turco, cargo de preminencia grande, honra y provecho por lo que roba el que le tiene de lo que se manda dar y proveer a los pobres cristianos esclavos. Y como era hombre de buen juicio y entendimiento, supo negociar tan buenos amigos que ellos fueron parte cómo, proveído el Ochali de bajá de la mar y por tanto vacando el gobierno de Argel, fuese el Arab Amat proveído en su lugar" (113).

Gobernó Arab Amat en Argel entre marzo de 1572 y mayo de 1574, dos años de peste terrible y mortandad altísima; Sosa calcula que murieron hasta un tercio de los argelinos en ese tiempo. Hay bastante documentación sobre este personaje y sus contactos discretos con los españoles a través de Valencia y Murcia, pero quede para otro lugar. Cuando en mayo de 1574 venga a gobernar en Argel RamadánBajá, Arab Amat pasará al gobierno de Túnez y, tras dos años, a Chipre, en donde había de ser asesinado por los jenízaros.

"En el año 1574, cuando el Ochali fue sobre la Goleta y fuerte de Túnez, hallóse (Arab Amat) en aquella jornada; porque llegado su sucesor RamadánBajá a Argel en fin de mayo y sabiéndose cómo el Ochali bajaba con la armada a la Goleta, él luego se salió de Argel con tres galeras suyas y cuatro de otros amigos, bien armadas; y deteniéndose algunos días en Bugía, luego que se supo que el Ochali llegara a la Goleta, se fue a juntar con él con las siete galeras que llevaba. Y a él encomendó el Ochali una de las baterías de la Goleta, de la parte de Arráez, en el cual cuadro se mostró el Arab Amat hombre diligente y esforzado; no solamente mandando, pero también peleando a las veces en persona como cualquiera soldado común. Tomada la Goleta y fuerte, fuese con el Ochali a Constantinopla.

"Después, en el año 1577, el Turco le envió por rey y gobernador de Chipre. En este cargo estuvo todo aquel año. Mas en el 1578, amotinándose contra él los genízaros de aquel reino en la ciudad de Famagusta, porque no les pagaba cómo y al tiempo que querían, entraron violentamente en su casa y le cortaron la cabeza. De manera que en Argel fue rey dos años y dos meses y en Chipre un año cabal.

"Cuando salió de Argel comenzaba a encanecer y era hombre de 50 años. Cuando murió, de 54. Fue hombre robusto, muy lleno de carnes, muy moreno, muy peludo y barbado, con pelo negro, de mediana estatura, muy colérico y cruel. Y como en su tiempo hubo grandísima peste en Argel y los reyes allí heredan... a todos los que mueren sin hijos -y si son moros, aunque los tengan si no son hijos varones, y aunque los tengan heredan tanta parte cuanto un hijo-, hizo un grandísimo tesoro entonces de estos heredamientos y de otras cosas. Dejó un hijo, que fue capitán de fanal y tenía dos galeras suyas bien armadas, que se llamaba Mahamet, el cual residía en Constantinopla" (114).

El sucesor de Arab Amat fue uno de los gobernantes -como el hijo de Barbarroja, Hasán Bajá, o el defensor de la ciudad ante Carlo V, Hasán Aga- más queridos y populares de Argel: Ramadán Bajá. Hombre de total confianza para Euch Alí, a él le encomendó el gobierno de Túnez tras su conquista de 1569; a la llegada de Juan de Austria, Ramadán Bajá debió refugiarse en Cairuán. Gobernó en Argel desde mayo de 1574 hasta junio de 1577, y durante su gobierno comenzó el cautiverio de Miguel de Cervantes. Una embajada de Argel había ido a Estambul a solicitar el envío de Ramadán Bajá como rey; era bien conocido en la ciudad, pues allí había crecido desde niño y allí había labrado su fortuna. La embajada de 1573 y estos tiempos, así como la figura misma de RamadánBajá, son de gran interés:

"En el fin de mayo del dicho de 1574 tomó posesión de Argel Ramadán Bajá, renegado sardo. Este fue tomado cuando niño, guardando en Cerdeña unas pocas cabras de su padre; y como su patrón, un mercader de Argel turco que le compró, viese que era mozo hábil y bien inclinado, púsole a la escuela, do deprendió muy bien la lengua turquesca y morisca, y a leer y escribir ambas lenguas. Vivió muchos años con su patrón. Y siendo grande se casó con una renegada corsa, ocupándose en su mercancía y, después, en ser alcaide de algunos lugares. En el cual cargo, que tuvo muchos años, ganó mucha riqueza; y después mucha honra y crédito, siendo tenido de todos por hombre justo, recto, manso y benigno, como realmente lo era, y de juicio y prudencia notable entre los turcos.

"Por esta causa, cuando el Ochali fue a ganar el reino de Túnez el año de 1569, le llevó en su compañía. Después, en el año de 1570, volviéndose para Argel, le dejó por gobernador de aquel reino; porque siendo hombre tan cuerdo, prudente, justo y benigno juzgó,

y con razón, que él mejor que ninguno otro tendría quietos y contentos a los moros de aquel reino nuevamente adquirido. No se engañó nada el Ochali. Porque los gobernó con mucha paz hasta que el señor don Juan de Austria, ganando en el año del Señor de 1573 la ciudad de Túnez, le hizo retirar al Cairuán con todos cuantos turcos tenía".

La fama del buen gobierno tunecino de Ramadán Bajá debió ser muy apreciada en Argel por sus viejos convecinos:

"En el año 1573 enviaron los moradores y vecinos de Argel a suplicar al Turco que, habiendo de enviar sucesor al Arab Amat, rey de Argel, les diese al dicho Ramadánpor rey; porque por su bondad era de los de Argel -donde desde niño se criara- muy querido y amado. Y para acabar esto enviaron a Constantinopla, en la galeota de Mamí Arnaut, capitán de la mar -que se iba allá a quejar del Arab Amat porque le había quitado aquel cargo de capitán y dado a otro renegado albanés que se decía Morat Ruez el Grande-, el principal morabuto o letrado, que se decía Cid Butaybo. También fue en esta misma galeota Muley Maluch, hermano del rey de Fez Muley Abdala y tío de Muley Mahamet, con quien después hizo guerra y murió juntamente con el rey de Portugal don Sebastián en una misma batalla, año 1578, en el mes de agosto. La ida de este Muley Maluch a Turquía era a pedir al Turco le quisiese favorecer para cobrar el reino de Fez, de donde estaba, muchos años había, desterrado en Argel, con miedo de su hermano Muley Abdala" (115).

En efecto, Ramadán Bajá se había trasladado de Cairuán a Argel en un momento muy importante para todo el Magreb, para Berbería. A la conquista de Túnez por Euch Alí, Ramadán contribuyó con el envío de refuerzos al mando de Arnaut Mamí; a finales del año 1575 -recién llegado Cervantes a Argel cautivo- emprendió una expedición a Fez con el pretendiente rey Abdelmelec --"Muley Maluch", escribe Sosa, el Muley Maluco cervantino— que fue todo un éxito. El gran proyecto tan querido de Euchali de una Berbería bajo control turco que incluyera a Marruecos no había de prosperar, sin embargo. Ramadán Bajá, después de dejar a Abdelmelec en el trono marroquí, volvió a Argel cargado de riquezas. En Fez quedaba una guarnición de

"mil azuagos moros que llevaba, y con ellos algunos turcos, que serían como trescientos; y por su voluntad y por ruegos del mismo Muley Maluch, se quedaron también muchos turcos principales, a que ofreció buenos partidos, con que ganó luego el reino de Marruecos (Marraquech) y otros, e hizo huir a las montañas a Mahamet..., el negro rey de Fez -recién destronado-, sobrino de Muley Maluch" (116).

Este rey destronado, el negro Muhammad al Mutawakkil, había solicitado ayuda al rey don Sebastián de Portugal; en agosto de 1578 se enfrentaron los tres reyes en la batalla de Alcazarquivir -o de los Tres Reyes- y murieron los tres. Un hermano de

Abdelmelec, Ahmad, con el nombre de Al Mansur, le sucedió y reinó durante un cuarto de siglo (1578-1603), en cierta manera apogeo del periodo Saadí. En el verano de 1582 todavía Euchali soñaba con una expedición al reino de Fez, pero no iba a tener lugar.

Era este el tiempo de Cervantes en Argel, el tiempo en el que Antonio de Sosa y él se conocieron -debió ser por abril de 1577-, y su primer intento de huida, por el que su amo griego Dalí Mamí le maltrató, debió estar sin duda en relación con la expedición a Fez de Ramadá Bajá antes evocada.

"En el (año) de 1577, a los 29 de junio, día de san Pedro y san Pablo, llegó a Argel Asán Bajá, renegado del Ochali de nación veneciano, que el Turco envió por sucesor. De manera que reinó Ramadán en Argel tres años y un mes. El cual tiempo estuvo Argel en la mayor tranquilidad y sosiego que nunca; porque gobernaba el RamadánBajá con tanta justicia y equidad que no había un solo hombre que se quejase. Y no se puede decir de cuáles fuese más amado, si de los moros o de los turcos. Y así, cuando vieron que le quitaron el cargo, a todos en general pesó grandísimamente" (117).

Antes de abordar el gobierno de Hasán Veneciano -el rey berberisco cervantino por excelencia-, hombre de confianza de Euch Alí como Ramadán Bajá, es de interés reseñar otro importante proyecto para Berbería del que este último iba a ser figura importante. Un proyecto de estructurar lo que hoy se denominaría Gran Magreb, paradójicamente planeado por un calabrés, un sardo y un veneciano nuevos musulmanes o turcos de profesión. Después de su gobierno en Argel, Ramadán Bajá estuvo dos años en Túnez tras un viaje a Estambul. El proyecto era crear en Tremecén un gobierno autónomo, como el de Argel, Trípoli y Túnez, diseñado para atraer a la órbita turca el reino de Fez -y Marruecos, en general-, su vecino, territorio del que Ramadán había de ser gobernante perpetuo. Casi otro "príncipe nuevo". Aunque sea un poco extenso, merece la pena recoger el relato completo de Sosa de aquellas complejas negociaciones y fantasías políticas.

"En el mes de agosto siguiente (1577), a los 19 días de aquel mes, partió (Ramadán Bajá) de Argel para Constantinopla en la galera de *san Pablo*, de Malta, que los corsarios de Argel habían tomado aquel año, en el primer día de abril en la isla de san Pedro, junto a Cerdeña -que le cupo a su parte, porque todos los bucos o cascots de navíos que se toman tocan a los reyes de Argel-, yendo en su compañía otras cinco galeras de Turquía que habían acompañado a su sucesor Asán Bajá.

"En Constantinopla negoció de manera que el Turco, informado de sus servicios y muy buen modo de gobierno, luego le envió a Túnez por rey y gobernador de aquel reino. Entró en Túnez mediado el mes de octubre, do fue recibido de todos con muy grande alegría, conociendo su justicia y bondad. Gobernó aquel reino dos años cabales, en mucha paz y quietud, y con trato de todos los moros, turcos y alarbes.

"En el octubre del año 1579 le envió sucesor el Turco. Y, sin él lo procurar, le envió el cargo de gobernador perpetuo –cosa que pocas veces y a muy pocos se concede-- de la ciudad y reino de Tremecén; con título no de alcaide, como hasta allí todos lo habían tenido, y que no fuese sujeto a los gobernadores y reyes de Argel, mas que tuviese título de bajá y rey, exento y fuera de toda jurisdicción de Argel.

"Y como entonces fuese el Turco informado que el rey de Fez, hermano de Muley Maluch y su sucesor, trataba de hacer alianza y amistad con el rey de España Filippo II, y no querer reconocer por superior al mismo Turco, como su hermano Muley Maluch; ni después de la batalla -en que murieron los tres reyes, el de Portugal y Muley Maluch y Muley Mahamet-, aunque ganara tanta riqueza, le había enviado ni presente, ni embajada, habiéndole él desde Constantinopla enviado uno con una muy rica espada, y que de su parte le visitase y diese el parabién de la victoria y nuevo señorío y reinado; antes, degollara los más de los turcos que en su reino había, sospechando -como fue entonces cosa muy creída y pública-- que, antes, quería hacer guerra a los turcos de Argel, juntamente con el rey de España.

"Envió comisión juntamente al dicho Ramadán Bajá para que desde Tremecén se informase bien de la intención del rey de Fez y de sus designios. Y si fuese como le habían informado, que le hiciese toda la guerra posible y procurase echar fuera de aquel reino; mandando al rey de Argel que le diese toda la gente, artillería y municiones necesarias. Y, aún, que los reyes de Tripol y Túnez, en todo lo que por su parte fuesen requeridos, le ayudasen y diesen favor de cuanto fuese necesario.

"Con intención de hacer todo esto, se partió Ramadán Bajá de Túnez para Bicerca, a embarcarse en su galera *san Pablo*, que allí tenía, y caminar a la vuelta de Argel y de Tremecén. Cuando, en fin del mes de noviembre, estando él en Bicerca y alojado en algunas tiendas de campo con toda su casa, aguardando que su galera y otros navíos que le habían de acompañar se alistasen del todo, llegó una galera de Argel que los genízaros de él enviaban al Turco, con grandes quejas y capítulos de Asán Bajá, renegado veneciano que gobernaba Argel. En la cual iban, demás de algunos genízaros y balucos baxis principales, algunos moros de algunas tierras del reino de Argel que los genízaros procuraron que fuesen para en persona informar al Turco de los grandes robos, fuerzas y vejaciones que el Asán Bajá había contra ellos usado. Y entre ellos, y por parte de la ciudad de Argel y para el mismo efecto, iba el morabuto Cid Butaybo, caçiz de la principal mezquita de Argel.

"Todos llevaban comisión de parte de todo el reino de Argel

para pedir al Turco les diese por rey al mismo Ramadán Bajá. Entendido que hubo esto, procuró mucho que esta galera no pasase más adelante, y escribió a los genízaros de Argel que, por su amor, dejaran estas pasiones con el dicho Asán Bajá, rey de Argel, tirando a dos fines. El uno, que si acababa esto con los genízaros, le quedaba en mucha obligación el Ochali, que era amo y patrón del Asán Bajá, que fue el que le procuró el gobierno y cargo de rey de Argel; y si no lo acababa, que a lo menos el Ochali, sabiendo que los de Argel le pedían a él por rey en lugar de su renegado, no podría pensar que él lo procurara. Tanto respeto tienen todos al Ochali, por su gran potencia y mando.

"En conclusión, ni los genízaros de Argel lo quisieron hacer como les había pedido Ramadán Bajá, antes enviaron luego, como por la posta, otros balucos baxis a Bicerta por tierra para que prendiesen a los que iban en la galera, que no habían querido proseguir adelante; y los enviasen a Argel maniatados y con grillos, y ellos fuesen en su lugar. Tan indignados estaban. Ni los que iban en la galera y se hallaban en Bicerta osaron, con temor de los genízaros de Argel, aguardar allí más ni esperar nueva orden.

"Idos ellos, Ramadán Bajá, con esperanzas que sería proveído por rey de Argel, se entretuvo más en Bicerta. Y no se partió hasta que fue el mes de marzo de 1580; en el cual, a los 15 días del mismo, partió para Argel y llegó a los 4 de abril. Y como entonces hubiese muy grande necesidad de agua del cielo para los panes y frutos porque había muchos días que no llovía, acaeció que, luego, aquella noche que llegó el Ramadán Bajá al puerto de Argel, y aún antes que desembarcase, llovió una buena cantidad de agua. Por lo cual toda la ciudad comenzó a pregonar que, por los merecimientos de Ramadán Bajá, que era hombre santo y morabuto, había Dios dado en su llegada aquella agua.

"Desembarcado que fue, no estuvo en la ciudad -aunque tiene en ella muy buenas casas- más de tres días. Y luego se salió y se fue a una masaría o granja muy grande suya, que tiene a cuatro millas de Argel; do, en unas casas que allí tiene pequeñas, y en muchas tiendas de campo, alojó con todos sus renegados y familia grande que traía; echando fama que se aparejaba para ir luego a Tremecén, por no dar sospecha de sí al Asán Bajá, rey de Argel, que era en todo muy malicioso y maligno.

"Después, con achaque de que no se acababa una galeota de su yerno, el alcaide Chader, alcaide de Constantina, de que tenía necesidad para llevar consigo por mar, y también que aguardaba a su chaya o mayordomo, que dende Bicerta había enviado en la galera de los genízaros -de que hablamos atrás- a consultar al Turco algunas cosas, se entretuvo más. Y siempre confiando que él sería rey de Argel.

"Hasta que, siendo los 29 de agosto, llegó a Argel Jafer Bajá, el Capón, que vino para ser rey de Argel. Por lo cual determinó entonces el Ramadán de ir en persona a Constantinopla, en compañía de Asán Bajá, que acababa de ser rey. Y embarcándose en su galera *san Pablo*, de Malta, partió juntamente con el Asán a los 19 de septiembre del mismo año 1580" (118).

A Cervantes pudo rescatarle a última hora fray Juan Gil, cuando ya lo habían embarcado en una de las galeras de Hasán Bajá a punto de salir, en compañía de Ramadán Bajá, hacia Estambul. Finalmente, he aquí la evocación de Ramadán Bajá en esos momentos:

"Era RamadánBajá hombre de 55 años, de estatura no muy grande ni pequeña, moreno de color, bien barbado y de pelo negro, cara redonda y de ambos ojos un poco bisojo. Era hombre de buen gobierno -como dijimos- y amador de justicia y nada codicioso. Y muy aficionado a la lición (lectura) de libros arabescos y turquescos y de su ley, en los cuales de continuo ocupaba el tiempo que los negocios le vacaba. Nunca tuvo más de una sola mujer, renegada corsa; tenía un hijo de edad de 21 años y dos hijas, la mayor casada con un renegado español rico que se decía el alcaide Mamí Español, y otra con el alcaide Chader, hijo de un renegado napolitano" (119).

NOTAS:

- (113).- Ib., pp. 361-362.
- (114).- Ib., pp. 363-364.
- (115).- Ib., pp. 365-366.
- (116).- Ib., pp. 369 y 368.
- (117).- Ib., 370.
- (118).- Ib., pp. 370-372.
- (119).- Ib., p. 374.

4.15.- La figura exuberante de Hasán Veneciano y la estabilización definitiva de una Berbería turca sin el reino de Fez. Clasicismo del régimen jenízaro-corsario en el momento de la vuelta a España de Miguel de Cervantes y del regreso a Italia de Antonio de Sosa.

En 1580 el gobierno de Hasán Veneciano entró en crisis; el enfrentamiento con los jenízaros, tan frecuente con Euch Alí y los de su casa, los periodos de hambre y el temor ante los preparativos bélicos de Felipe II destinados a Portugal debieron contribuir no poco a ello. Euch Alí, Ramadán Bajá y Hasán Veneciano parecían aún figuras centrales para la vida y futuro de Berbería. Euch Alí tenía 61 años, era el jefe de la armada otomana, con misiones incluso en el mar Negro, pero volvía como por querencia a su Berbería. Ramadán Bajá tenía 55 años, una vida familiar ordenada y tranquila, con sus hijas casadas con miembros de la oligarquía económica y administrativa argelina: un rico español y el hijo de un napolitano, todos nuevos musulmanes. Hasán Veneciano tenía 35 años y estaba en el orto de sus ambiciones; desgracias familiares -un hijo pequeño y un sobrino veneciano muy querido muertos-, la azarosa vida política y su carácter violento debían perfilarse como un personaje conflictivo, pero el favor de Euch Alí era incondicional, casi apasionado. Hasán Bajá fue el verdadero heredero de Euch Alí, a su muerte, el último gran político-corsario berberisco herederos de los Barbarroja. Detrás de ellos, en estos momentos, estaba también la sombra de la sultana madre, recién caído el poder del visir Mehmet Sokoli en 1579, tras catorce años de gran influencia.

He aquí la evocación de la novelesca biografía de Hasán Veneciano:

"Sucedió al Ramadán Bajá Asán Bajá, renegado veneciano. Este, siendo muy mozo y navegando en una nave esclavona o ragueca que Dragut Raez ("Darguz"), rey de Tripol, combatió, sirviendo de mozo del escribano de la nave, fue cautivado de los turcos y llevado a Tripol de Barbaría. Llamábase, cuando cristiano, Andreta. Cupo en la división de la presa a un turco levente, el cual le hizo renegado y le tuvo mucho tiempo; hasta que, muriendo sin hijos, vino toda su hacienda y el mismo Andreta, o Asán -que así le pusieron nombre haciéndose turco-, al poder de Dragut ("Dragut") Raez. Muerto el Dragut sobre Malta el año 1565 y sucediéndole el Ochali, renegado calabrés que tomó para sí cuanto el Dragut había dejado, quedó el Asán por esclavo y renegado del Ochali. Y como fue siempre astuto, entremetido, audaz, atrevido y desenvuelto, con esto y con otras bellaquerías de turcos, vino a ser muy querido del Ochali.

Y, así, cuando fue proveído de rey y gobernador de Argel, le hizo su elami, esto es, tesorero o recaudador de sus rentas y pagador de todas sus pagas.

"En este mismo oficio sirvió después al Ochali cuando se fue a Turquía y fue hecho bajá y general de la mar. Pero como de su condición fuese en extremo ambicioso, inquieto y codicioso, no había oficio en casa de su patrón en que él no se entremetiese, hasta en querer mandar los esclavos y cautivos. De los cuales fue siempre tan temido como un demonio, por los grandes tormentos y terribles crueldades que con ellos usaba. Finalmente, hízole el Ochali capitán de una galera; y saliendo a la mar con su patrón, él siempre había de llevar, a pesar de todos, los mejores bogadores que en toda la chusma y baño del Ochali se hallasen; los cuales también habían de ser los más apaleados y aporreados de todos cuantos fuesen en la armada, porque su galera fuese siempre delante de cuantas había.

"Hallóse en persona cuando el Ochali tomó la Goleta. Y finalmente, el año 1577, por sus grandes importunaciones hubo Ochali de procurar cómo le hiciesen rey de Argel. Temeroso –como quien conocía la condición del Asán-, y así se lo dijo muchas veces, que se hubiese bien en aquel cargo, porque no le sucediesen más disgustos con los genízaros de Argel -que son gente indomable- de los que él mismo habían en su tiempo sucedido. Finalmente, fue proveído el Asán por rey de Argel y el Ochali le dio una galera suya y cinco de otros turcos, muy bien armadas. Con las cuales se partió en fin de mayo del año 1577 de Constantinopla, llevando consigo a Mostafa de Xillo, renegado de aquella isla, para le guiar y encaminar en aquel viaje y que tuviese cargo de los bajeles" (120).

En otro lugar había evocado Sosa las intrigas de Hasán Veneciano para ser nombrado rey de Argel, así como las características peculiares que iban tomando progresivamente estos gobiernos, ya apuntadas con anterioridad pero en este caso con crudeza: eran un medio rápido de enriquecerse.

"Asán Veneciano, esclavo de Aluch Ali... cargó el negocio no solo con el gran favor de Aluch Ali, que podía mucho, mas también con dar a los bajás del supremo consejo del Turco -como Mahamet Bajá, esclavón, Sinán Bajá, griego, Asán Bajá, bosno, Piali Bajá, húngaro- una gran suma de dineros. Porque, realmente, el gobierno de Argel es de los más principales que el Turco provee y de donde los gobernadores de él sacan más provecho y ganancia; así por causa del corso, que tanta multitud de cosarios allí hace, como porque todos ellos desuellan los pueblos y gente de tierra de Berbería" (121).

Después de un agitado viaje de Levante a Berbería, con motín de una parte de la tripulación y crueles castigos sobre la marcha, Hasán Veneciano encaró el gobierno de Argel con el fin claro de hacer medrar rápidamente su fortuna personal. En una época de hambre y escasez muy larga -hasta tres años seguidos-, negoció con todos los abastecimientos de la ciudad, con la moneda y con todo lo negociable:

"Comenzó (Hasán Veneciano) a comprar mucho trigo, de que había entonces mucha falta en Argel y su reino, y lo mandaba hacer pan y vender en las boticas. Y lo mismo hacía de la manteca, aceite, miel, legumbres; y tanto, que los genizaros le dijeron después, en la cara, solas las cebollas y berzas que en el socco se vendían no eran suyas.

"Dio tras esto en acrecentar más los tributos a los moros y alarbes. Y como todos los tres años de su gobierno hubo grandísima hambre en Argel, no quería que le pagasen sino en trigo y cebada, lo cual mandaba después vender por los lugares y pueblos del reino a los mismos moros y alarbes, doblando en todo más que dos veces la moneda. Dio también en vender carne, y hacía venir mucha cantidad de carneros a Argel; y por mano de otros moros que con él se entendían, los hacía vender en las carnicerías al pueblo.

"Iten, recogió la mayor parte de la moneda de plata, que son los asperos, que había en Argel, y en su casa a escondidas los hacía fundir de nuevo a plateros cristianos sus esclavos, y parte de esta plata hacía otra vez en asperos de Turquía, que allá enviaba porque vale allá mucho más la plata. Y parte, mezclada con mucha liga, convertía en asperos de Argel...

"Forzó a los arráeces y cosarios que, como de antes solían pagar a los reyes uno de siete de lo que tomaban, a él le pagasen de cinco uno. Iten, que ninguno de ellos armase su bajel sin que él entrase también a la parte del gasto y de la ganancia.

"Y con la misma codicia trabajó de que los turcos -como los espays y otros- que son libres de alcabala, pagasen todo lo que cogían en sus heredades, como pagan todos los moros, o las dejasen. Y si no los dejasen, que renunciasen a las pagas muertas que casi todos suelen tener. Pero no lo pudo acabar, que se revolvieron todos contra él.

"Y cuanto a la justicia, fue en todo su tiempo una cruelísima bestia, principalmente contra los pobres cristianos. Porque siendo uso que cogiendo a un cristiano huido lo llevan al rey, él a todos mandaba tomar por sus esclavos, si le parecían bien; y si no, los tendía en el suelo en su presencia y los hacía moler a palos, de que muchos a pocas horas morían. Y aún con esto, les cortaba las narices y las orejas con su mano, o lo mandaba hacer en su presencia.

"En conclusión, hizo tantos insultos, injusticias, extorsiones, violencias y robos que los turcos y moros clamaban a Dios contra él. Y un morabuto o chaciz principal, haciendo los moros cierta procesión demandando agua, porque no llovía había días -y era esto por abril, a 2 del año 1579-, le dijo en mitad de la cara que él era la causa, y sus pecados, porque Dios no daba agua" (122).

Todos los sectores de la sociedad argelina se sintieron afectados por el gobierno de Hasán Veneciano. Sin embargo, debió ser tiempo de rico curso por las acciones del arráez más activo de aquel momento, Morato Arnaut, apodado el Grande, nuevo musulmán albanés, y por la expedición de doce día en la que fue el rey en persona a las Baleares y costa levantina española, en julio de 1578, de la que volvieron a Argel con muchas presas y noventa cautivos. Ante los preparativos navales en Andalucía, que preocupaban en Berbería, "envió siempre el Asán Bajá muy a menudo muchas galeotas y fragatas a tomar lengua a la costa de España" (123). Las fuerzas sociales de Argel, principalmente los militares jenízaros, decidieron finalmente enviar una embajada a Estambul para pedir la destitución de Hasán Veneciano:

"Los genízaros no pudieron disimular las grandes quejas que todos de él daban delante de ellos; hicieron una gran información de sus culpas y mal modo de gobierno, y la enviaron al Turco con una galera; en la cual hicieron aposta embarcar a algunos moros principales de los pueblos y tierras sujetadas a Argel, que se sentían más avejados. Y a Cid Butaybo, morabuto y chaciz de la más principal mezquita, por embajador de Argel, para que ellos y tres balucos baxis, genízaros más antiguos, informasen de todo al Turco y le pidiesen justicia del Asán Bajá, y nuevo rey para Argel" (124).

Llegada esta embajada a Estambul, tras su encuentro con Ramadán Bajá en la costa tunecina ya evocado, el propio Euch Ali tomó cartas en el asunto para resguardar a su protegido. Una embajada contraria que preparó el rey Hasán Veneciano dio resultado. Pero un nuevo gobernante fue enviado a Argel que no era de la confianza de Euch Ali. El viejo marino iba a reaccionar con firmeza para no perder el control sobre Berbería.

"Partió esta galera, con esta gente y capítulos contra Asán Bajá, de Argel a los 16 del mes de noviembre del año 1579. Y siendo detenida algunos días en Bicerca por Ramadán Bajá, que acababa de ser rey de Túnez, pasó adelante y a los últimos de enero de 1580 llegó a Constantinopla.

"Lo cual, sabido por el Ochali ya las quejas que llevaba de su renegado que tanto había procurado hacer rey de Argel, trabajó todo lo posible por acabar con los embajadores que iban en la galera, así turcos como moros, que no se quejasen al Turco. Pero todo fue por demás, tanto todos iban ofendidos de las tiranías del Asán Bajá.

"Dada su embajada al Turco, y que él supo y vio las culpas del Asán, prometiéndoles que él le castigaría muy bien. Y queriendo proveer de un hombre que supiese castigar al Asán, y gobernador

del reino de Argel, mandó luego llamar a Jaffer Bajá, un renegado húngaro y capón que le había criado y traído en brazos cuando niño, que gobernaba cierta provincia de Hungría, con fama y hechos de hombre de mucha justicia, para le enviar a Argel para esto.

"Entre tanto que esto pasaba en Constantinopla, el Asán Bajá, rey de Argel, tuvo tal maña..., sobornando a algunos alcaldes y otros turcos y moros de los principales de Argel, (que) hizo una información falsa en contrario de cuanto los genízaros habían escrito contra él, y la envió al Ochali, antes que el Jaffer Bajá fuese llegado a Constantinopla. Con esta información se fue el Ochali a la Sultana madre del mismo Gran Turco y, mostrándosela y dándole de presente 30.000 escudos, acabó con ella cómo hablase al hijo y le ablandase.

"Y por tanto, llegado el Jaffer Bajá y que se quería venir para Argel, el Turco le encargó que, pues había dos informaciones contrarias del Asán Bajá, que llegado en Argel se informase de todo. Y, hallando al Asán culpado, le cortase la cabeza. Pero el Ochali se dio tan buena maña, que hizo cómo la Sultana, madre del Turco, mandase al Jaffer Bajá que en todo caso disimulase con el Asán Bajá; y para más le obligar, el mismo Ochali presentó al mismo Jaffer Bajá 20.000 escudos para los gastos del camino" (125).

Cuando Hasán Veneciano recibió la orden de volver a Estambul tenía unos 35 años. En su misma galera había sido embarcado para aquel viaje Miguel de Cervantes como cautivo; un año más joven que aquel rey aproximadamente, y con cinco años de cautiverio a sus espaldas, fue rescatado poco antes de la partida por el redentor fray Juan Gil tras el pago de 500 escudos de oro (126).

He aquí el retrato de Hasán Veneciano en estos momentos:

"Partióse de Argel (Hasán Veneciano) a los 19 de septiembre siguiente con once bajeles, cuatro suyos y de su chaya, y todos armados de esclavos suyos y de sus renegados, y siete de Constantinopla que habían traído a Jaffer Bajá a Argel.

"Cuando partió de Argel era hombre de 35 años, alto de cuerpo, flaco de carne, los ojos grandes, encendidos y encarnizados, la nariz larga y afilada, la boca delgada, no demasadamente barbado, de pelo como castaño y de color cetrino que declina para amarillo, señales todas de su mala condición. Tuvo en Argel un hijo de una renegada esclavona, que murió al cabo de un año; al cual, y a un sobrino suyo que de Venecia le vino a ver a Argel, y a sus persuasiones se volvió turco y murió dentro de un año, mandó hacer una cuba o sepultura muy bien labrada, que es la primera que encontramos saliendo de la puerta de Babaluete. Quedóle una hija de tres años que también nació en Argel.

"Llegado a Constantinopla, estaba con su patrón el Ochali, con cuyo favor, y principalmente de la Sultana madre del Turco, todo se disimuló, y cuantas maldades hizo el tiempo que en Argel gobernó" (127).

El nuevo rey de Argel era la contrafigura del exuberante corsario y rey Hasán. Eunuco húngaro y cortesano, de él hace Sosa uno de los semblantes más favorables de su larga obra. Pero no era del agrado de Euchali. Parecía representar un intento de la corte otomana por organizar gobiernos más asépticos, despersonalizados y burocráticos en aquella agitada sociedad berberisca. Pero mientras vivieran Euch Ali y Hasán Veneciano, radicales corsarios, aquel plan modernizador, sin duda, no iba a poder tener éxito. Entre el 8 de marzo -"hasta hoy, los 8 de marzo..."- y el 1 de abril de 1581, Antonio de Sosa, desde Argel mismo aun, unos meses antes de su vuelta a tierras de cristianos, escribía sobre Jaffer Bajá este hermoso texto y clarificador:

"De nación húngaro (Jaffer Bajá), fue tomado muchacho, con su madre y dos hermanos, uno varón y otra hembra, en una entrada que los turcos hicieron en aquel reino (Hungría). Y como fuese su madre de buen parecer y los hijos ni más ni menos, fueron presentados a la madre de este Turco que hoy reina, en cuya casa se criaron. Y siendo este Turco muy niño, el Jaffer Bajá, que ya era renegado y capón, lo traía de continuo en los brazos. Por lo cual es de este Turco muy querido. Y él, también, con sus obras no lo ha desmerecido; antes, habiéndole el Turco encargado algunos gobiernos en muchas partes -y ahora, antes de que le diese este de Argel, un principal en Hungría- dio siempre de sí muestras de hombre justo, recto, benigno, manso, afable y, para los bellacos, muy gran justiciero y verdugo.

"A todos los turcos y moros de Argel y su reino consoló, quietó y animó, prometiéndoles toda paz, equidad y justicia. Y diciendo a todos públicamente que él no venía a Argel a hacerse rico, porque en cuanto viviese no le faltaría de comer, ni tampoco tenía hijos a que dejar alguna herencia. Trajo consigo a su misma madre; la cual, según me certificaron personas de la misma casa del rey, y es público y notorio por todo Argel, hacía más profesión de cristiana que de turca o renegada. También trajo consigo al otro renegado, digo su hermano menor, el cual es capón como él.

"Hasta hoy, los 8 de marzo de 1581, que son ocho meses que reina y gobierna cuando esto se escribe, no se ha notado en él vicio o maldad alguna, ni que hiciese un mínimo agravio a persona. Con los cristianos es piadosísimo. Si alguno le llevan que haya huido, como es de costumbre llevarlos todos al rey cuando los hallan huidos, o que se hallan haciendo alguna barca, todo lo pasa con reprimirlos y mandarlos dar diez o doce, hasta quince palos, y que vayan en buen hora. A los que son sus esclavos ha mandado, desde que vino, que a ninguno echasen cadena ni diesen palos sin su licencia expresa, mandándolos gobernar a todos

muy bien de comer y vestido.

"Todo el vino que le cabe de los derechos de los bajeles cristianos, que lo llevaban a vender a Argel, acostumbrando los otros reyes hacerse pagar todo este tributo o derecho en dinero, él no quiere sino vino, y lo mandaba dar todo y distribuir con sus cristianos. Luego que llegó, dijo a todos los mercaderes cristianos, y a un padre de la limosna que entonces en Argel estaba, que todos escribiesen a España, y a toda la cristiandad, que viniesen con sus mercaderías y rescates, que él prometía de hacer a todos tan buenas obras que entendiesen que no era el Asán Bajá. Porque no viniera a Argel para hacerse rico, sino para hacer a todo el mundo justicia.

"Quejándose algunos a él que su califa, que de Constantinopla había traído, maltrataba a su gente y hacía algunos cohechos, le quitó el oficio y puso a otro en su lugar. De la misma manera, quejándose algunos genízaros de que su Aga, que también había venido con él de Constantinopla, hacía algunas cosas no bien hechas y que quitaba de la paga a los que a él le parecía, y de otros tomaba dineros y presentes, también le privó de Aga, con consentimiento de los mismos genízaros, sin el cual ningún rey puede quitar a un Aga del cargo y oficio que tiene.

Y fue esto en principio de abril de este año de 1581" (128).

Eran aquellos los últimos meses de estancia de Sosa en Argel. Debieron ser más apacibles que los meses finales del gobierno de Hasán Veneciano, tiempo en el que estaba "de continuo encerrado en esta casa oscura y cargado de cadenas", como le dice a fray Juan Gil el 21 de octubre de 1580 (129). Se entienden mejor así los elogios al trato a los cautivos del rey Jafer. Estos son los capítulos últimos que Sosa elaboró con precisión; ya fuera de Argel, a finales de 1581, debió tomar información de viajeros para completar su serie de evocaciones de los reyes de Argel hasta 1600, casi veinte años por lo tanto.

En mayo de 1581 estaba en Argel con intención de preparar la incorporación del reino de Fez a aquella Berbería central que él controlaba casi por completo. El viaje de Cervantes a Orán en junio de ese año estuvo directamente relacionado con la necesidad de información en la corte española acerca de este viaje que parecía contradecir la suspensión de hostilidades acordadas a principios de año con el caballero milanés Giovanni Margliani. Una vez más, los medios jenízaros impidieron al anciano almirante la materialización de sus planes, con una embajada a Murat III en la que se quejaban de que Euchali sería demasiado poderoso si conquistara Fez y, con sus incondicionales, podría independizarse en Berbería. Es la versión argelina, recogida por Sosa, aunque en la documentación más parece relacionada esa retirada con la reciente tregua hispano-turca por tres años y el interés del sultán otomano porque no se pusiera en peligro.

"A los postreros de mayo de este año (1581) llegó a Argel Ochali, general del Turco, con sesenta galeras todas de fanal; y traía intento de conquistar el reino de Fez y echar de allí al Xarife, por la mala correspondencia que hacía a las cosas de los turcos...

Y como Ochali tuviese odio grandísimo a Jafer Bajá por no haber tratado tan amorosamente como él quisiera a su renegado Asán Veneciano, antecesor y sucesor del dicho Jafer en aquel reino, con ocasión de proveer cosas necesarias de aquella empresa, luego que allí llegó despojó al dicho Jafer de muchos esclavos y de cantidad grande de dinero. De lo cual quedó el rey muy sentido y descontento. Mas érale forzoso sufrirlo porque Ochali era superior a todos los que gobernaban los reinos del Turco para hacer y deshacer a su voluntad en las cosas de la guerra.

"Y asimismo quería llevar consigo Ochali los genízaros de Argel, tanto por la necesidad que tenía de ellos en aquella empresa cuanto porque, de esta manera, tenía ocasión para vengarse de la injuria que le hicieron siendo rey de Argel, de donde salió huyendo porque le quisieron matar, como se ha dicho. Y ordenándoles que se embarcasen para llevarlos (a) aquella guerra, temerosos de su enemigo lo rehusaron diciendo que, mientras no veían orden ni mandato expreso del Turco, no lo harían. Además, que no era justo hacer mal a un rey tan bueno como el Xarife de Fez, del cual no habían recibido daño ni le podían esperar para adelante.

"Y pidieron luego al Ochali cinco galeotas para avisar de todo al Turco, y él se las dio, nombrando por capitán de ellas a Morato Aga, su renegado. Con las cuales los genízaros enviaron un morabuto, entre ellos tenido en mucha reputación, llamado Cid Butica, con cartas para el Turco en que le proponían las sobredichas razones. Y suplicaban no permitiese que Ochali, persona tan astuta y sagaz, pasase adelante a la conquista de Fez; porque si se apoderaba de aquel reino, hallándose con tan poderosa armada, y siendo rey de Tripol un su renegado, le sería muy fácil levantarse y hacerse señor de toda Berbería.

"Partieron de Argel estas galeotas a fin de mayo y llegaron a Constantinopla en breves días, sin tomar tierra sino en Modón y Galipia...

"En el cual viaje no se estuvieron más de un mes, con orden y mandato del Turco Amurates a Ochali que desistiese de aquella empresa, pues su voluntad no había sido ni era que se ejecutase, metiéndole pena de cortarle la cabeza caso que contraviniese a la dicha orden. Por lo cual, Ochali partió de Argel, donde había esperado aquella resolución" (130).

Eran los días en los que Sosa iba a abandonar también Argel, a finales del verano de 1581. Euch Ali aceptó la decisión de la corte otomana y regresó a Estambul. Pero se vengó de los medios militares jenízaros argelinos imponiéndoles un nuevo gobierno de su hombre de confianza Hasán Veneciano.

"Llegó (Euchali) a Constantinopla con su armada

por el mes de octubre de aquel año (1581). Y luego procuró, con grandísima diligencia, poniendo cuantos medio pudo, que el Turco proveyese la segunda vez en el gobierno de Argel a su renegado veneciano Asán. Y al fin de algunos días lo consiguió; habiendo reinado Jaffer Bajá cerca de veinte meses, esto es, del mes de agosto de 1580 hasta mayo de 1582; y se partió de Argel para Constantinopla en el mes de junio siguiente, con seis bajeles, dos suyos y cuatro de los que trajo Asán Bajá su sucesor".

Y un nuevo elogio para Jafer Bajá:

"Era Jafer Bajá de 60 años cuando salió de Argel, alto de cuerpo, robusto y capón, celoso de la justicia y muy piadoso de los cristianos cautivos, que ninguno de sus antecesores lo fue tanto como él" (131).

El nuevo gobierno de Hasán Veneciano, entre mayo de 1582 y mayo de 1583, fue breve y se caracterizó por el impulso dado a las acciones corsarias en las que él mismo participó en una amplia campaña que llegó a Cadaqués. Antonio de Sosa ya no estaba en Argel, y ello se aprecia en su texto mismo. Durante un tiempo Euchali aún tendría a sus hombres en Berbería. Hasán Veneciano, aunque a disgusto, dejó su gobierno argelino para pasar a Trípoli, en donde iba a estar dos años más. A la muerte de Euchali le sucedió como gran almirante de la flota otomana. En Argel quedaba otro hombre de la casa de Euchali, Arnaut Mamí Bajá, que también gobernó en Túnez y en Trípoli. La muerte del viejo corsario arrastraría a la larga también a sus hombres de confianza, sobre todo a Hasán Veneciano. Sosa recoge la tradición de que ambos murieron envenenados.

"Partióse Asán Veneciano de Argel, habiéndolo gobernado un año poco más o menos, por el mes de mayo del mismo año (1583) con doce bajeles, ocho suyos y cuatro de los que trajo el Arnauta. Y fuese derecho a gobernar el reino de Tripol en Barbaría, donde estuvo dos años. Y después el Turco le hizo general de la mar, en el cual oficio se mostró tan diestro y no menos valiente que su amo Ochali. Y, aún, se puede decir haber hecho mayores daños a la cristiandad.

"Cuando salió de Argel iba muy descontento por haber sido privado en tan breve tiempo del mucho gusto y ganancia que le provenía de aquel gobierno. Lo cual dio bien a entender cuando se partía, diciendo con muchas lágrimas que hasta entonces no había conocido lo que era Argel.

"Murió después en Constantinopla con ponzoña, como su amo Ochali, que le hizo dar Cigala por envidia que de él tenía. Y por desearle suceder en su cargo, como le sucedió después de su muerte, de bajá y general de la mar" (132).

La muerte de Euchali fue en 1587, cuarenta años después de la muerte de Barbarroja por lo tanto, como éste rico y respetado. Ambos habían sido los forjadores de la Berbería moderna.

He aquí una última evocación del gran almirante calabrés Dionisio Galea/Alí Bajá, de singular biografía y destino.

"Vivió Ochali en mucha reputación entre los turcos. Y absolutamente gobernó todas las cosas tocantes a la mar y a los lugares marítimos del estado del Turco; con más poder que cuantos bajás de la mar tuvieron antes de él. Y para esto tenía su consejo apartado de los otros bajás, en que ordenaba él por sí solo todas las cosas, lo que antes ningún general del mar hacía.

"Tenía una costumbre: que el día en que estaba algún tanto melancólico, o no quería que le hablasen en negocios, se vestía de negro. Y cuando de colores se vestía, era señal que cada uno pudiese llegar a él y negociar a placer. Hizo una muy grande y suntuosa casa en que vivía, cinco millas de Constantinopla, en la rivera o marina del canal de mar que de Constantinopla y Gálata va para el mar Negro; y luego, a poco espacio, hizo también una mezquita que toca dentro de la mar, muy grande, muy rica y suntuosa; y cabe ella una cuba o sepultura muy linda y muy galana, a la usanza turquesca, en que después de muerto le enterraron.

"No tenía hijo ni hija, pero tenía más de quinientos renegados de su casa a que sustentaba y llamaba hijos. En el año de 1580 era de edad de 72 (sic, por 61) años y no estaba de todo cano. Era hombre alto de cuerpo y robusto, moreno y ronco de voz, que si no es de cerca no le podían entender bien. Y la cabeza tenía –como siempre- toda pelada de la tiña" (133).

Tras la muerte de Euchali, la ambigüedad del gobierno de Berbería cesó. En Túnez, Trípoli y Argel se instauraron tres regencias con gobernantes periódicamente renovados o pachás, algo así como provincias del imperio otomano o como las colonias americanas españolas. Barbarroja o Euchali, como Hernán Cortes en México, habían sido personalidades demasiado fuertes y habían despertado suspicacias en sus respectivas cortes o metrópolis. Debían ser sustituidas esas fuertes personalidades por una burocracia más aséptica y controlable. Habían terminado, de alguna manera, los tiempos heroicos, los del acto de creación.

NOTAS: al capítulo 4.14:

- ((120).- Ib., I, pp. 374-376.
- (121).- Ib., III, p. 155.
- (122).- Ib., I, pp. 377-379.
- (123).- Ib., p. 385.
- (124).- Ibidem.
- (125).- Ib., pp. 286-388.
- (126).- "Información...", p. 59.
- (127).- Haedo, I, p. 388.
- (128).- Ib., pp. 388-391.
- (129).- "Información...", p. 165.
- (130).- Haedo, I, pp. 393-394.
- (131).- Ib., p. 395.
- (132).- Ib., p. 401.
- (133).- Ib., pp. 360-361.